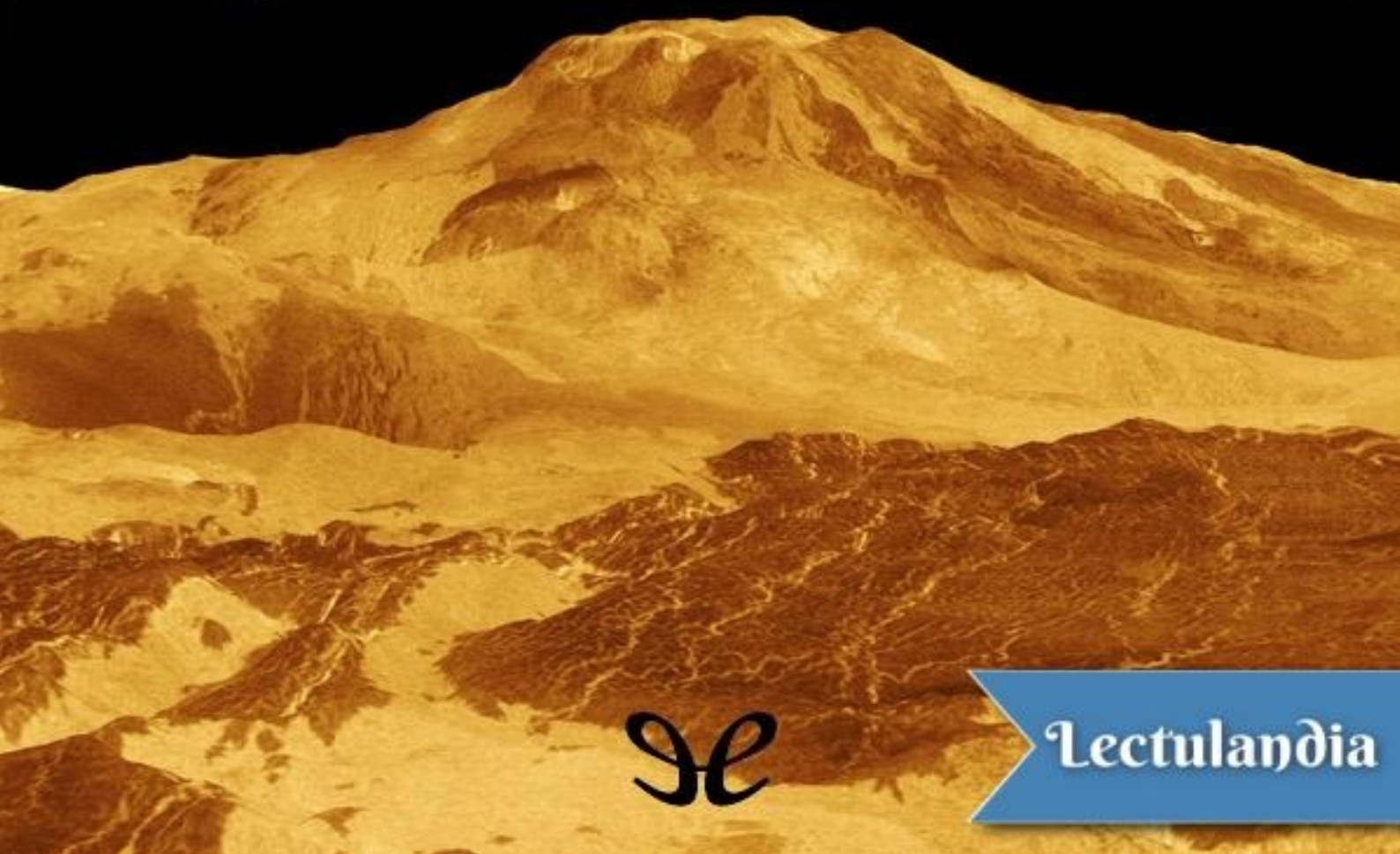
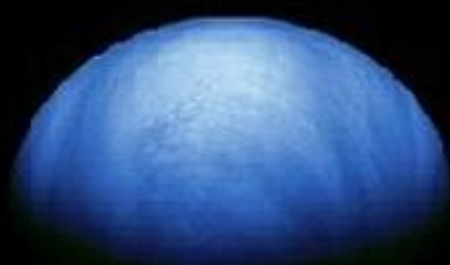


# DESCENSO AL INFIERNO DE VENUS

MANUEL ALFONSECA



Lectulandia

El primer vuelo tripulado a Venus iba a hacer historia. Todo estaba preparado en la nave «Enterprise», cuando sorprendentemente, y desde instancias superiores, hubo que cambiar a un miembro de la tripulación pocos días antes de la partida. ¿Qué tenía que ver la «Hermandad de la Rosa» en todo esto? ¿Acaso alguien tramaba un sabotaje? El destino de siete astronautas y de una de las misiones científicas más importantes de la época estaba amenazado.

**Lectulandia**

Manuel Alfonseca

# **Descenso al infierno de Venus**

ePub r1.0

Titivillus 01.12.17

Manuel Alfonseca, 1999

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## TRES DÍAS ANTES DE LA PARTIDA

---

Steve MacDunn no se sorprendió al recibir la orden de presentarse ante Yves Duplessy, presidente de la Agencia Mundial del Espacio. El viaje que iba a comenzar, el primer vuelo tripulado a Venus, haría historia. Entre todos los astros del sistema solar, compañeros de la Tierra, Venus sería el tercero en ser pisado por el hombre, después de la Luna y de Marte. Steve iba a ser el primero en dejar sus huellas en un mundo muy distinto, hostil, aterrador. Sabía que entre sus colegas del servicio astronáutico las apuestas estaban quince a uno contra el feliz regreso de la expedición. Naturalmente, procuraban ocultárselo a los participantes, pero la cosa se había sabido de todos modos. Por eso Steve suponía que el presidente iba a desearle suerte, a darle el espaldarazo, la despedida oficial.

No sospechó nada cuando entró en el despacho de Duplessy y no halló en su rostro la sonrisa que esperaba, atribuyéndolo a sus muchas preocupaciones. Sin embargo, sí le sorprendió no encontrarle solo. Además, el hombre que le acompañaba no tenía aspecto de estar relacionado con la astronáutica. Era bajo, poco más que un enano, muy moreno, casi negro, y sus rasgos denotaban que procedía de la India. Le costó trabajo entender las palabras de Duplessy al presentarles, pues su voz, casi siempre inaudible, parecía aguardentosa. Steve se preguntó si habría bebido, pero rechazó la idea, por improbable.

—Steve MacDunn, Satya Vamana.

Una sonrisa iluminó de parte a parte el rostro del indio, mientras se adelantaba a estrecharle la mano. Sin embargo, Steve observó que solo sus labios sonreían, los ojos permanecían duros y perforadores. Cuando sus manos se pusieron en contacto, sintió un estremecimiento y tuvo la sensación de que Vamana era un hombre peligroso.

—Sentémonos —dijo el presidente, con alegría que sonaba a falsa. Steve notó

que no estaba tranquilo y se preguntó si se debería a la presencia de su acompañante. Aún no se le había ocurrido que Duplessy pudiera tener nada especial que decirle.

Antes de decidirse a hablar, el presidente carraspeó varias veces y miró hacia Vamana, como pidiendo su aprobación. El indio hizo un gesto de asentimiento casi imperceptible y Duplessy continuó.

—Le he hecho venir porque tengo algo importante que comunicarle: uno de sus hombres no podrá acompañarle en el viaje a Venus.

Steve se quedó atónito: esta noticia era lo último que esperaba oír.

—¿A quién se refiere, señor presidente? —preguntó al fin, haciendo un esfuerzo por controlarse.

—A Markus M'nGwa.

—Pero ¡no puede ser! Markus estaba ayer perfectamente. ¿Qué le ha sucedido?

—A él, personalmente, nada —repuso Duplessy—. Pero le es imposible partir como estaba previsto, eso es todo.

—¡Pero esto altera sustancialmente nuestros planes! No podremos salir dentro de tres días. Markus era una pieza clave para la exploración en tierra firme. Es preciso buscar un sustituto, y no será fácil encontrarlo.

—No se preocupe. Ya tenemos a ese sustituto.

—¿Quién es?

—Usted no la conoce. Se llama Alida Hlassek.

—¿Una mujer?

—Sí.

Steve sintió que la cabeza le daba vueltas. Todos sus esquemas parecían deshacerse simultáneamente. Por un instante sintió el impulso de renunciar al viaje, de presentar inmediatamente la dimisión, pero decidió luchar hasta el final.

—Me opongo, señor. No aceptaré un miembro sin experiencia en mi tripulación. No sería más que un estorbo.

—¿Cómo sabe que no tiene experiencia?

—Conozco los nombres de todos los miembros del servicio astronáutico. Alida Hlassek no pertenece a él.

El presidente pareció desconcertado y vaciló visiblemente antes de contestar.

—Tiene usted razón —dijo al fin—. Pero no debe preocuparse por la falta de experiencia de la señorita Hlassek. Ha viajado varias veces a la luna.

Steve se limitó a fulminarle con una mirada de desprecio.

—Además —continuó Duplessy—, es una mujer muy capaz de ponerse al día rápidamente. Lo ha demostrado a menudo, en circunstancias muy difíciles, que habrían acabado con cualquier hombre.

—A pesar de todo, me opongo. Tendrán que buscar otro sustituto para Markus.

De pronto, Steve sintió un sobresalto, al oír una voz metálica y untuosa, cuando menos la esperaba. Satya Vamana hablaba por primera vez.

—Señor MacDunn, me parece que no comprende usted bien la situación. La

sustitución de Markus M'nGwa por Alida Hlassek no es un capricho. Hay razones poderosas para ello, y lamento decirle que el presidente Duplessy no está pidiendo su opinión, sino comunicándole sus órdenes.

—En ese caso —respondió lentamente Steve—, me veré obligado a dimitir. Tendrán que buscar otro jefe para la expedición.

—Me temo que eso tampoco va a ser posible —repuso Vamana—. Le guste o no, está obligado a seguir adelante.

—¿Por qué? Hace varios años que el servicio astronáutico fue desmilitarizado. Ustedes no pueden forzarme a ir.

—Se equivoca —dijo, implacable, el indio—. Sí podemos. Si repasa usted con cuidado el decreto de desmilitarización, verá que quedan excluidas situaciones como la presente. La primera expedición a un planeta es demasiado importante para dejarla al albur de la inconstancia humana.

Steve enrojó, pero Duplessy se adelantó antes de que tuviera tiempo de estallar.

—Comprendo su punto de vista —dijo—, pero usted también debe esforzarse por comprender el nuestro. Vamana no ha querido ofenderle y no se refería a usted, personalmente. Solo quiere dejar bien clara la situación.

—¿Puedo al menos saber a qué se debe este cambio?

Duplessy miró interrogativo a Vamana, pero este se limitó a mover la cabeza negativamente.

—Lo siento —dijo el presidente—. No podemos darle explicaciones. Le repito que hay razones poderosas que nos obligan a actuar de esta manera, pero no puedo decirle cuáles son.

—En ese caso —dijo Steve, poniéndose en pie—, supongo que no tiene sentido alargar esta entrevista. ¿O hay algo más que quieran ordenarme?

Duplessy se levantó, miró a su alrededor, se fijó en un sobre lacrado que estaba encima de su despacho, lo tomó y se lo alargó, diciendo:

—Sí que hay algo. Este sobre contiene instrucciones detalladas de lo que tienen que hacer en Venus. Pero recuerde: no debe abrirlo hasta que lleguen felizmente a la superficie.

Steve abrió la boca, asombrado, pero solo tras un gran esfuerzo consiguió hablar:

—¡Pero si ya hemos estudiado y ensayado detalladamente todo lo que vamos a hacer allí!

—Ha habido cambios de última hora.

El astronauta sintió el impulso de resistirse pero, recordando el éxito de sus protestas anteriores, se limitó a cuadrarse militarmente, diciendo:

—¿Alguna cosa más?

—Nada más. Permítame desearle suerte. Estoy seguro de que usted y todos los miembros de la tripulación llevarán a feliz término el viaje y al regresar a la Tierra se convertirán en leyendas vivientes, envidiados por todos. A pesar de lo que ha

ocurrido, algún día se alegrará usted de todo esto.

Pero Steve ignoró la mano que le ofrecía el presidente, dio media vuelta y salió del despacho sin añadir una palabra. Duplessy permaneció un momento en silencio, mirando hacia la puerta, que se había cerrado tras él. Después, sin mirar a Vamana, dijo en voz baja:

—A pesar de todo, creo que deberíamos habérselo dicho. Se lo hemos puesto muy difícil.

—Es imposible —repuso el indio—. ¿No comprende usted que Steve MacDunn es uno de los sospechosos?

Al pasar ante la sala de espera de la Agencia Mundial del Espacio, después de su entrevista con el presidente, Steve oyó una exclamación ahogada y sintió que alguien corría tras él. Deteniéndose en seco, se volvió, pero al ver que se trataba de un desconocido, se dispuso a continuar su camino. Sin embargo, el hombre extendió un brazo y exclamó:

—¡Señor MacDunn! ¡No se vaya, por favor! ¿Conoce usted a Irene Pinedo?

Steve se volvió de nuevo hacia él, enarcando las cejas.

—¿Le envía ella?

—Bueno, no exactamente, pero fuimos compañeros de estudios y pensé que...

—Periodista ¿eh?

—Sí, señor. Me llamo Ignacio Ferrán.

Steve dio media vuelta, sin decir una palabra, e Ignacio le siguió en silencio, como si obedeciera un gesto o un signo del astronauta que, en realidad, no se había producido. Después de dar algunos pasos, Steve le miró de reojo y dijo, sin detenerse:

—Es usted tenaz.

—Sí —repuso el periodista, con una sonrisa.

—Anda buscando una entrevista ¿verdad?

—No me vendría mal conseguirla. Últimamente no me han salido muy bien las cosas.

—A mí tampoco —murmuró Steve. Ignacio no respondió y los dos continuaron caminando, hasta llegar al ascensor que subía hacia el helipuerto. Mientras aguardaba a que se abrieran las puertas, Steve se volvió de pronto hacia el periodista.

—Quizá necesite confiarme a alguien —dijo, más para sí mismo que para su interlocutor—. ¿Está bien! Le concederé esa entrevista.

—¿Cuándo?

—Hoy es imposible, mañana tampoco tendré tiempo. Quizá pueda recibirle pasado mañana.

—Es la víspera del viaje —dijo Ignacio—. ¿Está seguro de que podrá?

—Encontraré media hora. Búsqueme en el astropuerto.

—Allí estaré, sin falta. Gracias.



Mientras el ascensor se llevaba a Steve hacia el techo del edificio, Ignacio Ferrán volvió hacia la sala de espera, frotándose las manos, satisfecho.

## DOS DÍAS ANTES DE LA PARTIDA

---

Mientras caminaba por los pasillos del astropuerto, Steve MacDunn miraba las cosas y a las personas como si fuese la última vez que las veía. Recordó que le había pasado lo mismo en vísperas de su primer viaje a Marte, aunque el peso de la responsabilidad había sido menor, pues no era jefe de la expedición y no sentía que las vidas de los demás dependieran de él. Entonces era muy joven, tenía otras ambiciones y menos experiencia. En el segundo viaje a Marte, todo fue más fácil: iba a un lugar conocido, con un grupo de colonos que tenían su jefe y solo dependían de él durante el trayecto.

El hombre se acostumbra rápidamente a todo, incluso a lo más extraño y alienante. Esto puede ser una ventaja que le ayuda a sobrevivir en condiciones desfavorables, pero también un inconveniente, si la costumbre le roba la admiración ante el universo, la vida, el amor y lo cotidiano, esa admiración que todos los niños conocen, pero que muchos adultos olvidan. Aquel día, Steve la sentía más que nunca, pues sabía que muy pronto podía perderlo todo. Tenía miedo por el peligro personal en que iba a encontrarse, pero temía aun más el fracaso de la misión, la pérdida del respeto por sí mismo. Por eso apretaba los dientes, se tragaba los temores y seguía adelante, mirando a su alrededor como si quisiera despedirse de todo y de todos, como un condenado a muerte que camina hacia el suplicio.

Al llegar al despacho que solían asignarle durante sus breves estancias en la Tierra, entre viaje y viaje, se detuvo en la puerta, sorprendido al encontrarlo ocupado. Sentada en una silla, con un cigarrillo en la mano izquierda, estaba una mujer rubia, delgada, de unos treinta años, vestida de blanco immaculado con un jersey y unos pantalones ceñidos que realzaban sus atractivos naturales. Steve no pareció fijarse en ellos, sino que frunció ligeramente el ceño, mientras su mirada pasaba de la leve columna de humo azulado exhalada por el cigarrillo al aviso que tenía colocado en

lugar visible, sobre la mesa, y que decía: «NO FUMAR, POR FAVOR».

La joven se incorporó lentamente, con gracia felina, y le miró con unos ojos azul celeste inquisitivos. Luego le ofreció la mano mientras decía, con voz más grave de lo que Steve esperaba:

—El comandante MacDunn, supongo... Soy Alida Hlassek.

Steve sintió que su primera impresión de antipatía, causada por el humo del cigarrillo, se hacía más profunda, casi visceral. Esta era la mujer que iba a sustituir a Markus M'nGwa como miembro de la tripulación, deshaciendo sus planes y obligándole a recomponerlos apresuradamente. Su belleza física le resultó de pronto amenazadora y se preguntó qué efecto tendría sobre los tripulantes y qué discordias iba a introducir entre ellos. Trató de ocultar la animosidad, de reprimirla, razonando que posiblemente Alida no había pedido ese puesto, que ella obedecía órdenes, como él mismo. Por enésima vez desde la entrevista con el presidente de la Agencia Mundial del Espacio, caviló sobre los motivos que podían haber inducido a sus superiores, al misterioso Satya Vamana, a quien atribuía toda la responsabilidad, a realizar este cambio de última hora. Pero era imposible llegar a una conclusión y, una vez más, dejó de pensar en ello, esbozó una sonrisa algo forzada y estrechó la mano de Alida.

—Bienvenida a bordo —dijo, con voz algo quebrada por el esfuerzo.

Durante un instante permaneció en pie, mientras su mente trataba de recobrase del torbellino de impulsos contrapuestos. Comprendiendo que su actitud comenzaba a resultar descortés, se sentó frente a ella y se esforzó por prestarle atención. Entonces se dio cuenta de que la joven le estaba observando y creyó detectar un relámpago hostil en sus ojos. Tal vez el sentimiento sea mutuo, pensó, y el alivio le devolvió el aplomo y la tranquilidad.

—Tengo la costumbre de tutear a los miembros de la tripulación —explicó—. Dos hombres que van a jugarse la vida juntos no pueden andarse con contemplaciones. Espero que no te importe.

—Lo prefiero —repuso Alida—, aunque tú y yo no somos, exactamente, dos hombres.

—Hablo en sentido genérico.

—Ya.

Steve la miró, un poco inquieto, pero no pudo notar ironía en su gesto. Trató de continuar la conversación y descubrió que se había quedado con la mente en blanco. Alida aprovechó el momento para entregarle un papel, diciendo:

—Me han dicho que tienes que aprobar la lista de mi equipaje.

Y añadió, con una risita:

—Espero que ninguna de esas cosas estará prohibida.

Steve tomó el papel y parpadeó al ver la longitud de la lista. A medida que leía, su frente se ensombreció. Cuando llegó al final, miró a la joven durante largo rato, sin decir una palabra.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Hay algo que no debe estar ahí?

Sin responderle, Steve se levantó, se dirigió a la mesa y buscó un rotulador rojo. Volvió a sentarse, alisó el papel y tachó deliberadamente, uno tras otro, la mayor parte de los nombres de la lista. Luego devolvió el papel a Alida y dijo:

—Elige una de las tres cosas que quedan. Eso es lo único que podrás llevarte.

Estupefacta, Alida miró el papel. Su rostro se puso tan rojo de indignación como las líneas que lo cruzaban. Su mirada furibunda buscó la de Steve, que trató de adoptar una expresión inescrutable, pues comprendía que la joven le habría pegado si hubiese observado en él el menor asomo de burla.

—¿Qué significa esto? —preguntó Alida, cuando pudo recuperar el dominio de la voz.

—Creí que conocías las restricciones de equipaje durante los viajes de exploración: Un solo objeto por persona, pequeño y ligero. El equipo y los medios de supervivencia ocupan demasiado y el espacio es muy escaso. Esto no va a ser un viaje de placer a la Luna.

Ella le fulminó con la mirada, pero pareció resignarse y estudió las alternativas que le había dejado. Luego alzó la cabeza y señaló uno de los nombres con el dedo índice de la mano izquierda. Steve observó el detalle y se preguntó si sería zurda.

—Elijo esto.

Era un compacto portátil de música, con los auriculares correspondientes. Steve asintió.

—Recuerda que solo puedes llevar un disco, que debe permanecer dentro del compacto. Una sola pieza de equipaje personal, esa es la norma.

—Ya lo has dicho antes.

—¿Puedo saber qué obra piensas llevar?

—La sexta sinfonía de Chaikovski —respondió Alida, con rabia.

—¿La Patética? Me sorprende.

—¿Por qué? ¿Acaso crees que Chaikovski es demasiado elevado para mí?

—No. Pensé que te gustaría algo más alegre.

—Soy más profunda de lo que imaginas.

La hostilidad entre los dos era ahora abierta. Steve comprendió que las cosas no podían seguir por ese camino y que su obligación, como jefe de la expedición, era mantener la armonía entre los tripulantes. Por eso trató de allanar las diferencias y de apaciguarla, y pensó que una nota personal podía ser más eficaz que un buen discurso.

—Mira —dijo, sacando un objeto plano del bolsillo—. Esto es lo que voy a llevar yo.

Era el holograma tridimensional de una mujer de pelo castaño y facciones correctas, aunque no espectaculares. Alida la observó un momento sin interés y se lo devolvió.

—Muy guapa —dijo, sin demasiada convicción—. ¿Es tu mujer?

—Todavía no, pero espero que lo sea pronto.

—¿Cómo se llama?

—Irene. Irene Pinedo.

Los ojos de Alida se iluminaron con un interés repentino.

—¿Irene Pinedo? ¿La periodista?

Steve asintió. Alida sonrió de una forma extraña, pero no dijo nada. Un poco molesto, el astronauta se levantó.

—Creo que te interesará conocer a los compañeros de viaje —dijo—. Si vienes conmigo, te los presentaré.

Alida se levantó y le siguió. Mientras caminaban por los pasillos del astropuerto, Steve observó que los hombres con quienes se cruzaban se volvían a mirar con admiración a su compañera. Esto no le causó alegría, pues confirmaba sus temores, y decidió vigilar a la tripulación para evitar contratiempos.

Encontraron a tres de los astronautas en una sala de descanso, pasando el rato en una pausa del servicio. Cuando Steve y Alida entraron, todos se pusieron de pie y avanzaron a su encuentro. Uno de ellos, cuya piel pálida y ojos oblicuos delataban su origen asiático, fue el primero en ofrecer la mano a la joven.

—Me llamo Wen Zi —dijo, sin esperar a que Steve los presentara—. Supongo que eres la sustituta de Markus.

—Lo has adivinado. Soy Alida Hlassek.

—Yo soy Joao Da Silva —dijo el segundo.

—Y yo, Vladislav Wurtemberg —se presentó el tercero—. Pero estos me llaman Vladis.

—¿No estamos todos, verdad? —preguntó Alida, volviéndose hacia Steve.

—No, faltan otros dos. Están de servicio.

—¿Y yo qué tengo que hacer? Supongo que tendré que ponerme al día en muchas cosas.

—Vladis se encargará de indicártelo. Tienes muy poco tiempo para prepararte. ¡Todo ha sido tan repentino!

—¿Tendré que pasar por el simulador de vuelo y de ingravidez?

—No será necesario. Pero conviene que te familiarices con el vehículo que utilizaremos en la superficie. Bueno, te dejo con Vladis. Tengo cosas urgentes que hacer.

—Ya supongo que estarás muy ocupado. Te veré más tarde.

—Hasta luego.

Mientras volvía con largas zancadas hacia el despacho, Steve trató de descubrir los motivos por los que Alida le resultaba antipática, pero no pudo llegar a una conclusión satisfactoria. Como apenas acababa de conocerla, solo podía deberse a la primera impresión recibida, que evidentemente había sido negativa. Decidió hacer un esfuerzo y suspender su juicio hasta conocerla mejor, pero no pudo evitar que su mente formulara, casi independiente de su voluntad, una comparación con su

prometida, de la que Alida Hlassek no salía demasiado bien parada.

## LA VÍSPERA DE LA PARTIDA

---

Aunque Ignacio Ferrán había pasado a menudo por el astropuerto, nunca había encontrado los controles de seguridad que tuvo que atravesar, a media mañana, al descender del avión que le había traído, en poco menos de dos horas, desde la ciudad donde vivía. El comportamiento de los funcionarios del astropuerto le pareció indignante: durante casi un cuarto de hora se vio sometido a lo que prácticamente equivalía a un interrogatorio policial; cada una de sus afirmaciones era meticulosamente comprobada, como si en lugar de un periodista cumpliendo con su deber para con el público, se sospechase que él era uno de aquellos espías de los tiempos en que el mundo estaba dividido en países pequeños y apenas se podían recorrer unos cientos de kilómetros sin cruzar una frontera.

«Algo extraño está ocurriendo aquí» se dijo, cuando por fin le dejaron en paz y pudo dirigirse hacia la entrevista con Steve MacDunn.

Venía preparado para esperar todo el día, si fuese necesario, pero Steve solo tardó veinte minutos en hacerle pasar. Por su mirada de impaciencia cuando entró en el despacho, Ferrán comprendió que el astronauta estaba arrepentido de la promesa realizada dos días atrás y, si le recibía tan pronto, no era por otro motivo sino porque deseaba quitárselo de encima cuanto antes.

—Le ruego sea lo más breve posible —comenzó Steve—. Como puede comprender, estoy muy ocupado.

—Solo le quitaré unos minutos —repuso Ferrán—. ¿Cómo van los preparativos? Espero que no habrá retrasos imprevistos.

—Por el momento, no. Mañana, a mediodía, saldremos en la lanzadera hacia la nave interplanetaria *Enterprise*, que nos aguarda en órbita alrededor de la Tierra. Y a eso de las ocho de la tarde, hora del astropuerto, partiremos hacia Venus.

—Ese nombre, *Enterprise*, está cargado de sugerencias sobre la exploración del

espacio. ¿Sabe usted que se ha utilizado ya?

—Sí, en una serie de televisión muy antigua... No recuerdo cómo se llamaba.

—*Star Trek*. A mediados del siglo xx creó un verdadero furor. Se formaron clubs de aficionados, se vendieron chucherías basadas en los guiones... Me extraña que usted, precisamente, no la conozca a fondo. ¿Acaso no le gusta la ciencia-ficción?

—Solo determinados títulos. La mayor parte me resulta un poco ridícula, infantil... Ya sabe, ¡como soy del oficio!

—Bueno, si no le importa, vamos al grano. ¿Qué harán cuando lleguen a Venus?

—Dejaremos la nave en órbita y descenderemos a la superficie.

—¿Todos?

—No, dos de los tripulantes se quedarán en el *Enterprise*.

—¿Puede decirme sus nombres? —preguntó el periodista, sacando el cuaderno.

—No veo por qué no, son del dominio público. Vladislav Wurtemberg y Astolfo Onetti.

—¿De Buenos Aires?

—¿Onetti? Sí. ¿Lo conoce?

—No, lo he adivinado... ¿Por qué tienen que quedarse en órbita estos dos hombres? Creí que el funcionamiento de las naves era totalmente automático.

—En realidad, no sería necesario que se quedase nadie. Se trata de una simple medida de precaución, para mantener constantemente el contacto con la Tierra.

—¿Qué podrían hacer esos hombres si a ustedes les sucediera algo? ¿Acaso tendrían tiempo de ayudarles?

—Tiene usted razón. Pero, al menos, podrían comunicar a la Tierra lo que había sido de nosotros. No queremos que ocurra como en Marte, donde la primera expedición se perdió sin dejar rastro.

Ferrán garrapateó con furia en su cuaderno de notas.

—Bien, esto está aclarado. Ahora dígame, por favor, quiénes van a explorar la superficie de Venus.

—Seremos cinco.

—¿Sus nombres?

—Pues yo mismo, que haré el papel de jefe de la expedición. Luego están Wen Zi, nuestro experto en electrónica y comunicaciones; Joao Da Silva, geólogo; André Bergson, médico y biólogo; y Markus M'nGwa, que conducirá el vehículo. ¡Perdone, me he equivocado! Táchelo, por favor. Markus M'nGwa no estará en la expedición. En su lugar irá Alida Hlassek.

Todas las alarmas de cazador de noticias de Ignacio Ferrán se activaron simultáneamente. Steve MacDunn, furioso por el desliz, parecía estar insultándose a sí mismo sin misericordia. «Aquí huelo algo raro» pensó el periodista que, acostumbrado a relacionar los sucesos más dispares, añadió para sus adentros: «¿Tendrá algo que ver esta sustitución, que tanto parece molestar a MacDunn, con los exagerados controles de entrada en el astropuerto?». Exteriormente, sin embargo,



disimuló su interés y se limitó a preguntar:

—¿Alida Hlasek? Es una mujer ¿verdad?

—Sí —repuso lacónicamente Steve, mientras trataba de dominar su despecho.

—Me parece que es la primera vez que una mujer participa en la primera expedición a un astro. ¿Me equivoco?

—Así es, en efecto —repuso Steve, de mala gana.

—No recuerdo haber visto esta noticia en los medios de comunicación. ¿Es muy reciente?

—Mucho.

—Le agradezco la primicia. ¿O no lo es?

—No lo sé. La decisión no ha sido mía. Otros pueden haberla divulgado antes.

«Y a ti no te ha gustado nada el cambio» pensó Ferrán. «Se nota a la legua. Me pregunto por qué, pero no será fácil descubrirlo. Ahora estás sobre aviso y vigilarás mucho mejor tus palabras».

Por un momento, no se le ocurrió nada que añadir. Pero, al ver que la mirada de su interlocutor se desviaba imperceptiblemente hacia el reloj, y temiendo que la entrevista llegara a un fin prematuro, dijo lo primero que se le ocurrió, aunque conocía perfectamente la respuesta.

—Hábleme de la superficie de Venus. ¿Qué esperan encontrar allí?

Aliviado, al ver que la conversación seguía cauces menos peligrosos, Steve se relajó visiblemente.

—No estamos muy seguros. Venus es poco conocido. Es verdad que poseemos mapas detallados de su relieve, obtenidos por medio del radar, pero la eterna cubierta de nubes nos impide ver directamente la superficie. Por eso este viaje de exploración es muy interesante: estaremos en un lugar que nadie ha visto nunca, ni siquiera con la ayuda de un telescopio.

—Les envidio —dijo Ferrán, inclinándose hacia atrás y apoyando el cuaderno sobre las rodillas—. Me gustaría estar allí. ¿No necesitan un periodista para llevar el diario del viaje?

Steve sonrió.

—Quizá la próxima vez. Me acordaré de su ofrecimiento.

—Tengo entendido que en Venus hace mucho calor, pero supongo que lo tendrán todo previsto.

—Unos setecientos grados Kelvin... perdone, es que estoy acostumbrado a... quiero decir, más de cuatrocientos grados centígrados.

—¡Parecerá un horno!

—Más bien el infierno —murmuró Steve, entre dientes.

—Perdón ¿cómo dice?

—Nada, es una tontería.

Ignacio Ferrán volvió a tomar el cuaderno, pero permaneció un minuto indeciso. Steve estaba ensimismado, y el periodista no se atrevía a interrumpir sus

pensamientos.

—¿Cómo podrán sobrevivir en esas condiciones? —se decidió al fin. Steve pareció despertar de un ensueño y le miró con sorpresa, como si no le entendiera, como si le costara trabajo comprender quién era ese hombre que estaba sentado ante él, haciéndole preguntas indiscretas y tomando nota de todo cuidadosamente. Ferrán, sin embargo, no tuvo que repetir sus palabras, pues las que había pronunciado antes parecieron llegar poco a poco hasta la consciencia del astronauta, que las respondió como si no hubiera habido entre tanto ningún silencio embarazoso.

—Permaneceremos la mayor del tiempo dentro de un vehículo especialmente construido para resistir las condiciones de la superficie de Venus. Y cuando salgamos, pues tendremos que hacerlo alguna vez, iremos provistos de trajes protectores parecidos a los que se utilizan en el espacio y en la superficie de Marte.

—Sin embargo, las condiciones son muy distintas: en esos sitios que usted dice, la temperatura es muy baja, mientras que en Venus es muy alta.

—En ambos casos, lo que se necesita es un traje aislante, que lo mismo servirá para evitar que entre el calor, o que se escape. Además, recuerde que no siempre hace frío en el espacio. Las partes más altas de la atmósfera de la Tierra se encuentran a miles de grados.

—¡No me diga!

—Así es, en efecto. El aire es allí tan poco denso, que la luz del sol y el impacto del viento solar aceleran extraordinariamente las moléculas. Ya sabe usted que la temperatura no es otra cosa que una medida de su energía cinética.

—Sí, claro —repuso Ferrán, sin mucha convicción.

—Mire, aquí tiene una maqueta del vehículo que utilizaremos para recorrer la superficie de Venus.

El periodista tomó el objeto que Steve le ofrecía y lo observó cuidadosamente, dándole muchas vueltas entre las manos. Luego lo colocó sobre la mesa y dibujó rápidamente en el cuaderno un esbozo a grandes rasgos, sorprendentemente parecido. Steve lo miró con un poco de envidia. A él nunca se le había dado muy bien el dibujo, pero admiraba a los que tenían aptitudes para ello.

—Si no le importa —dijo, poniéndose en pie—, tendremos que poner punto final a la entrevista. Le aseguro que le he dedicado todo el tiempo que me ha sido posible.

Ferrán se levantó igualmente y le ofreció la mano.

—Se lo agradezco mucho, señor MacDunn, y espero que a su regreso me permita entrevistarle de nuevo.

—Si logramos regresar —sonrió Steve.

—Le tomo la palabra. No me cabe la menor duda de que usted volverá. No me parece un hombre que se rinda ante las dificultades.

—Gracias.

Como su avión no salía hasta la noche, Ferrán tenía todo el resto del día por delante y decidió tomarse un breve descanso y visitar el astropuerto como un simple

turista. Sin embargo, no tardó en comprobar que la mayor parte de las secciones estaban bien controladas y solo se permitía la entrada al personal autorizado. Un poco cansado de encontrar por todas partes puertas cerradas y guardias con cara de pocos amigos, se dirigió a la cantina para tomar un refresco. Una vez sentado cómodamente en un mullido sillón, sacó el cuaderno y repasó las notas que había tomado.

—Este asunto de la mujer, Alida Hlassek, es importante. En cuanto salga de aquí, buscaré una cabina de comunicaciones y enviaré la noticia al periódico. Pero el otro... ¿cómo se llamaba? Creo que lo tengo por aquí. ¡Ah, sí! Markus M'nGwa. Creo que ahí hay algo muy prometedor... Procuraré no perderlo de vista.

## EL DÍA DE LA PARTIDA

---

Yves Duplessy consultó con impaciencia el reloj y exhaló un suspiro de alivio al comprobar que acababan de dar las ocho. En ese instante, si se había cumplido el horario previsto, la nave *Enterprise* comenzaba el viaje hacia Venus. Dentro de un momento recibiría la confirmación desde el centro de control del astropuerto.

Mientras aguardaba, miró ceñudo hacia Satya Vamana, que desde tres días antes había invadido su despacho y prácticamente se había convertido en el dueño. Había tratado de asignarle otro sitio, pero todo fue inútil, pues el indio insistía en quedarse donde estaba.

—Desde aquí se controla todo con más facilidad —decía—. Este despacho tiene la mejor consola de comunicaciones del mundo.

A pesar de presidir la Agencia Mundial del Espacio, Duplessy no podía oponerse a los deseos de Vamana, quien no tenía ningún cargo administrativo oficial, pero disfrutaba de un poder muy superior al suyo. Totalmente desconocido para el público, este hombre diminuto tenía en sus manos los hilos de los manejos más oscuros y misteriosos del gobierno de la Tierra. Duplessy sabía perfectamente que algunos de los ministros más poderosos palidecían cuando Vamana aparecía por su despacho, dispuesto a meter las narices en sus asuntos. Incluso el presidente del gobierno mundial, que teóricamente podía destituirlo a su antojo, se guardaba de hacerlo, pues no podía prescindir de él y no habría encontrado a nadie capaz de sustituirle.

A las ocho y cuatro minutos exactamente, se encendió en la consola la luz de llamada que Duplessy estaba esperando. Tras una mirada a Vamana, que permanecía impassible, aceptó la comunicación. Una pantalla se iluminó, mostrando el rostro del director del centro de control, quien comenzó a hablar inmediatamente, sin saludos ni rodeos:

—El *Enterprise* ha abandonado la órbita terrestre hace cuatro minutos, señor. La

maniobra se ha llevado a cabo satisfactoriamente. Su aceleración actual es igual a 0,6 g. A las veinte y cincuenta minutos se procederá a parar los motores y la nave continuará en caída libre a una velocidad de crucero de 17 600 metros por segundo. La llegada a Venus tendrá lugar, como estaba previsto, dentro de cuarenta días.

—De acuerdo —contestó secamente Duplessy—. Manténgame informado si ocurre algo anormal.

Sin aguardar respuesta, cortó la comunicación y se volvió hacia Vamana, quien, aunque aparentaba estar distraído, había escuchado atentamente la conversación.

—Y ahora —dijo Duplessy—, ha llegado el momento de las explicaciones.

Vamana alzó las cejas y sonrió con sorna.

—¿Usted cree?

—Tengo derecho. He hecho casi a ciegas lo que usted me pidió: retirar un hombre valioso de la expedición, sustituyéndolo por una persona sin experiencia. Además, he dado la cara ante MacDunn, a pesar de que sabía muy poco más que él. Usted prometió explicármelo todo en cuanto partiera el *Enterprise*. Pues bien: el *Enterprise* ha partido. Espero que cumpla su palabra.

La sonrisa de Vamana se hizo más marcada. Duplessy sintió un ligero escalofrío y deseó hallarse muy lejos de allí, pero se dominó, dispuesto a llegar hasta donde fuera necesario para descubrir la razón de la extraña exigencia del indio.

—Se lo diré —dijo este, al fin—. Como le expliqué hace tres días, le he obligado a alterar sus planes porque necesitaba que un agente mío tomara parte en la expedición.

—Usted dijo que uno de los tripulantes está tramando algo, un atentado o un acto de sabotaje, pero que ignora de quién se trata. Todo esto es muy confuso, necesito una aclaración más detallada.

—Iba a dársela, pero usted me ha interrumpido.

—Está bien. Hable.

Durante unos instantes, la mirada de Vamana se perdió en la distancia, mientras meditaba cómo comenzar la explicación solicitada. Por fin, sus ojos giraron hacia su interlocutor y dijo:

—¿Ha oído usted hablar de una sociedad secreta que se llama *la Hermandad de la Rosa*?

Duplessy lo miró con sorpresa.

—¿Los Rosacruces? Naturalmente. Pero esa no es una sociedad secreta. Quizá al principio sí lo fue, pero hace siglos que salieron a la luz.

—No estoy hablando de los Rosacruces —replicó Vamana, moviendo enérgicamente la cabeza—. Esos no son peligrosos. Estos sí.

—En ese caso, no sé a quién se refiere.

—La Hermandad de la Rosa nació hace algunos años, no sabemos exactamente cuántos, pues han logrado ocultarse con éxito de la opinión pública. Naturalmente, mi departamento descubrió su existencia en seguida, y hemos procurado vigilarlos,

aunque son más escurridizos que una anguila. Sin embargo, hemos logrado descubrir algunas cosas: su ideología, por ejemplo, que es racista. Y su objetivo a largo plazo.

—¿Cuál es?

—El exterminio de la raza blanca sobre la Tierra.

El presidente de la Agencia Mundial del Espacio abrió la boca para decir algo, pero el asombro le impidió pronunciar una sola palabra. Tras aguardar un instante, al ver que no se decidía a hablar, Vamana continuó:

—Han adoptado la rosa como símbolo de la humanidad. Según ellos, cada pétalo representa una de las razas humanas, pero los blancos han hecho crecer el suyo desmesuradamente, apoderándose del mundo y usurpando los derechos de los demás. Son, dicen, como un cáncer que es preciso extirpar para salvar la vida del paciente. Por eso quieren exterminarlos a ustedes.

Con un esfuerzo, Duplessy recuperó el dominio de la voz.

—¡Pero esto es absurdo! Somos cientos de millones. ¿Cómo conseguirán acabar con nosotros?

—Usted sabe muy bien que existen armas terribles capaces de destruir continentes enteros. Europa, por ejemplo, es bastante vulnerable.

—Pero esas armas se pusieron fuera de la ley cuando el mundo se unificó bajo un gobierno único y la guerra desapareció.

—No diga tonterías. La guerra no ha desaparecido, y usted lo sabe. Aunque el mundo está unido, sigue habiendo conflictos, todos civiles, naturalmente, pero ya se sabe que la guerra civil suele ser la más inhumana y cruel de todas.

Duplessy bajó la cabeza.

—Por otro lado —continuó Vamana—, queda el terrorismo, que jamás hemos conseguido erradicar. Somos demasiados, es muy fácil arrojar una bomba y perderse entre la multitud.

—Entonces ¿la Hermandad de la Rosa es una asociación terrorista?

—Hasta ahora no, pero tenemos indicios de que está a punto de inaugurar actividades en esa dirección. Los hermanos de la Rosa se disponen a cometer un atentado espectacular, que acapare los titulares de todos los medios de comunicación del mundo. Quieren entrar en la historia por la puerta grande.

—Pero hay algo que no comprendo. ¿Qué tiene que ver todo esto con la expedición a Venus?

—¿No le parece evidente? Conseguir que fracase sería un gran triunfo para cualquier organización terrorista.

Duplessy se puso en pie de un salto y señaló a Vamana con un dedo acusador.

—¿Por qué no me lo dijo antes? Habríamos aplazado la expedición. ¡Todavía estoy a tiempo de hacerlo!

Dio dos largas zancadas hacia la consola de comunicaciones, pero la voz de Vamana, ronca y autoritaria, le detuvo en seco:

—No se mueva de donde está. ¿No comprende que tengo motivos muy poderosos

para que esa expedición siga adelante?

El presidente se detuvo, se volvió lentamente y se encaró de nuevo con el indio, que se limitó a señalar el sofá. Duplessy obedeció la orden muda y volvió a su asiento.

—¿Cuáles son esos motivos? —preguntó.

—Es muy sencillo. Hemos recibido el soplo de que uno de los jefes supremos de la hermandad va a participar personalmente en esto. No es extraño, se juegan mucho en su primer intento. Si fracasan, la hermandad podría llegar a desintegrarse. Pero, sabiendo esto, no nos conviene suspender la expedición. Si no lo pueden hacer ahora, lo intentarán en otro sitio, quizá donde no podamos impedirlo, por falta de información. Aquí, además, tenemos a los sospechosos confinados y bien controlados. Estando sobre aviso, no será difícil hacer fracasar el atentado.

Duplessy tardó cerca de un minuto en contestar, y Vamana guardó también silencio, para dejarle la oportunidad de reordenar sus pensamientos.

—Creo que comprendo su punto de vista —dijo al fin—. Pero usted debe comprender que me sienta manipulado. Me ha mantenido a oscuras, limitándose a darme órdenes y a presentarme un *fait accompli*, como si yo fuese un simple subordinado.

Vamana sonrió, pero no dijo nada, y Duplessy comprendió indignado que, para el indio, él no era más que un simple instrumento.

—Lo que no entiendo —añadió el presidente— es por qué insistió usted en que Markus M'nGwa fuese sustituido por su agente. De acuerdo con lo que me ha dicho, parece que él, único tripulante de raza negra, debería ser uno de los sospechosos.

—Después de investigarle cuidadosamente, hemos llegado a la conclusión de que M'nGwa no puede ser el agente enemigo. Su vida privada es intachable y no se le conocen asociaciones con nadie que pueda estar relacionado con la Hermandad de la Rosa.

—Pero, en ese caso, solo puede haber un sospechoso, Wen Zi, pues todos los demás tripulantes son de raza blanca.

—No es tan sencillo —repuso Vamana—. Tenga en cuenta que van también dos sudamericanos: Astolfo Onetti y el brasileño Da Silva. Nuestras investigaciones han descubierto que ambos tienen antepasados mestizos. Ya sabe usted que nadie suele odiar más a los blancos que los que casi lo son.

—Pero usted me dio a entender que todos eran sospechosos, incluso MacDunn. ¿No habría sido mucho mejor que él, como jefe de la expedición, hubiera sabido a qué atenerse?

—Perdone, pero MacDunn sí es sospechoso, como también Bergson y Wurtemberg. ¿Cree que no hay fanáticos entre los blancos, capaces de cualquier barbaridad para librarse de lo que ellos consideran mala conciencia?

—Entonces ¿qué hacemos?

—Por el momento, nada. Esperar cuarenta días.

—¿Y si ese terrorista intenta algo entre tanto?

—No lo creo. Que una nave estalle en el espacio no es una gran noticia. Ocurre demasiado a menudo. Por eso creo que el agente de la hermandad esperará hasta que se alcance la superficie de Venus: sería mucho más espectacular. Además, quizá no desee suicidarse. De un fanático puede esperarse cualquier cosa, pero si puede destruir a sus compañeros sin poner en peligro su propia vida ni causar sospechas ¿por qué no hacerlo? Recuerde que él no sabe que le vigilamos.

—Está bien. Usted manda. Pero la responsabilidad es suya.

Vamana entrecerró los ojos.

—Lo sé perfectamente. Corro un gran riesgo. Si fracaso, hay muchos buitres dispuestos a caer sobre mis despojos. Pero usted procurará ayudarme en lo que pueda: no crea que estoy dispuesto a caer solo. Si esta expedición sale mal, los efectos se sentirán en todo el sistema solar.



## VEINTIDÓS DÍAS DESPUÉS DE LA PARTIDA

---

Desde la ventana de la habitación del hotel, Ignacio Ferrán miró las calles de Nairobi con curiosidad, pero quedó un poco decepcionado, pues no vio nada que diferenciara la capital del África subsahariana de las muchas ciudades europeas y americanas que había visitado.

«Los rascacielos son todos iguales» pensó. «Es verdad que la mayor parte de la gente que anda por la calle es de raza negra, pero lo mismo ocurre en algunos barrios de las grandes ciudades de Norteamérica».

Sonrió al recordar la cara que puso el director del periódico cuando le pidió permiso para viajar al otro extremo del mundo, por segunda vez en un mes.

—¿Qué ocurre? —le había preguntado—. ¿Qué entrevista tan especial es esta, que no puedes hacerla a través de la pantalla de comunicaciones? Entiendo lo de MacDunn, reconozco que fue un éxito tuyo arrancarle la exclusiva la víspera del comienzo del viaje, pero ¿qué tienes que hacer en Nairobi que no puedas resolver desde aquí?

Naturalmente, no podía contestar a esa pregunta. La pista que estaba siguiendo era demasiado sutil, la probabilidad de equivocarse demasiado grande. Si la cosa salía mal, el periódico podía verse arrastrado a un conflicto político y a él le pondrían de patitas en la calle. Precisamente por eso, no podía arriesgarse a dar explicaciones. El director se limitaría a negarle la autorización y la noticia del siglo se perdería.

—No puedo decírtelo, jefe —había contestado—, pero huelo una gran noticia. ¿No quieres darme esta oportunidad?

El director rezongó un poco, pero le firmó la autorización del viaje y la concesión de fondos para *gastos especiales*. No tantos como hubiera deseado, pero casi

suficientes, si ahorraba un poco en otros conceptos, y estaba dispuesto a poner dinero de su bolsillo, si fuese necesario. Estaba casi seguro de que esta iba a ser una de esas ocasiones que un periodista solo encuentra una vez en la vida, y no quería perderla por un detalle así.

«Si supieras cómo pienso emplear esos fondos, te daba un ataque» pensó, mientras el director estampaba su firma electrónica en el documento, y tuvo suerte de que no se le ocurriera mirar la pantalla en ese momento, pues no pudo ocultar una sonrisa sospechosa.

Le había costado casi tres semanas dar con Markus M'nGwa, y eso a pesar de que dedicó casi todo su tiempo y esfuerzos a localizarlo. Afortunadamente, la primicia informativa que había obtenido en la entrevista con MacDunn, la sustitución de última hora en la tripulación del *Enterprise*, había aumentado su prestigio, por lo que últimamente se encontraba con más libertad para actuar. Y la había aprovechado.

Markus estaba en Nairobi. Su informador estaba seguro: lo había visto personalmente. También sabía que llevaba una vida rutinariamente exacta. A Ferrán le interesó especialmente el hecho de que se levantara todos los días de madrugada y saliera a correr durante media hora. Al parecer estaba de vacaciones. Y eludía sistemáticamente a los periodistas. Una entrevista a través de la pantalla de comunicaciones quedaba, por tanto, eliminada. Era preciso actuar con estrategia.

Ferrán consultó su agenda electrónica, donde había anotado cierto número telefónico que le había proporcionado un colega experto en los bajos fondos de todo el mundo. Se apartó de la ventana, tomó asiento frente a la consola de su habitación e insertó la agenda en la ranura preparada al efecto. Pulsó el botón de llamada y esperó mientras la máquina marcaba el número seleccionado. Poco después, sonó un aviso acústico, pero la pantalla no se iluminó. Evidentemente, su interlocutor prefería saber quién le llamaba, antes de mostrar su rostro.

—¿Quién es? —dijo con violencia una voz algo aguardentosa en inglés internacional, pero con fuerte acento africano. Ferrán se presentó, mencionó el nombre de su colega y observó con satisfacción la dulcificación inmediata de la voz de su interlocutor invisible.

Naturalmente, no podían discutir un asunto tan especial a través de la red de comunicaciones. Nunca se sabía quién podía estar escuchando. Ferrán propuso una entrevista, el otro sugirió un tabernucho de mala muerte en el barrio de peor fama de Nairobi. Un minuto después de realizar la llamada, el periodista abandonaba la habitación para acudir a la cita.

Al oír la dirección donde deseaba ir, el taxista le miró con cara rara, como si creyera que no estaba en sus cabales, pero se encogió de hombros: si el blanco deseaba suicidarse, no era asunto suyo. Sin embargo, Ferrán sabía que no corría peligro. Estaba bajo la protección de... Bueno, del hombre con el que acababa de hablar.

No tuvieron ninguna dificultad en llegar a un acuerdo e incluso le salió más

barato de lo que esperaba. El dinero para *gastos especiales* resultó suficiente, aunque por muy poco. Desde luego, la cosa tenía que salir bien a la primera. De lo contrario, no tendría opción de repetirla. Una vez arreglados todos los detalles y pagada la mitad del encargo en billetes pequeños, de los que Ferrán venía bien provisto, regresó a su hotel y se acostó inmediatamente: al día siguiente tenía que madrugar y necesitaba estar fresco y alerta, por lo que pudiera suceder.

A las cinco de la mañana, sin haber desayunado, salió del hotel y tomó un taxi, dándole una dirección próxima al lugar donde vivía Markus M'nGwa. A las cinco y media despidió el taxi, caminó tres manzanas y se situó en una bocacalle, desde donde podía vigilar la puerta por donde saldría Markus, sin peligro de que este le viera. Comenzó entonces una larga y ansiosa espera. A las seis menos diez, dos hombres de raza negra pasaron ante la bocacalle, le miraron significativamente y siguieron adelante, perdiéndose de vista dos manzanas más allá. A las seis en punto se abrió la puerta que tanto había vigilado y apareció un hombre vestido con ropa deportiva, que comenzó a correr con pasos largos, pero no demasiado rápidos, apenas pisó la calle.

Era Markus M'nGwa. Ferrán se cercioró de ello consultando una fotografía reciente que había obtenido en los archivos del periódico. Inmediatamente, abandonó su escondite y le siguió a cierta distancia, sin apresurarse. Markus le iba ganando terreno poco a poco, pero eso no le preocupaba, pues sabía que no tardaría mucho en alcanzarle.

Seis manzanas más allá, dos individuos de mala catadura ocultos en una bocacalle próxima salieron bruscamente y se interpusieron en el camino del hombre que corría. Ferrán apretó el paso, pero no comenzó a correr hasta que los hombres agredieron a Markus, golpeándole con una porra de goma. El astronauta no era ningún alfeñique y se defendía lo mejor que podía, pero los dos hombres eran muy robustos y estaban armados. El resultado de la pelea no podía ser dudoso, a menos que alguien interviniera.

Alguien intervino. Sin aviso de ninguna clase, Ferrán acometió al atacante más próximo y le propinó un puñetazo cuidadosamente calculado. El hombre retrocedió, vaciló un instante y cayó sentado al suelo, mientras Markus, enfrentado a un solo contrincante, conseguía atenzarle el brazo que sostenía la porra y detener la lluvia de golpes que hasta ese momento había caído sobre él. Sin embargo, con un movimiento brusco, el hombre se liberó el brazo, se reunió con su compañero, que para entonces se había puesto de pie, y ambos huyeron corriendo y no tardaron en perderse en el laberinto de calles de Nairobi.

Sin hacer intención de perseguirles, Ferrán se aproximó al hombre atacado, que se encontraba en evidente estado de alteración y nerviosismo, consecuencia del susto sufrido. Por un momento, tuvo que apoyarse en él para no caer, pero se repuso rápidamente y agradeció al periodista, con voz entrecortada, la ayuda recibida. Ferrán le propuso tomar algo juntos, para recuperarse. Pocos minutos después, los dos

estaban sentados a ambos lados de una mesa en un local de bebidas próximo.

Durante algunos minutos, la conversación se ciñó exclusivamente al suceso que acababan de vivir. Markus no dejaba de agradecer a Ferrán la ayuda que le había prestado, mientras este insistía en que cualquiera habría hecho lo mismo en su lugar. Por fin, como esperaba el periodista, pasaron a hablar de cosas más personales.

—¿Cómo es que estaba usted en la calle tan temprano? No suelo encontrar a nadie cuando salgo a correr.

—Mi profesión me obliga a madrugar y, cuando estoy en la ciudad, me levanto a la misma hora, por la fuerza de la costumbre.

—¿Puedo preguntarle cuál es su profesión?

—Naturalmente. Soy cuidador de animales salvajes en una de las mayores reservas de África —mintió Ferrán.

—Debe de ser una ocupación muy interesante.

—Lo es. Mi vida es una permanente aventura.

—La mía también —repuso Markus, algo picado por el orgullo evidente con que hablaba su compañero.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó Ferrán, aparentando hacerlo por pura cortesía, como si no le interesara demasiado la respuesta, como si dudase de las palabras de M'nGwa.

—Soy astronauta —repuso este.

—Ya. Perdona si soy un poco descortés, pero es que me gusta decir lo que pienso. En el siglo pasado, la suya fue una profesión espectacular, pero últimamente ha perdido mucho, se ha vuelto rutinaria. Total, viajar a la estación espacial o a la luna es hoy tan corriente como ir de París a Nueva York hace cincuenta años.

—Se equivoca usted —replicó Markus, algo acalorado—. No hay nada de rutinario en mi trabajo. Es tan emocionante como lo fue la exploración de los polos, a principios del siglo xx.

—Permita que lo dude —insistió el periodista—. En los últimos tiempos, solo ha habido dos viajes espaciales que puedan considerarse aventura: la colonización de Marte y la expedición a Venus.

Markus le dirigió una mirada de triunfo.

—Sepa usted que yo soy miembro de la expedición a Venus.

Ferrán alzó las cejas, simulando sorpresa.

—¡No me diga! Pues ¿cómo está usted aquí? Yo no suelo estar al corriente de las últimas noticias, pero sí me he enterado de que esa expedición partió hace algunas semanas.

—Tres semanas y dos días, exactamente —suspiró Markus—. Sí, tiene usted razón. Yo no he ido con ellos, pero tenía que haberlo hecho. Estaba todo preparado, pero tres días antes lo echaron todo a rodar.

—Lo siento —dijo el periodista en voz baja, después de un breve silencio—. Debió de ser un duro golpe para usted.

—En efecto. Ya me había hecho a la idea.

—Y ¿por qué le dejaron en tierra? ¿Le dieron alguna razón?

—Ninguna. El presidente de la Agencia Mundial del Espacio me hizo llamar a su despacho y me dijo que razones de alta política le obligaban a excluirme de esta misión. Así, sin más explicaciones. Yo las pedí, por supuesto, pero me contestó con evasivas. Después me enteré de que me habían sustituido por una mujer, una tal Alida Hlasek, una desconocida, que ni siquiera es miembro del servicio. Todo esto me ha frustrado terriblemente.

Ferrán chascó la lengua, como simpatizando con su compañero.

—¿Sabe lo que le digo? Que me huele a enchufe.

—¿Cómo dice?

—Que esa mujer, como se llame, debía de tener muchas ganas de participar en la expedición y se habrá buscado algún pez gordo que la ofreciera su apoyo, quién sabe con qué medios... A usted le habrán desplazado simplemente para hacerle sitio, no porque tengan algo contra usted.

—Le agradezco que me consuele. Yo también me he dicho eso mismo muchas veces, pero en el fondo no hago más que preguntarme: ¿por qué yo? ¿Por qué no quitaron a otro? No consigo levantarme la moral, he perdido la confianza en mí mismo. ¡Hasta estoy pensando en abandonar el servicio!

La conversación continuó por estas líneas durante algunos minutos, hasta que Ferrán se levantó, aduciendo que tenía una cita en otra parte de la ciudad. Después de separarse de Markus, un poco decepcionado por el resultado de la entrevista, anotó en su cuaderno las siguientes palabras:

«Pista falsa: M'nGwa no sabe nada. Pero se confirma que la decisión de cambiarle fue repentina y la tomó el propio Duplessy, o le obligaron a tomarla. Tendré que investigar más en esa dirección».

## DESCENSO AL INFIERNO

---

—¿Todo listo, Vladis?

—¡Todo listo, Steve!

—Puede dar comienzo la separación.

Comparada con el *Enterprise*, del que se iba alejando muy despacio, la cápsula de descenso habría parecido ridículamente pequeña a un observador externo. Y, sin embargo, medía veintiséis metros de largo y llevaba en su interior cinco personas y un vehículo articulado bastante grande para contenerlas. Pero no había ningún observador que pudiera comparar las dos naves espaciales, ni siquiera desde la Tierra con ayuda de un telescopio, pues Venus se interponía en la línea de visión. El momento de la separación había sido cuidadosamente calculado para que el descenso tuviera lugar en la cara visible del planeta, con objeto de aumentar las posibilidades de comunicación de los exploradores, y para conseguirlo era preciso partir desde el lado opuesto.

A bordo del *Enterprise*, Vladislav Wurtemberg y Astolfo Onetti se ocupaban con febril actividad de las mil operaciones necesarias para asegurar el éxito del descenso. En la cápsula, Steve MacDunn y Wen Zi atendían los controles, mientras los otros tres procuraban quitarse de en medio para no estorbarles. Acurrucada en un rincón, Alida Hlasek contemplaba atentamente las maniobras de sus compañeros, como si no quisiera perderse el menor detalle. Aunque le volvía la espalda, Steve sentía a menudo sus ojos clavados en él y no podía evitar, muy a pesar suyo, una leve sensación de inquietud. Con su larga experiencia en el espacio, creía estar a prueba de estas cosas y le molestaba descubrir que no era así, especialmente porque no había conseguido mejorar las relaciones con ella durante los largos y aburridos días del viaje.

En realidad, no la había visto mucho. Parecía que Alida le evitase. Estaba siempre

metida en su camarote o practicando con los controles del vehículo de superficie, y solo se veían a la hora de la comida, en presencia de los demás tripulantes. Durante esos momentos, Steve los vigilaba cuidadosamente, pero no pudo detectar la menor señal de que sus temores fueran a realizarse: Alida era brusca con todos y no fomentaba ningún tipo de familiaridad. Al principio, durante los primeros días, algunos de los hombres trataron de aproximarse a ella, pero viendo que sus avances eran sistemáticamente rechazados, decidieron ignorarla, al menos en apariencia.

Debajo de ellos, a muchos miles de kilómetros todavía, la eterna capa de nubes que rodea Venus se aproximaba rápidamente. La superficie del planeta era, como es natural, totalmente invisible, como lo fue para los observadores de la Tierra hasta el descubrimiento del radar, que, al utilizar microondas en lugar de luz, es capaz de atravesar las nubes y, a finales del siglo xx, proporcionó la posibilidad de obtener mapas detallados del relieve de Venus. Esos mapas, o más bien sus contrapartidas más modernas, colgaban ahora de las paredes de la cápsula. Copias idénticas se encontraban en la sala de control del *Enterprise* y en el vehículo de superficie. Pero Steve no los miraba: tenía cosas más urgentes en que ocuparse.

La superficie de la cápsula estaba plagada de instrumentos que medían las condiciones externas. Los resultados de las medidas aparecían sobre el tablero de control y el comandante vigilaba estos datos sin cesar, comparándolos con los del interior de la cápsula, siempre dispuesto a cancelar la misión a la menor señal de peligro. Aún estaba a tiempo, pero muy pronto, en cuanto emprendiesen las primeras exploraciones en el vehículo de superficie, ya no podría hacerlo aunque quisiese.

Por fin, los indicadores, que habían permanecido fijos durante la primera parte del descenso, comenzaron a agitarse levemente. Steve y Wen Zi se miraron, pero no dijeron nada hasta que se confirmaron sus sospechas, y entonces el comandante habló en voz alta, para informar a sus compañeros:

—Estamos entrando en la atmósfera.

Alida palideció visiblemente y de forma instintiva comprobó su cinturón de seguridad. Tampoco los otros, a pesar de su experiencia como astronautas, pudieron ocultar su nerviosismo. La cápsula espacial había sido cuidadosamente construida para reducir al mínimo la posibilidad de un fallo, pero iba a verse sometida a condiciones tan variables y terribles que era difícil no sentir temor: desde el vacío y la temperatura próxima al cero absoluto de los espacios interplanetarios debía pasar, casi sin pausa, a la temperatura de fusión del zinc y una presión que solo se encuentra en la Tierra en el fondo de los océanos, a un kilómetro de profundidad.

En ese momento, sobre una pantalla gigante que presentaba la imagen captada por las cámaras de televisión acopladas en la superficie de la cápsula, pudieron ver la aparición del sol, que hasta entonces había estado oculto por la masa de Venus. La nave, que inicialmente se había desplazado por el lado nocturno, pasaba ahora, en su descenso curvo, a la zona iluminada del planeta, en la que debía permanecer hasta el fin de la expedición, siempre y cuando esta llegara a término con éxito.

Inmediatamente, la temperatura exterior comenzó a ascender, debido al calentamiento solar, aunque no tardó en alcanzar un máximo y volver a enfriarse, a medida que la cápsula se introducía en las regiones más bajas de la termósfera de Venus. Ese enfriamiento no se detendría hasta que alcanzaran la troposfera, un poco más arriba de la capa de nubes.

Dos horas después de la partida, la voz de Steve volvió a interrumpir el tenso silencio:

—Altitud sobre la superficie, doscientos kilómetros. Temperatura, doscientos grados Kelvin. Dentro de unos minutos entraremos en la zona de bruma. Prepárense a recibir el impacto del viento.

Los astronautas se agitaron de nuevo, intranquilos, aunque en realidad no había nada que hacer, pues todas las precauciones se habían tomado ya y las palabras de Steve no tenían más que una finalidad psicológica. Todos los ojos se clavaron en la pantalla, tratando de vislumbrar los primeros síntomas de las terribles nubes de ácido sulfúrico de Venus. Todas las mentes temblaron, y no por primera vez, preguntándose si el aislamiento y el material de la nave serían capaces de resistir su acción corrosiva. Sabían que las paredes de la cápsula estaban fabricadas con una aleación especial de hierro, aluminio, titanio y magnesio, de elevado punto de fusión, recubierta por una fina película de oro, que debía aumentar aún más su resistencia a la acción de los ácidos. En teoría, debían estar muy tranquilos, pero ninguno dejó de recordar, mientras se aproximaba el momento crítico, que las primeras cápsulas que se posaron en Venus, las naves *Venera* enviadas por los rusos, solo pudieron funcionar durante unas pocas horas, antes de que sus instrumentos cedieran definitivamente a la corrosión.

De pronto, leves hilillos de niebla alteraron por primera vez la tersura de la imagen de la parte del espacio exterior próxima a la cápsula. Desaparecidos tan pronto aparecieron, quienes los percibieron (no fueron todos) quedaron con la duda de haber visto realmente algo. Pero pronto se sucedieron una y otra vez, cada vez más frecuentes y espesos, hasta que toda la imagen desapareció en una vorágine de vapores arremolinados y turbulentos que se desplazaban con una velocidad enorme, haciendo retemblar la cápsula como si estuviera sujeta a los embates del gran maelstrom nórdico. En medio del torbellino, la voz de Steve resonó clara y firme, contagiando a sus compañeros de su aplomo:

—Altitud, noventa kilómetros. Temperatura, doscientos diez grados Kelvin. Velocidad del viento, ciento cincuenta kilómetros por hora. Acabamos de penetrar en la capa superior de bruma. Estamos a treinta kilómetros de la parte más espesa de las nubes. Llegaremos a ella dentro de un minuto.

A medida que penetraban en la cubierta nublada, la imagen de la pantalla se fue difuminando hasta desaparecer por completo. Sin embargo, los ojos de los astronautas seguían fijos en ella, esforzándose inútilmente por ver algo donde no había nada que ver. Durante algunos minutos, solo las palabras de Steve, que seguía



atentamente la evolución de los datos proporcionados por los instrumentos, interrumpieron un silencio humano realizado por el ruido de fondo de los motores, cuya acción desaceleraba rápidamente el descenso de la cápsula, y de los crujidos cada vez mayores de la estructura, pues los efectos de los vientos exteriores se hacían sentir con más intensidad.

—Altitud, cincuenta y dos kilómetros. Temperatura, trescientos setenta y tres grados Kelvin. Velocidad del viento, trescientos sesenta kilómetros por hora. Estamos en el centro de la capa de nubes, en su parte más espesa.

Alida Hlasek no pudo contener un estremecimiento al oír la lectura de la temperatura exterior. Pues aunque sabía que en la superficie de Venus era mucho más elevada, siempre nos afecta la noticia de que estamos pasando por un punto crítico: ahí afuera las nubes estaban a cien grados centígrados, la temperatura de ebullición del agua en las condiciones normales de la Tierra. Pero aquí apenas había agua, pues la mayor parte de ella se había combinado con las emanaciones de los volcanes de Venus para formar ese ácido sulfúrico que ahora los rodeaba por todas partes, impidiéndoles ver nada.

Dos minutos después, los astronautas exhalaban, casi simultáneamente, un suspiro de alivio, al comprobar que la imagen exterior comenzaba a aclararse, aunque las vaharadas de vapor no les permitían ver con claridad. Al mismo tiempo, las paredes de la cápsula dejaron de temblar, anticipándose a los datos del comandante, que no tardaron en confirmar la disminución de la fuerza del viento, indicio de que se aproximaban a la parte más baja de la troposfera.

—Altitud, treinta y cinco kilómetros. Temperatura, cuatrocientos sesenta grados Kelvin. Velocidad del viento, ciento ochenta kilómetros por hora. Estamos llegando al final de la capa inferior de bruma. Llegaremos a la superficie dentro de diez minutos.

De pronto, la imagen de la pantalla se aclaró, las nubes desaparecieron y los astronautas pudieron ver, por primera vez, a lo lejos, los primeros indicios de una superficie que, desde aquella altura, les pareció engañosamente plana y regular.

Pero el aspecto de lo que se abría ante sus ojos no podía ser más extraño para un observador de la Tierra: la escasa luz reinante, cuya intensidad apenas alcanzaba la de un crepúsculo tardío, era predominantemente rojiza, lo que proporcionaba al paisaje el aspecto del interior de un horno muy caliente. La causa del fenómeno no era la presencia de fuego, sino la absorción por las nubes de las frecuencias luminosas más altas, pero la sensación de asfixia y de claustrofobia que se apoderó de todos no estaba muy descaminada. Y fue de nuevo la voz de Steve la que expresó los sentimientos comunes, pocos minutos después, mientras la cápsula se posaba suavemente sobre la superficie de Venus:

—Temperatura, setecientos cuarenta y cuatro grados Kelvin. Velocidad del viento, nueve kilómetros por hora. Altitud, cero. Presión, noventa y una atmósferas. Hemos llegado al infierno.

## DOS ENTREVISTAS

---

Ignacio Ferrán se sentó cómodamente en el sofá, colocó el cuaderno electrónico sobre las rodillas, inclinó el lápiz óptico en disposición de tomar notas y dijo:

—Le agradezco que me dedique unos momentos de su tiempo, señor Duplessy, sobre todo hoy, pues supongo que está especialmente ocupado y ansioso.

—¿A qué se refiere? —preguntó el presidente de la Agencia Mundial del Espacio, con voz cortante.

—Al desembarco en Venus, naturalmente. Por cierto, permita que aproveche para felicitarle por el éxito de la expedición.

—Gracias.

—Esperemos que todo siga desarrollándose de forma satisfactoria. Aquello debe de ser muy peligroso.

—Sin duda. Pero supongo que no ha venido usted a hablarme de esto.

—En cierto modo, sí. Es precisamente de la expedición a Venus de lo que quería hablarle.

Duplessy se puso tenso inmediatamente. «Este hombre parece incapaz de ocultar sus sentimientos» pensó Ferrán. «No comprendo cómo ha llegado a ocupar este puesto. Los políticos suelen ser maestros en el arte del disimulo».

—¿Qué desea saber? —preguntó el presidente.

—La verdadera causa del cambio de última hora en la tripulación del *Enterprise*.

—¡Ya se lo expliqué a la prensa en su día! Markus M'nGwa se puso enfermo y no hubo más remedio que sustituirle.

—Perdone, señor presidente, ese pretexto puede valer para otros, pero no para mí.

—¿Me acusa usted de mentir?

—Jamás me atrevería a usar esa palabra. Ya sé que las personas en su posición se ven obligadas con frecuencia a ocultar datos, y que prefieren utilizar términos más

suaves. Sin embargo, mis fuentes de información me aseguran que Markus M'nGwa no ha estado enfermo en los últimos meses y que no fue esa la causa de que se quedara en la Tierra.

—Sus fuentes de información deben disfrutar de toda su confianza, si se atreve a llamarme mentiroso en mi propia cara —ironizó Duplessy—. ¿Puedo saber cuáles son?

—El propio Markus M'nGwa —replicó el periodista, mirándole fijamente a los ojos.

Duplessy enrojeció, apretó los puños y presionó visiblemente el brazo del sofá.

—¿De modo que se ha ido de la lengua? —dijo entre dientes.

—No le culpe a él —se apresuró a aclarar Ferrán—. Me costó mucho trabajo sacárselo. En realidad, le tendí una trampa. Como ve, si tengo la cara dura de acusarle de mentir, también soy capaz de reconocer en mí el mismo defecto.

El presidente le miró en silencio durante un buen rato, con gesto asombrado, como si le costara trabajo aceptar que un hombre pudiera ser tan desenvuelto.

—Supongo que no pretenderá que le proporcione información confidencial —dijo al fin—, para que usted se apresure a divulgarla.

—Pienso que tal vez le convenga hacer eso, precisamente.

—¿Qué quiere decir?

—Que, si le interesa mantener en secreto esa información, no le conviene que yo ande suelto por ahí, investigando el asunto. Si la descubriera por mis propios medios, no tendría ninguna razón para callármela. En cambio, todo lo que usted me diga *off the record* estará a salvo, pues yo le daría a cambio mi palabra de no hacerlo público.

—Acaba usted de reconocer que su palabra no vale gran cosa.

—Yo no he dicho eso.

—Es igual. Sus amenazas no me asustan.

—Por favor, señor Duplessy, no me entienda mal. No le amenazo. Me limito a describir la situación. Llevo más de un mes investigando este asunto y no creerá que voy a abandonarlo solo porque usted me lo pida.

—Puede usted hacer lo que guste. ¡Siga, siga investigando! No creo que le sirva de mucho.

—Hasta ahora no me ha ido mal. Fui yo quien consiguió la noticia del cambio de M'nGwa por Alida Hlasek. También localicé al propio M'nGwa, a pesar de que ustedes lo tenían muy bien escondido, y conseguí extraerle toda la información que quise.

—Yo soy un hueso más duro de roer.

—Sin duda, señor presidente —replicó Ferrán, con voz untuosa—. Pero no todo el mundo es como usted.

Duplessy no pudo ocultar una sonrisa. La imagen del periodista, tratando de sonsacarle algo a Satya Vamana, le resultaba muy divertida. Ferrán comprendió que no podría obtener más de él. Llevaba muchos días siguiendo pistas falsas y esta

entrevista había sido un tiro al azar, más que un movimiento táctico bien calculado. En realidad, estaba menos seguro de sí mismo de lo que trataba de aparentar. «¡En fin!» pensó. «Otra vez tendré más suerte». Y se dispuso a despedirse.

En ese instante, sonó el timbre de la consola de comunicaciones del despacho. Duplessy se puso en pie, se disculpó por la interrupción y acudió a responder. La voz de su secretaria llegó audible a los oídos del periodista.

—Siento interrumpirle, pero Satya Vamana desea hablar con usted urgentemente. ¿Quiere que le pase la comunicación?

Ferrán observó que el presidente miraba con alarma hacia él e inmediatamente, para disimular su interés, se levantó, se dirigió hacia una estantería próxima, extrajo un libro cualquiera y comenzó a hojearlo, de espaldas a Duplessy. Pero este no se dejó tranquilizar por el ardid y, tras pedir a su secretaria que aguardara un momento, avanzó y dijo:

—Como usted dijo antes, señor Ferrán, soy un hombre muy ocupado. Lamento tener que dar por terminada nuestra agradable conversación, pero ciertos asuntos muy urgentes reclaman mi atención. Ha sido un placer recibirle.

Algo decepcionado, Ferrán aceptó la mano que le ofrecía el presidente y salió del despacho. Pero, antes de abandonar el edificio, tomó unas notas en su cuaderno mientras pensaba:

«Satya Vamana... ¡Es raro! El nombre me resulta familiar, pero no logro localizarlo. A Duplessy no le gustó que yo lo escuchara. ¿Por qué? ¡Tengo que descubrirlo! Puede que tenga algo que ver con este asunto».

Entre tanto, Duplessy, visiblemente nervioso, se sentaba ante la pantalla, en la que había aparecido el rostro oscuro de Vamana. El indio parecía, a la vez, bastante satisfecho y un poco preocupado.

—Conecte el circuito criptográfico, por favor —dijo—. No quiero que nadie escuche esta conversación.

El presidente hizo lo que se le ordenaba, aunque le costó cierto trabajo, pues las manos le temblaban.

—¿Sigue ahí ese periodista? —preguntó secamente Vamana.

Duplessy sintió un estremecimiento: sus peores temores se cumplían. Hasta entonces se había sentido vigilado, pero ahora sabía con certidumbre que había espías entre el personal de su oficina. Se preguntó quién más estaría enterado de cada uno de sus movimientos, casi antes de que los llevara a la práctica.

—No, ya se ha marchado —replicó, procurando evitar que se le quebrase la voz.

—¿Qué quería?

—Ha descubierto que la explicación oficial del cambio de M'nGwa por Hlassek es falsa. Ha localizado al propio M'nGwa. Trató de sonsacarme pero, naturalmente, no le he dicho nada.

—Espero que sea verdad. Ese hombre es muy listo. Al final, me veré obligado a tomar cartas en el asunto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Duplessy, a quien no le gustó el tono de voz de su interlocutor.

—Nada que a usted le interese. Pero dejémoslo. En realidad, no le llamé para eso. Sé que se ha recibido un mensaje desde Venus: el descenso ha sido un éxito.

—En efecto, llegó a través del *Enterprise*. Dice que...

—Ya sé lo que dice —interrumpió Vamana—. No es necesario que me lo repita: soy yo quien va a darle información. Una parte del mensaje, preparada por mi agente, está cifrada de manera que solo yo pueda entenderla.

—Pero ¿cómo ha podido introducirla? Yo tenía entendido que Steve MacDunn lo ha redactado y enviado personalmente. A menos que Hlasek le haya dicho quién es y porqué está allí... Pero usted siempre se ha opuesto a eso.

Vamana sonrió con condescendencia.

—Tenemos métodos para manipular los mensajes sin que se dé cuenta ni siquiera quien los envía. Mi agente dispone de un dispositivo muy sofisticado, camuflado en un aparato de aspecto inocente... ¡En fin! No tengo porqué darle explicaciones. El caso es que he recibido un mensaje cifrado.

—¿Y qué dice? ¿Ha descubierto algo?

—Nada, por el momento... Recuerde que yo había previsto que no ocurriría nada de particular hasta después del descenso.

—Pero ahora, ese descenso ya se ha realizado.

—En efecto, entramos en el período crítico.

—¿No sabemos al menos si el terrorista está en Venus o se ha quedado a bordo del *Enterprise*?

—Mi agente dice que está casi segura de que podemos eliminar a Wurtemberg y Onetti de la lista de sospechosos. Los ha estudiado cuidadosamente durante el viaje y ha llegado a la conclusión de que son inofensivos.

—¿Y usted se fía de sus conclusiones?

—Sí. Alida Hlasek es experta en psicología y en relaciones humanas. Esa fue una de las razones que me movieron a elegirla. Además, no creo que la Hermandad de la Rosa haya sido tan estúpida como para permitir que su agente se quede en órbita, donde tendrá muy pocas posibilidades de actuar, después de tomarse la molestia de infiltrarlo en el servicio astronáutico. No le quepa duda: es uno de los que están en Tierra. Es decir, en Venus...

Duplessy movió la cabeza en mudo asentimiento: los argumentos de Vamana eran convincentes.

—En ese caso, solo tenemos cuatro sospechosos: Wen Zi, Joao Da Silva, André Bergson y Steve MacDunn. Por mi parte, creo que podemos eliminar al último: lleva demasiado tiempo en el servicio y su historial es excelente. Si he de decirle la verdad, jamás sospeché de él.

—Lo sé, pero a pesar de todo me niego a eliminarlo. Usted no conoce a la Hermandad de la Rosa: llevan mucho tiempo planeando este golpe. Preparan sus movimientos con años de anticipación.

—¿Entonces su agente no sospecha especialmente de ninguno de los cuatro?

—Ya se lo he dicho: por ahora, no. Prefiere mantener abiertas todas las posibilidades. Yo estoy de acuerdo con ella.

—¿Qué le parece que haga yo? ¿Puedo ayudar en algo?

—Procure que todo funcione con normalidad y no repita a nadie lo que le he dicho. Sobre todo, aléjese de los periodistas. Le mantendré al corriente siempre que sea posible. ¿Cuáles son los planes inmediatos de la expedición?

—Steve MacDunn tiene autoridad para decidirlo.

—Supongo que las órdenes a largo plazo son las que yo le indiqué.

—Así es. Ahora mismo debe de estar leyéndolas.

ORDENES

---

Nos encontramos a 68 grados 10 minutos de latitud norte y a 37 grados 12 minutos de longitud oeste —dijo Steve MacDunn—. Estamos en la meseta de Lakshmi, en una de las masas continentales más importantes de Venus: la Tierra de Ishtar.

—¡Qué nombres tan extraños! —exclamó Alida, que estaba en cuclillas apoyada contra la pared de la cápsula—. ¿A quién se le ocurrieron?

—A los astrónomos de finales del siglo xx —contestó Steve—. Hasta entonces, nadie había podido contemplar la superficie de Venus. La capa de nubes lo impedía. Pero no son tan raros: son nombres mitológicos, según creo.

—Pues yo no los había oído nunca —insistió la joven.

—Steve tiene razón —intervino Wen Zi—, pero no me extraña que no los conozcas. A vosotros, los europeos, solo os suenan los nombres de los dioses griegos y romanos. Ishtar era la diosa del amor en la mitología babilónica. Lakshmi es la *sakti* de Vishnú.

—¿La qué de qué? —protestó Alida—. ¿Por qué no hablas para que te entendamos?

—Supongo que habrás oído hablar de Vishnú, el dios supremo del hinduismo, creador del universo.

—¿Es ese que pintan con muchos brazos? —preguntó Da Silva.

El tema parecía ser uno de los favoritos de Wen Zi, que se animó visiblemente mientras se lanzaba a una descripción detallada, como si estuviera pronunciando un discurso.

—Uno de ellos. Los brazos simbolizan su poder. Pero los hinduistas tienen tendencia a despreciar la actividad, por lo que imaginan a los dioses como seres pasivos, infinitamente perfectos en cuanto infinitamente inactivos.

—Pero si son pasivos ¿cómo pueden crear?

—A través de una fuerza especial, la energía divina, a la que llaman *sakti* y la identifican con una diosa, la consorte del dios supremo. La de Vishnú es Lakshmi.

André Bergson intervino por primera vez en la conversación:

—Yo creía que la diosa principal se llamaba Kali, o algo así.

—Esa es la *sakti* de Siva, otro de los dioses supremos.

—¿Otro? ¿Es que hay más de uno?

Wen Zi sonrió, sin saber cómo explicarse.

—En realidad, no. Pero algunas sectas prefieren a Siva, otras a Vishnú. El hinduismo es muy complicado.

—Observaréis —dijo Steve— que los astrónomos eligieron a propósito nombres femeninos, porque pensaron que eran más apropiados en el planeta Venus, dedicado a la diosa romana del amor.

—Todo esto es muy aburrido —protestó Alida—. Yo preferiría saber qué es lo que vamos a hacer y a dónde tenemos que ir.

Wen Zi frunció el ceño y abrió la boca, como si se dispusiera a contestarle, pero se contuvo, se encogió de hombros y se dedicó a observar ostensiblemente el mapa que colgaba de la pared. Steve le miró con el rabillo del ojo y trató de echar aceite sobre las aguas turbulentas.

—Ahora mismo voy a abrir el sobre sellado que contiene nuestras instrucciones. Como os dije durante el viaje, ese sobre me fue entregado, tres días antes de la partida, por el propio presidente de la Agencia Mundial del Espacio, Yves Duplessy, quien me prohibió abrirlo antes de que llegáramos a la superficie de Venus. Ahora que estamos aquí, ha llegado el momento.

Steve sacó una llave del bolsillo y abrió con ella una pequeña caja fuerte empotrada en la pared de la sala de control, tomó el sobre, rompió los sellos que lo cerraban y extrajo una hoja de papel doblada en cuatro, la abrió, la alisó cuidadosamente y leyó en voz alta:

Diríjense inmediatamente al cráter Colette, donde deberán investigar la causa de un exceso de radiación nuclear detectado recientemente desde un satélite en órbita alrededor de Venus. Actúen con las debidas precauciones, pero intenten descubrir si esas radiaciones tienen origen natural o artificial.

Totalmente atónito, Steve miró de uno en uno a sus compañeros, cuyos rostros indicaban un asombro tan grande como el suyo. Solo Alida Hlassek se mantenía inexpresiva, pero el comandante no le dio importancia, pues lo atribuyó a ignorancia. Joao Da Silva fue el primero en reponerse:

—Sea como sea, me alegro. Deseaba ver ese cráter. Colette es uno de los lugares más misteriosos y prometedores de Venus.

—Pero ¿por qué así? —protestó Wen Zi—. ¡Después de planearlo cuidadosamente, apenas llegamos a Venus nos lo cambian todo! Y lo peor es que ya



lo tenían previsto. Nos han engañado alevosamente. ¿Por qué?

Steve se sintió obligado a decir una palabra en defensa de sus superiores.

—Habrán tenido razones poderosas para mantener los planes en secreto.

—¡Vamos, Steve, no nos vengas con esas! —exclamó Bergson—. ¿Qué razones podían tener? Y si era preciso guardar el secreto ¿por qué ocultárnoslo también a nosotros? ¿Acaso tenemos la costumbre de irnos de la lengua en las cuestiones del servicio? Ha sido una grave muestra de desconfianza. ¿Con qué moral vamos ahora a cumplir esas órdenes?

Alida Hlasek se puso en pie y se enfrentó con Bergson.

—No veo por qué os ponéis así —dijo—. A mí me da igual ir a un sitio o a otro. Además, me parece que no habéis atendido bien las instrucciones. Yo creo que están muy claras, pero me parece que no sois capaces de comprenderlas. La cuestión no es si nos lo dijeron o no nos lo dijeron, sino la razón por la que no lo hicieron, y eso es evidente.

—¿Ah, sí? —exclamó Bergson—. ¿Por qué no nos lo explicas, si eres tan lista?

—Calma, muchachos —intervino Steve—. Explícate, Alida.

—El mensaje dice que en ese cráter, como se llame, hay un exceso de radiación, y que debemos descubrir si la causa es natural o artificial. ¿Esto no os dice nada?

—Naturalmente que sí —repuso Bergson, furioso—. ¿Crees que somos tontos? Lo hemos visto todos al mismo tiempo que tú. Esta es la primera expedición tripulada a Venus, pero ha habido otras, automáticas, desde hace más de setenta años. Algunas llevaban propulsión nuclear. No recuerdo que ninguna descendiera en Colette, no parece un lugar muy apropiado, pero es posible que así haya sido. Todo es muy sencillo, nos encargan descubrir sus restos. Pero ¿por qué tanto secreto?

—¿Alguno de vosotros tiene noticia de que algún vehículo espacial haya descendido en ese cráter? —insistió Alida, volviéndose hacia los demás.

Steve movió la cabeza negativamente, mientras Wen Zi permanecía impassible, con los ojos fijos en la muchacha.

—Naturalmente que no. Porque no hubo ninguno. Es decir, hasta ahora. ¿Es que no lo comprendéis? El gobierno sospecha que alguien ha tratado de llegar a Venus antes que nosotros. Y, si es así, era preciso mantener un secreto absoluto.

De pronto, Wen Zi abandonó su inmovilidad, y dando un golpe ruidoso con el puño izquierdo cerrado contra la mano derecha abierta, exclamó:

—¡Tú lo sabías! Te estaba observando cuando Steve leyó las órdenes y no has mostrado la menor sorpresa al oírlas.

Steve miró del uno a la otra, al principio dudoso, después con creciente comprensión.

—Yo también me he dado cuenta —dijo—. Y ahora lo entiendo todo. La sustitución de Markus en el último momento, el sobre sellado... ¡claro! ¡Dinos la verdad! ¿Eres agente del gobierno?

—Todos nosotros lo somos —respondió Alida, sin inmutarse—. Representamos

al gobierno de la Tierra en el planeta Venus.

—¿Y a quién se supone que representa esa otra expedición misteriosa que tenemos que descubrir? —preguntó Bergson, con ironía—. Olvidas que la Tierra está unida y ya no hay potencias enfrentadas de las que se pueda sospechar.

—Te equivocas. Las hay —dijo Alida, con énfasis—. Más de las que crees.

—Creo que se refiere a la Mafia —propuso Da Silva.

—Hay cosas peores que la Mafia —repuso la joven.

Durante unos instantes se hizo un silencio absoluto. Los cinco permanecían inmóviles, mirándose unos a otros, sin atreverse a hablar. Por fin, Steve creyó necesario afirmar su autoridad.

—Bien, no debemos perder más tiempo, si vamos a cumplir las órdenes. Hay que prepararse para la partida.

—¡Un momento! —exclamó Bergson—. Antes tenemos que decidir quién se queda en la cápsula.

—Tienes razón —repuso Steve—. ¿Alguna sugerencia?

—Yo propongo que se quede la señorita —dijo el francés—. Es la menos imprescindible.

—¡Eso lo serás tú! —exclamó Alida, airada—. Yo soy, precisamente, la única que no puede quedarse aquí. Tengo que conducir el vehículo de superficie.

—Cualquiera de nosotros puede hacerlo —repuso Bergson—. Yo tengo que ir, soy el médico de la expedición. Joao tampoco puede quedarse, no podemos prescindir del experto: hay mucha tarea para un geólogo. Wen Zi tiene que mantener las comunicaciones con el *Enterprise*: en cuanto nos alejemos de la cápsula, perderemos contacto con ella. Y no pretenderás que Steve se quede: es el jefe de la expedición y el responsable de que las órdenes se cumplan al pie de la letra. Así que está muy claro: tendrás que quedarte tú.

Alida estaba lívida mientras se volvía a Steve para protestar, pero este se le adelantó:

—Propongo que lo echemos a suertes.

—No seas absurdo, Steve —repuso el médico—. Supón que te toca a ti. Y si te excluimos del sorteo, ¿por qué no excluir a otros? No, tienes que tomar una decisión, y yo creo que la cosa está clara: ella tendrá que quedarse.

—Si decides eso —exclamó Alida—, apelaré a la Tierra.

Ahora le tocó a Steve el turno de perder la calma.

—¡Yo soy el único responsable de la expedición y mis decisiones no tienen apelación posible! Te aconsejo que leas las ordenanzas del servicio espacial. Te vendría bien hacerlo.

En ese momento, la voz suave de Wen Zi interrumpió la disputa.

—¿Qué necesidad hay de que se quede alguien? ¿Acaso la cápsula no está a salvo sola? Recordad que estamos en la meseta de Lakshmi, el lugar más plano de la tierra de Ishtar.

—¿Y si ocurriera algún accidente? —insistió Bergson—. Una erupción volcánica o un meteorito.

—En ese caso, el que se quedase perecería con la cápsula. ¡Vamos, muchachos, reconocedlo! Es inútil que se quede nadie.

—Pero ¿no estaremos los cinco demasiado apretados en el vehículo de superficie?

—¿Y qué más da? No hemos venido aquí a estar cómodos. Si a Alida no le importa...

—¡Claro que no! —exclamó la joven.

Todas las miradas se dirigieron a Steve, que carraspeó, pensó un instante y dijo:

—¡Está bien! Iremos todos. Pero ahora, todo el mundo a moverse: es preciso que nos pongamos en marcha cuanto antes.

## INSECTO

---

Un relámpago cárdeno hendió la semioscuridad del cielo de Venus, pero su duración fugaz apenas mejoró un instante la visibilidad del paisaje irreal que se extendía alrededor de la cápsula, hasta perderse de vista entre nieblas rojizas y anaranjadas.

Como un insecto enorme, primer ser vivo que en miles de millones de años hubiese hollado aquellas tierras muertas, aplastadas bajo el peso de una atmósfera insoportable, el vehículo de superficie comenzó a moverse lentamente por la meseta yerma. Dotado de la facultad de andar, el vehículo no estaba vivo, pero contenía en su interior a cinco seres procedentes de otro mundo, los primeros que ponían pie en el segundo planeta del sistema solar, aunque no directamente, sino por intermedio de las patas articuladas de su extraño y desgarbado transporte.

El carácter abrupto de la tierra de Ishtar, donde se había posado la cápsula, había sido la razón de que se prescindiera de los medios de transporte usuales, dotados de ruedas, que habrían encontrado grandes dificultades para moverse por la superficie. La tecnología de los vehículos articulados había mejorado mucho en las primeras décadas del siglo XXI, habiéndose utilizado para la exploración de la Antártida y del interior de volcanes apagados. No fue difícil adaptar uno de esos aparatos a las condiciones especiales de la exploración de Venus.

El uso de patas no permite alcanzar grandes velocidades: en terreno llano, podían marchar a unos doce kilómetros por hora como máximo, lo que se consideraba suficiente para cumplir los objetivos previstos. El punto más próximo del cráter Colette, a donde debían dirigirse, está situado a unos 65 grados 30 minutos de latitud norte y a 35 grados de longitud oeste, unos 350 kilómetros de distancia en línea recta. Si el terreno lo permitía, y si se turnaban para conducir el vehículo, manteniéndolo constantemente en marcha, podían recorrer esa distancia en poco más de treinta horas. En realidad, el viaje exigiría un tiempo bastante mayor, pues la llanura de

Lakshmi no se extiende hasta el borde mismo del cráter, sino que se pliega considerablemente a su alrededor. Una vez en la zona montañosa, la marcha se haría mucho más lenta y difícil.

El punto del desembarco había sido bien elegido, pues estaba situado precisamente hacia el lado donde el terreno plegado es más estrecho: poco menos de cien kilómetros. Esto era un indicio de que el objetivo principal del viaje, que los astronautas no habían conocido hasta después de posarse en Venus, se había decidido con bastante anticipación y no respondía a un cambio imprevisto de última hora.

El cráter Colette, que debe su nombre a una escritora francesa del siglo xx, forma una impresionante depresión en el extremo suroriental de la llanura de Lakshmi. Se cree que el volcán al que pertenece está apagado, y que hace millones de años, cuando se agotaron las lavas, el lugar que habían llenado quedó vacío y la corteza se fue hundiendo poco a poco para ocupar el espacio libre, con lo que el cráter descendió varios miles de metros por debajo de los terrenos circundantes.

La enorme duración de la rotación de Venus alrededor de su eje, unos 243 días terrestres, libraba a los exploradores de la necesidad de preocuparse por la alternancia entre luz y oscuridad. Cuando la cápsula se posó, solo hacía unas horas que el sol se había asomado por encima del horizonte, y tardaría unos cuatro meses terrestres en ponerse, por lo que todo el viaje iba a realizarse a la luz del día. Esta elección se había hecho a propósito, para facilitarles el trabajo. Es cierto que la luz del sol apenas consigue atravesar la capa de nubes para llegar a la superficie, que se encuentra sumida en una eterna penumbra, pero la noche de Venus es lóbrega, aunque la oscuridad no llega a ser total, pues los fenómenos eléctricos atmosféricos, parecidos a los que provocan las auroras boreales en la Tierra, aseguran alguna iluminación, incluso en el lado nocturno.

Pero volvamos al vehículo de superficie. Una cabina situada a una altura de varios metros sobre el nivel del suelo, montada con potentes amortiguadores sobre el armazón del que surgían las patas articuladas, proporcionaba a los cinco tripulantes una burbuja de ambiente terrestre cuidadosamente controlado, autosuficiente, regenerable y perfectamente aislado. Era imprescindible que ni una sola molécula del aire venenoso y corrosivo de Venus penetrara en el interior. Por eso, la cabina y el resto del transporte estaban contruidos con plásticos y aleaciones metálicas ultrarresistentes, desarrollados especialmente para la misión. Pero ese aislamiento total, que les protegía del aire y de la presión, no les impedía ver el exterior, pues la cabina estaba provista de ventanas transparentes en las cuatro direcciones principales.

En lo alto de la cabina, dos antenas parabólicas de tamaño medio realzaban el parecido del vehículo con un insecto. Su forma redondeada, su localización en la parte alta del recinto metálico, les asemejaba a dos enormes ojos pedunculados o a dos antenas de extraño aspecto.

Sentada ante los mandos del vehículo, Alida Hlasek miraba con curiosidad a través de la ventana principal, que permitía ver hacia adelante, en la dirección de la

marcha. A su lado, en el asiento gemelo, igualmente al alcance de los mecanismos de dirección, estaba Joao Da Silva. Tras ellos, en posición de descanso, pero muy atentos a las ventanas laterales, que se prolongaban hasta el suelo de la cabina, reposaban el doctor Bergson y Wen Zi. Por último, al final del vehículo, Steve MacDunn observaba pensativo a través de la ventana trasera, con los ojos fijos en la cápsula espacial, de la que se iban alejando lentamente. Casi sin darse cuenta, sus labios se abrieron y de ellos brotaron, como contra su voluntad, las palabras de la Sibila:

Bajar hasta el Infierno es fácil cosa.  
Noche y día está abierta.  
La puerta negra del oscuro Hades.  
Pero volver atrás y, sano y salvo,  
Escapar vivo hasta la luz y el aire,  
Es esfuerzo y fatiga.

Aunque había hablado en voz baja, en el exiguo espacio de la cabina, sus palabras fueron audibles para sus compañeros. Alida se volvió y le miró con sorpresa. Los otros permanecieron inmóviles, como si no hubiesen oído nada. Solo Bergson, después de algunos instantes, dijo:

—¿No fue también Virgilio el que escribió que *la suerte ayuda a los audaces*?

—Creo que sí —repuso Steve.

—Piensa en esta cita, mejor que en la otra.

—Tendremos que pensar en las dos —murmuró el comandante, sin dejar de mirar a la cápsula, cada vez más pequeña en la lejanía.

Venus es un astro casi igual de grande que la Tierra, por lo que la distancia hasta el horizonte es la misma, pero la visibilidad es mucho menor, y a los pocos minutos habían perdido de vista la cápsula espacial entre las nieblas sulfúricas.

Con un esfuerzo, Steve MacDunn movió la cabeza y se arrancó a sí mismo de la contemplación fútil del paisaje que iba quedando a sus espaldas. Era obligación suya mantener alta la moral de sus compañeros, y para ello nada mejor que obligarlos a realizar actividades importantes para la supervivencia de todos. Una de ellas, en especial, no podía demorarse por más tiempo.

—Creo que ha llegado el momento de establecer contacto con el *Enterprise* —dijo—. Inténtalo, por favor, Wen.

El aludido se incorporó y echó mano a los controles de comunicaciones, previsoramente accesibles desde cualquier punto del vehículo. Conectó un interruptor, accionó un par de mandos, y las antenas parabólicas situadas sobre la cabina comenzaron a girar lentamente, tratando de localizar la nave en órbita a través de la capa de nubes, que las ondas de radio no tienen dificultad en atravesar. Unos momentos más tarde, en cuanto la búsqueda automática hubo hallado el objetivo, se estableció el contacto radioeléctrico y las antenas quedaron bloqueadas en la posición

óptima.

—Aquí Wen Zi, llamando al *Enterprise* desde el vehículo de superficie —dijo el chino, en cuanto se encendió la luz verde que indicaba que la transmisión estaba dispuesta—. Responde, *Enterprise*.

—Aquí Vladis, desde el *Enterprise* —replicó la voz de su compañero, reconocible a pesar de los ruidos y chisporroteos que la acompañaban—. ¿Va todo bien, Wen?

—Perfectamente, Vladis. Hace diez minutos que abandonamos la cápsula y ya no podemos verla. Calculo que nos encontramos a unos dos kilómetros.

—La visibilidad es mala ¿no?

—No llega a un kilómetro.

—En ese caso, supongo que vais casi a ciegas.

—Supones bien. Ya sabes que no podemos usar la brújula: aquí casi no hay campo magnético. Tendréis que dirigirnos vosotros desde allá arriba.

—No te preocupes. Os tenemos bien localizados en el radar. Hemos detectado el momento en que os separasteis de la cápsula. De hecho, estaba pendiente de vuestra llamada, me preguntaba a qué estabais esperando. Pero cuando me acordé de que eras tú quien tenía que llamar, ya no me extrañó: tú siempre te tomas las cosas con calma.

—Muy gracioso. ¿Alguna noticia de la Tierra?

—Todavía no. No nos hemos puesto en contacto desde que les comuniqué vuestra llegada a Venus. Por cierto, no fueron muy locuaces: nada de vítores ni de felicitaciones. Se limitaron a tomar nota. Parece que estaban muy nerviosos.

—No me extraña. Nosotros también lo estamos. Avísanos en cuanto haya algo.

—Por supuesto. Podéis seguir tranquilos. En cuanto os desviéis del camino previsto, os llamaremos.

—De acuerdo. Corto.

—Hasta luego, Wen.

Terminada la comunicación, Wen Zi miró a Steve, que se limitó a asentir en silencio, y volvió a tenderse cómodamente en su asiento. Durante largo rato, el vehículo de superficie siguió adelante, mientras sus ocupantes, con la excepción de Alida, que tocaba ocasionalmente los controles para corregir el curso o sortear algún obstáculo, se mantenían en una inmovilidad casi total, recuperando fuerzas para los peligros o esfuerzos extraordinarios que pudiera depararles el porvenir.

## CONSULTA A UN EXPERTO

---

Ignacio Ferrán movió levemente la cabeza en sentido negativo, mientras contemplaba la pantalla de su consola de comunicaciones. No parecía gustarle mucho lo que estaba viendo.

—Tiene que estar en algún sitio —murmuró pensativo.

—¿Qué dices? —preguntó el compañero que estaba trabajando en la consola adjunta.

—No, nada. Estaba hablando solo.

—Así se empieza —bromeó el otro.

Pero Ferrán ni siquiera se percató de la burla, pues había vuelto a enfrascarse en sus investigaciones infructuosas.

La forma de trabajar de un periodista en el siglo XXI era muy diferente a la de otros tiempos. En lugar de andar por la calle olfateando la noticia, el buen profesional pasaba gran parte de su tiempo ante la consola de comunicaciones, consultando bases de datos y cruzando información. Era esto precisamente lo que estaba haciendo Ignacio Ferrán, pero las cosas no iban bien: ni una sola de las bases de datos, que contenían toda la información disponible sobre los miembros y los funcionarios del gobierno mundial y de cada uno de los estados asociados, mencionaba el nombre de Satya Vamana.

—Sin embargo, yo lo he oído en alguna parte —murmuró de nuevo, sin hacer caso a las miradas de soslayo de su compañero.

Por enésima vez, solicitó y volvió a releer con cuidado la información correspondiente a Yves Duplessy. Por enésima vez, no encontró nada que pudiera interesarle. Satya Vamana no aparecía relacionado con el presidente de la Agencia Mundial del Espacio bajo ningún concepto, público ni privado.

—No hay más que una solución —pensó—: tengo que llamar a Frank Goldsmith.



Él es el único que puede ayudarme.

Antes de presionar los controles de la consola de comunicaciones, vaciló un poco. Goldsmith era, en efecto, la máxima autoridad sobre el gobierno mundial en los círculos periodísticos. Ferrán le conocía ligeramente, se lo habían presentado en una ocasión en que coincidieron, varios años atrás, pero era un hombre difícil de tratar y, si alguien le caía mal, se negaba tajantemente a prestarle la más pequeña colaboración. Hasta ahora, Ferrán no se había atrevido a arriesgarse a jugar esa carta, reservándola siempre para casos más importantes que pudiera depararle el porvenir. Ahora, por fin, estaba casi seguro de que difícilmente podría encontrar una situación más intrincada y urgente, aunque esperara toda la vida. Y, sin embargo, le costaba trabajo decidirse, como si estuviera a punto de quemar las naves.

Por último, sus dedos se movieron, casi sin intervención de su voluntad, indicando a la consola que marcara el número de Frank Goldsmith. Una mirada fugaz hacia el reloj le permitió comprobar que el momento era adecuado, teniendo en cuenta la diferencia de husos horarios: Goldsmith estaría probablemente en su despacho. Por un instante, tuvo la esperanza de que la consola le comunicase que la transmisión era imposible, que Goldsmith estaba enfermo o de viaje, pero esto no ocurrió: de pronto, la pantalla se iluminó y apareció en ella alguien que, evidentemente, no era Goldsmith. Aunque había visto una sola vez al experto, su rostro era inconfundible, no habría podido equivocarse.

—Despacho del señor Goldsmith. ¿Quién es usted y qué desea?

Era su secretario. Goldsmith era demasiado importante y estaba demasiado ocupado para contestar directamente las llamadas. Ferrán se identificó y solicitó hablar con el gran hombre, sin especificar exactamente para qué. No quería mencionar a Satya Vamana, excepto ante el propio Goldsmith.

—Aguarde un momento, por favor —dijo el secretario.

La imagen desapareció de la pantalla y Ferrán se dispuso para una larga espera. Con el rabillo del ojo, observó que su compañero le estaba observando sorprendido, pues sin duda había oído el nombre del famoso periodista y se estaba preguntando qué motivo podía tener para comunicarse con él. Para evitar que escuchase la conversación, presionó el botón que aislaba acústicamente su consola de comunicaciones del resto de la sala del periódico. Casi soltó la carcajada al ver la expresión de indignación de su amigo, pero en ese momento la pantalla volvió a iluminarse y esta vez no había duda posible: Frank Goldsmith estaba al aparato.

—¿Cómo está, señor Ferrán? Hace mucho tiempo que no nos hemos visto. Cinco años, para ser exactos. Según mis noticias, no le ha ido mal en este tiempo: creo que ha prosperado bastante.

Ferrán no se dejó impresionar por la aparente memoria de elefante del gran hombre. Conocía los trucos del oficio. Era evidente que Goldsmith llevaba al día su diario electrónico y no tenía más que consultarlo, cuando alguien deseaba hablarle, para encontrar todos los datos relevantes. Él también hacía lo mismo: siempre es

bueno que la persona con la que estamos hablando crea que tenemos interés especial por ella, que es para nosotros algo más que un número, alguien con una identidad clara y definida. Le molestó un poco que Goldsmith utilizara estos métodos con él, pero comprendió que no tenía derecho a enfadarse por verse víctima de un procedimiento que él mismo solía utilizar, generalmente con éxito. Además, aunque realmente se hubiese incomodado, no se habría atrevido a demostrarlo: se jugaba demasiado en este paso que tanto le había costado decidirse a dar.

Terminadas las cortesías de rigor, Goldsmith le preguntó sin ambages a qué se debía la llamada.

—Estoy buscando información sobre Satya Vamana, pero no logro encontrarla —dijo, abordando directamente el meollo de la cuestión.

La frente de Goldsmith se frunció instantáneamente, como si la sorpresa le hubiese hecho perder por un momento la imagen de perfecta imperturbabilidad que siempre trataba de cultivar. Ferrán comprendió que Vamana no le resultaba desconocido y se alegró de haberle llamado.

—¿Dónde ha oído mencionar ese nombre? —preguntó.

—En el despacho de Yves Duplessy.

—¿Es muy importante para usted investigar a Satya Vamana?

—En efecto. Ando tras una buena pista, en un asunto que llevo entre manos desde hace casi dos meses. En este momento, todos los hilos me llevan a él.

Como es natural, Goldsmith no le pidió más detalles del asunto en cuestión. Sabía que, si era importante, no se los daría, y tenía que serlo, de lo contrario no habría recurrido a él. Ferrán no podía arriesgarse a que su colega se le adelantara, y los dos sabían perfectamente que era capaz de hacerlo.

—Sí, he oído hablar de Satya Vamana —reconoció Goldsmith, mirando fijamente a su interlocutor—. Muy pocos pueden decir lo mismo.

—No me extraña. No figura en ninguna de las bases de datos usuales.

—Tampoco está en las no usuales. Es uno de los tipos más escurridizos del mundo, y uno de los más extraños. No le preocupan la fama o los honores. También desprecia el dinero y los placeres, aunque esto último no es raro, con su aspecto físico. Pero está loco por el poder y es un hombre extremadamente peligroso. No le recomiendo que se interponga en su camino.

—No pienso hacerlo. Solo busco información.

Goldsmith miró pensativo a Ferrán, antes de continuar.

—¿Cree que eso no es suficiente? Le aseguro que Vamana sabe ya, sin ninguna duda, que usted anda tras él. Tenga cuidado, amigo mío.

—¿Cómo puede saberlo? Hasta este momento, no se lo había mencionado a nadie. ¿Acaso se lo ha dicho usted?

Goldsmith parpadeó.

—No. No soy un soplón. Pero Vamana dirige el sistema de espionaje más completo y perfecto que existe. Es posible que él, o alguno de sus esbirros, esté

escuchando esta conversación. Ha sido usted muy inocente al marcar mi número directamente desde su propia oficina, según veo, sin preocuparse de codificar la transmisión. Aunque esto tampoco le habría servido de mucho: los códigos secretos no valen contra Vamana.

—Veo que usted sabe muchas cosas de él. ¿No le pone eso también en peligro?

Una leve sonrisa frunció los labios del gran periodista.

—Vamana está al corriente de que le conozco, pero también sabe que no utilizaré en su contra lo que sé sobre él. Además, yo soy demasiado conocido para que se atreva a meterse directamente conmigo. Usted no lo es. Por eso no está a salvo.

—¿Quiere decir que alguien podría intentar contra mi vida? ¡Por favor! ¡Ya no estamos en el siglo xx!

Goldsmith no respondió, pero la expresión de su sonrisa se hizo sarcástica. Ferrán se acordó de que él mismo había utilizado medios poco ortodoxos para sonsacar a Markus M'nGwa y enrojeció ligeramente. Avergonzado, porque era indudable que Goldsmith se había dado cuenta, enrojeció aún más. Por fin, para romper el círculo vicioso en que se había metido, estalló:

—Pero ¿de verdad no puede usted ayudarme?

—Creo que ya lo he hecho. Si sigue usted mi consejo, quizá no lo sepa nunca. Pero si lo echa en saco roto, no tardará en darse cuenta de que yo tengo razón.

—¿Es su última palabra? —preguntó Ferrán, decepcionado.

—Por el momento, sí.

—En ese caso, adiós.

—Hasta la próxima, amigo mío.

A pesar de la despedida, Ferrán sabía muy bien que Frank Goldsmith no volvería a atenderle. Una inmensa tristeza se apoderó de él: había quemado su última carta, sin conseguir nada a cambio. Sabía casi tan poco sobre Vamana como antes de llamar al experto. No tendría más remedio que abandonar la investigación. ¡Dos meses perdidos! ¡Cuánto esfuerzo y dinero desperdiciados! Con dedos temblorosos, anuló el aislamiento acústico y se volvió hacia su compañero, esperando encontrarse con sus protestas por la medida inusitada que había utilizado para impedirle escuchar la conversación.

Pero en ese momento, su vecino de cabina lanzó una exclamación de sorpresa y extrajo de su fax una hoja de papel cubierta de extrañas marcas.

—¿Qué es esto? —exclamó—. Viene de la oficina de Goldsmith. ¿No estabas tú hablando con él? ¿Por qué me lo envía a mí?

Ferrán se apresuró a arrancarle de las manos el papel. Por un momento se quedó tan sorprendido como su amigo, pues aquello no era más que un dibujo, y no muy bien hecho. Representaba a dos hombres, vestidos a la usanza antigua y cogidos de la mano, cada uno de los cuales llevaba una enorme rosa en el ojal de la chaqueta. Por un momento, no comprendió nada. De pronto, se dio un fuerte golpe en la frente, mientras la luz se hacía en su interior.

—¡La Hermandad de la Rosa! —exclamó, arrugando el papel y arrojándolo al incinerador.

—¡Eh! ¿Qué haces? —protestó su compañero—. ¡Ese papel es mío!

Pero Ferrán no le escuchaba, y se alejó lentamente hacia la salida. Tenía necesidad de pensar y deseaba estar a solas para hacerlo.

## DISCUSIÓN

---

Alida Hlasek se levantó lentamente del asiento del conductor, estiró los brazos y las piernas para librarse del anquilosamiento y cedió el puesto a Steve MacDunn, que iba a relevarla durante algunas horas. Steve se sentó frente a los controles, echó una mirada a través de la ventanilla delantera y se sobresaltó.

—¿Qué es eso? —exclamó, señalando hacia un montículo o elevación del terreno que se alzaba un poco hacia la izquierda de la marcha del vehículo.

—No sé. Una colina, supongo —respondió Alida, sin demasiado interés.

—¡Pero si es casi circular!

Alida se encogió de hombros, dio media vuelta y se alejó hacia uno de los asientos de reposo. Joao Da Silva se acercó a la parte delantera del vehículo para observar el accidente del terreno que tanto había sorprendido a Steve. Tenía, en efecto, la forma de una cúpula parcialmente hundida en tierra, y su redondez casi perfecta y el color oscuro brillante resaltaban de forma espectacular sobre el terreno casi totalmente llano que estaban atravesando.

—Es una garrapata volcánica —dijo el geólogo, después de observar un rato—. Esta es bastante pequeña. Las hay mucho mayores.

—¿Una garrapata? —preguntó Steve, cada vez más asombrado.

—Las llamamos así, por el aspecto que tienen vistas desde arriba. Se parecen a una garrapata clavada en la piel. En realidad, son acumulaciones de magma que presionan sobre la superficie, pero no llegan a romperla. Hay mucho vulcanismo en Venus.

—¿Qué pasaría si se rompiera en este momento? —preguntó Alida, que estaba de pie, escuchando—. ¿Caería sobre nosotros un río de lava?

—No lo creo. Esta debe de estar ya solidificada. Sería interesante sondearla, para comprobarlo.

—Nosotros no vamos a hacerlo —dijo, rotundo, Steve—. Déjalo para la próxima expedición.

—No estaba sugiriendo nada —protestó Joao.

Mientras sus dos compañeros seguían contemplando la cúpula volcánica, Alida se volvió y dio algunos pasos hacia el asiento de reposo, pero se detuvo de nuevo al ver a Wen Zi, que estaba sentado con las piernas cruzadas en el extremo opuesto del vehículo, tenía los ojos cerrados y parecía en trance.

—¿Qué le pasa a este? —preguntó en voz baja, dirigiéndose al doctor Bergson, que leía un libro, reclinado en su asiento, justo enfrente del que ella se disponía a ocupar.

A pesar de la distancia, Wen Zi oyó perfectamente la pregunta de Alida, abrió los ojos y contestó antes que el doctor, que no se había dado por enterado y ni siquiera apartó la mirada de su lectura.

—Estoy practicando mis ejercicios de meditación. Soy adepto al Zen —explicó.

—¿El Zen? ¿Qué es eso? —preguntó Alida.

—Una forma del budismo.

Bergson se incorporó, bruscamente interesado, mientras Alida se afanaba en ajustar el asiento de reposo a la medida de sus deseos, en conectar el compacto portátil y en colocarse el auricular, y no parecía prestar más atención a la conversación que se inició entre los dos hombres.

—El budismo es una religión ¿no es verdad? —preguntó el doctor.

—A veces lo llaman así, pero yo no estoy muy seguro —replicó el chino, con una sonrisa.

—Entonces ¿tú eres budista?

—Sí.

—Me sorprendes, Wen.

—No veo por qué.

—Porque eres una persona de cultura, un científico, y no deberías creer en mitos y supersticiones.

Al otro lado del vehículo, Steve giró en redondo sobre la silla de mando y dijo:

—¿Y de dónde sacas que religión y superstición es lo mismo, André?

—¡Eh, cuidado! —protestó Alida—. ¡Ocúpate de dirigir el armatoste, Steve, no vayamos a tener un accidente!

—Tranquila, Alida. Vamos muy despacio y está todo despejado —aseguró Steve, que, no obstante, se volvió de nuevo hacia la ventanilla delantera y solo cuando hablaba torcía a medias la cabeza para mirar a sus compañeros.

André Bergson contestó a la pregunta de Steve como si no hubiera habido ninguna interrupción.

—Para un verdadero científico, lo único que existe es lo que puede percibir por los sentidos, con o sin ayuda de instrumentos. Las religiones son reliquias de los tiempos en que el hombre no comprendía el universo y recurría a la acción de seres

superiores para explicar los fenómenos cuya causa desconocía.

—Ya sé, es un argumento muy viejo. Según tú, ahora sí comprendemos el universo.

—¡Claro que no! Pero ya no estamos sumidos en la ignorancia, y cada día que pasa sabemos más.

—Pero lo que no puedes ver, no existe.

—No tergiverses mis palabras, por favor. No he dicho eso. Pero ¡oye, Steve! ¿Por qué defiendes a Wen? ¿Es que tú también eres budista?

—No, pero soy cristiano. Tú no has atacado el budismo, sino las creencias religiosas en general, y automáticamente nos has puesto a los dos en el mismo bando.

—No estoy muy seguro de eso —sonrió Wen Zi.

—Tú no estás muy seguro de nada —se revolvió Bergson—. Eres un escéptico de tomo y lomo.

—¡Vaya, esto sí que tiene gracia! —exclamó Steve—. Yo creía que el escéptico eras tú, y ahora resulta que es Wen.

Joao Da Silva, que hasta entonces se había limitado a escuchar, intervino por primera vez en la conversación.

—Te equivocas, Steve. André no es escéptico, sino ateo. El ateísmo es tan dogmático como cualquier religión.

—¿Podrías explicarme eso, Joao? —preguntó Bergson, que había enrojecido, esforzándose en contener la ira.

—Es muy sencillo. Un hombre religioso, como Steve, parte del postulado de que Dios existe. Un ateo, como tú, postula que no existe. Las dos afirmaciones son igualmente gratuitas.

—Y tú ¿qué postulas?

—Ni una cosa ni la otra. Yo soy agnóstico. No tengo datos para saber si Dios existe o si no existe, por lo tanto me reservo mi opinión: ni afirmo, ni niego. Contra lo que tú dices, creo que esta es la única postura correcta para un científico.

—Seguramente Steve pensará que la única correcta es la suya —repuso Bergson.

—Naturalmente —replicó el comandante—. Si no fuera así, no la defendería. Joao, no estoy de acuerdo con tu horror a los postulados. En la ciencia los encontramos por todas partes. Einstein basó la teoría de la relatividad en la constancia de la velocidad de la luz: un concepto totalmente revolucionario para su época, contrario, además, a la intuición y a la experiencia de la humanidad. Sin embargo, se impuso.

—Porque se confirmó con hechos, porque a partir de esa afirmación se obtuvo una descripción del mundo más acorde con la observación y los experimentos.

—Muy bien dicho —dijo Steve—. Del mismo modo, del postulado de la existencia de Dios se deduce una imagen del mundo que me parece más coherente y aceptable que la opuesta.

—¿Dónde están las observaciones y experimentos que, según tú, confirman la

existencia de Dios? —ironizó Bergson.

—Sabes que no los hay. La existencia de Dios no se puede demostrar científicamente. Pero hay otras formas del conocimiento.

—¡Ya salió aquello! —estalló Joao—. Lo estaba viendo venir. Pero no te servirá conmigo: yo no acepto otro conocimiento que el científico.

—¿Crees que alguna vez existió una persona llamada Napoleón Bonaparte, que a principios del siglo XIX se hizo coronar emperador de los franceses?

Joao no se dignó contestar.

—¿Dónde están las observaciones o los experimentos que lo demuestren? —insistió Steve—. Supongo que aceptarás el conocimiento histórico, aunque no cumpla las reglas estrictas de la ciencia, aunque se apoye en la autoridad, mucho más que en la experiencia.

—Me parece que esta discusión no nos va a llevar a ninguna parte —dijo Bergson—. Tú tienes tus creencias y nosotros las nuestras... Y estamos bien distribuidos: Wen y tú decís que Dios existe, Joao y yo decimos lo contrario.

—¡Eh, yo no he dicho que Dios no exista! —terció Da Silva—. Solo he dicho que no sé si existe.

—Yo tampoco he dicho que Dios exista —intervino Wen Zi—. Me parece que te confundes, André. Empezaste metiéndote conmigo, y quizá resulte que mi modo de pensar es el que más se parece al tuyo.

—Pero ¿no has dicho que eres budista?

—Sí, pero el budismo es una religión atea... Al menos, la versión que yo sigo, lo es.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó Bergson, exasperado—. Una religión atea. ¿Cómo se come eso?

—Sería un poco largo de contar —dijo el chino.

Joao Da Silva dio un par de pasos hacia el centro del vehículo, que temblaba ligeramente bajo sus pies, se apoyó en el asiento de Alida, carraspeó para atraer la atención de los demás y dijo, como si estuviera pronunciando un discurso:

—Es evidente que el problema es mucho más complejo de lo que parece. André tiene razón, estamos bien distribuidos: un agnóstico, un creyente, un ateo religioso y un ateo antirreligioso. Puede que aún existan otras posibilidades que ni siquiera se nos habían ocurrido. Alida, por ejemplo, no ha dicho nada desde que empezamos a hablar de esto, aunque me parece recordar que fue ella quien inició la conversación. ¡Vamos, Alida, di algo, rompe el empate! ¿A quién de nosotros apoyas?

—A ninguno —repuso la joven, quitándose el auricular—. No me interesa lo que estáis diciendo. Tengo otras cosas que hacer.

—¿Como oír la Patética de Chaikovski? ¿Es que no te cansas?

Alida abrió los ojos, que hasta entonces había tenido cerrados, miró fijamente a Joao, y dijo, acompañando sus palabras con un gesto de desafío:

—No. No me canso. Y en cuanto a lo que habéis estado hablando, os diré una



cosa: no me parece que este infierno donde estamos sea el sitio más a propósito para hablar de Dios. En vuestro lugar, yo me preocuparía por saber si existe el diablo. Quizá solo tengáis que echar una ojeada por la ventanilla para descubrirlo.

Joao, André y Steve no supieron qué contestarle. Wen Zi, sin embargo, esbozó una sonrisa amarga y dijo, en voz baja, aunque audible:

—¿Quién puede dudar que el diablo existe? Basta con echar una mirada a nuestro propio interior.

Durante unos momentos, nadie dijo nada. Alida se limitó a una mueca de desprecio. Y entonces, en el silencio, todos notaron a la vez algo nuevo, desacostumbrado: un rumor lejano y ronco, un temblor del suelo y de las paredes, distinto del que producía el movimiento de las patas del vehículo. Steve, que durante algún tiempo había prestado poca atención a la ventanilla, volvió a mirar por ella, se aferró a los mandos y exclamó:

—¡Atención, amigos! ¡Todos a vuestros puestos! ¡Estamos en peligro!

## CONFESIÓN

---

*Señor Ferrán, el director desea verle en persona inmediatamente.*

El mensaje parpadeó con insistencia en la pantalla de la consola de comunicaciones. Ignacio murmuró un terno, presionó con violencia la tecla de cancelación y pasó la consola a funcionamiento desasistido hasta su regreso. Durante su entrevista con el director, el aparato llevaría a cabo diversas tareas rutinarias, revisaría su correo y le aligeraría el trabajo.

«No creo que Nguyen se haya enterado ya de mi consulta a Frank Goldsmith. Pero ¿para qué otra cosa puede llamarme?» pensó, mientras caminaba hacia el ascensor para subir al piso treinta y ocho, que albergaba la dirección del periódico.

Un diario del siglo XXI es muy diferente de los enormes folletos de papel que dominaron el panorama informativo de los doscientos años anteriores. Hace ya bastante tiempo que los periódicos renunciaron a las imprentas y las linotipias, sustituyéndolas por potentes ordenadores y transmisiones vía satélite. En lugar de acercarse al kiosco más próximo o recibir la suscripción en su domicilio, el lector del periódico se limita a conectar la consola de comunicaciones (que ha sustituido al teléfono, al vídeo, al televisor y al ordenador personal), marcar el código de acceso a la estación terminal más próxima del diario, y escoger y leer las noticias o los artículos de fondo que prefiere, ayudado por programas inteligentes que conocen sus gustos, seleccionan la información y le presentan con preferencia lo que más puede interesarle.

Nguyen Tran Vahn era el director del *World Times* desde cinco años antes de la expedición a Venus, y lo había manejado con astucia y habilidad durante ese tiempo. Sus subordinados, entre los que Ignacio Ferrán comenzaba a ocupar una posición destacada, le temían más que a una tempestad, pues era muy exigente y no aceptaba un solo fallo. Por eso, cuando llamaba a alguien para una entrevista personal, lo que

era raro, pues las cuestiones de rutina se resolvían a través de la consola de comunicaciones, el convocado comenzaba a tentarse los bolsillos, tratando de descubrir en qué habría podido equivocarse durante los últimos días, y se dirigía temblando al temido despacho, preguntándose si sería conveniente ponerse a buscar trabajo en otro sitio.

Consciente de que últimamente se había metido en terreno delicado, que pisaba suelo pantanoso y en cualquier momento podía sufrir un resbalón, Ferrán no las tenía todas consigo mientras se dirigía a hablar con Nguyen, pero tampoco temía lo peor. El director del periódico disponía de un buen sistema de información interna, y probablemente estaba ya al corriente de sus últimas actividades, pero una simple llamada al decano de los periodistas políticos no era suficiente para provocar semejante ruptura del protocolo. No, la causa de la convocatoria debía de ser otra, y solo se le ocurría una: los métodos oscuros que había utilizado para conseguir la entrevista con Markus M'nGwa. Mientras atravesaba los desiertos pasillos del piso treinta y ocho, iba repasando mentalmente sus excusas y explicaciones, que ya tenía preparadas desde hacía tiempo, aunque jamás habían logrado tranquilizarle por completo.

El despacho de Nguyen Tran Vahn parecía una fortaleza, con sus puertas de triple capa de acero y sus gigantescas cerraduras electrónicas. Con una ligera sensación de angustia, Ferrán introdujo su tarjeta de identidad en la ranura y aguardó, con la esperanza de que se le negara el paso, de que el jefe hubiera anulado la llamada después de todo. Sin embargo, era evidente que el mecanismo de control inteligente había recibido la orden de franqueárselo, pues no tardó en iluminarse una señal verde y la puerta se deslizó por sí sola, sin esfuerzo aparente, y desapareció en las profundidades de la pared. Ferrán cruzó el umbral y aguardó, mientras la puerta se cerraba, en un pequeño vestíbulo desnudo de mobiliario y cerrado al otro extremo por una puerta semejante a la primera, que no tardó en abrirse a su vez. Finalmente, al atravesarla, se halló en el *sancta sanctorum* del director del periódico, que estaba sentado, de espaldas a él, ante la consola de comunicaciones más complicada y completa que había visto en su vida.

Después de hacerle esperar cosa de medio minuto, Nguyen Tran Vahn hizo girar su silla y observó a Ferrán durante algún tiempo, con sus inescrutables ojos orientales, parcialmente ocultos tras unas gafas de cristal grueso, ligeramente oscurecido. Era proverbial en el periódico la resistencia del director a desprenderse de esos instrumentos ópticos anticuados y sustituirlos por otros más modernos. Las malas lenguas aseguraban que todo era una pose, que la vista de Nguyen era perfecta, que las gafas eran solo un artificio que utilizaba para poner nerviosos a sus interlocutores. Ferrán tuvo que reconocer que, de ser así, el truco tenía éxito: el efecto era impresionante. Sentándose en el asiento que se le había señalado, puso cara de circunstancias, trató de aparentar una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir y aguardó a que el jefe supremo abriese la conversación, aclarando el motivo de la

llamada.

—Te he hecho venir —dijo al fin Nguyen— porque quiero que me expliques este mensaje que acabo de recibir del ministerio de seguridad pública.

Ferrán acusó el golpe y dejó traslucir la sorpresa: no se lo esperaba. Aproximándose a la consola, miró la pantalla que Nguyen le señalaba con un dedo huesudo, acabado en una uña muy cuidada, excesivamente larga para su gusto. El mensaje era corto, pero claro. Decía así:

Ponga inmediatamente punto final a las investigaciones de Ignacio Ferrán. De lo contrario, aténgase a las consecuencias.

El asombro se apoderó del periodista, borrando todo su nerviosismo. Lo más increíble en el mensaje era la firma, pues no procedía de ningún jefecillo de departamento, sino del propio ministro de seguridad pública. Sus ojos pasaron de la pantalla al rostro de Nguyen y los dos hombres intercambiaron una mirada de inteligencia. El ataque directo a la libertad de prensa los había unido con mucha más eficacia que largas horas de discusión.

—Pero ¿cómo es posible? Esto es una orden, ni siquiera un tonto puede tomarlo por una simple sugerencia.

—Así está el asunto —replicó el director.

—Nunca había oído nada semejante.

—Yo sí. Estas cosas ocurren de cuando en cuando.

—Pero entonces ¿adónde va la libertad de información?

Nguyen Tran Vahn miró con ironía a Ignacio Ferrán.

—Tú eres joven y estás demasiado imbuido por la leyenda heroica y romántica del periodismo. Ya no estamos en el siglo xx, cuando la prensa hacía sus propias leyes y creaba y derribaba gobiernos a su antojo. Naturalmente, no voy a decir que todo esto me guste, pero en general tenemos que aguantarnos. Sin embargo, alguna vez he conseguido oponerme con éxito a las presiones del ministerio. Para ello, tengo que saber exactamente lo que está pasando. Cuéntamelo todo.

Ferrán meditó furiosamente, sabiendo que solo tenía unos segundos para decidirse. Las cosas habían llegado mucho más lejos de lo que había previsto. Había subestimado a Satya Vamana, a pesar de los avisos de Goldsmith. Ahora estaba entre la espada y la pared. Tenía que elegir entre poner a Nguyen al corriente de sus investigaciones, corriendo el riesgo de que le prohibiera continuarlas, o negarse a hablar, forzándole a despedirle, lo que acabaría con ellas con la misma eficacia, dejándole sin medios de vida.

De pronto, como si una luz se hubiese encendido bruscamente en su cerebro, comprendió que había tomado una decisión. Tenía que confiar en alguien: no podía seguir por el camino que había emprendido, solo y sin apoyos. Nguyen era un hombre temible, pero si lograba convencerle se convertiría en el aliado más poderoso

que pudiera desear.

—¿Conoces a Satya Vamana? —preguntó, yendo directo al grano.

La frente del director se frunció instantáneamente en un entretejido de arrugas que delataban su edad, no inferior a los sesenta.

—¿Te has cruzado en su camino? —preguntó, con voz baja y ominosa.

—Sí.

—Entonces, no me digas más. Todo está perfectamente claro.

Durante más de un minuto, la conversación languideció. Los dos hombres se miraban sin decidirse a hablar, bajo el peso de una inmensa depresión. Por fin, hablando siempre muy bajo, Nguyen Tran Vahn repitió:

—Cuéntamelo todo.

Ferrán carraspeó, vaciló un instante, comenzó a hablar. No ocultó nada: ni su ardid para sonsacar a Markus M'nGwa, ni su llamada a Frank Goldsmith, ni los pasos infructuosos que había dado para obtener información sobre el misterioso Vamana. El director le escuchó sin interrumpir, mirándole con unos ojos en los que no pudo distinguir, a pesar de su ansiedad, su simpatía o su antipatía con lo que estaba oyendo. Terminada la confesión, se echó atrás en el asiento y aguardó tembloroso el juicio de su superior, quien tardó algún tiempo en hablar y miraba, inseguro, hacia el suelo, eludiendo los ojos de su interlocutor.

—¿Sabes que estás en peligro? ¿Un peligro muy grande? —preguntó el director del periódico, sin levantar la mirada.

—Eso mismo me dijo Goldsmith.

—Tiene razón. Lo mejor sería que abandonaras el caso.

—¡Pero he avanzado mucho! Esta historia de la Hermandad de la Rosa... ¿qué relación puede tener con Vamana, con el viaje a Venus? Todo esto es muy raro, no debería permanecer oculto. ¡Quién sabe si el propio gobierno mundial está en peligro!

Nguyen sonrió sin alegría.

—No fantasees —dijo—. La cosa es seria, pero no tanto. Tú eres el que me preocupa.

—Es la ocasión de mi vida —murmuró Ignacio.

—Eso es verdad. Si consiguieras desenmascarar a Satya Vamana, mezclarle en algo sucio, sería el éxito más grande de tu carrera. Sé de más de uno, en puestos elevadísimos, que darían un enorme suspiro de alivio si Vamana cayera. Pero si fallas, será tu muerte.

Ferrán parpadeó.

—¿Qué sabes de Vamana? —preguntó.

—Casi tan poco como tú. Aunque sé que es imposible, he procurado pasarle desapercibido. Pero, si ahora te apoyase, sería como enfrentarme abiertamente con él. Ese mensaje es suyo, aunque lo firme otra persona.

—Entonces ¿qué vas a hacer?

—Aún no lo he decidido. Hay varias posibilidades. Podría encargarte otro

trabajo... resolvería todas las dificultades. Pero no me gusta esa solución. Desde que sé que Vamana anda detrás de esto, me han entrado ganas de presentarle cara por fin. Más pronto o más tarde, tenía que suceder. Lo malo es que no me atrevo a arriesgar tu vida. Y eso es lo que sucedería si siguieras adelante.

—A mí no me importa —repuso Ignacio.

—Dame una hora para pensarlo —dijo Nguyen, después de una breve pausa—. Te enviaré un mensaje. Pero, como tu consola debe de estar vigilada, tendrá que ser en clave. Veamos... si te recuerdo que mañana tenemos una cita en mi despacho a esta misma hora, significa que puedes seguir adelante. Pero si te digo cualquier otra cosa, déjalo todo: será mejor para ti.

—Está bien, jefe. Aguardo ansioso tu decisión.

—Ya sabes, una hora.

—Hasta luego.

—Suerte.

## AVALANCHA

---

Al oír la exclamación de alarma de Steve, los otros cuatro saltaron de sus asientos y se precipitaron hacia la ventanilla más próxima. Por un momento no dieron crédito a lo que veían, pues les pareció como si el suelo estuviese cubierto de una espesa alfombra que alguien, un gigante, sin duda, estaba atrayendo hacia ellos con enorme velocidad. Alida fue la primera en darse cuenta de lo que ocurría, pero su grito de terror se perdió entre las exclamaciones de sus compañeros y el rumor ronco que, atravesando las paredes del vehículo, comenzaba a ensordecirles.

A menos de un kilómetro al suroeste de donde se encontraban, comenzaba un paisaje muy diferente del que habían cruzado desde que se separaron de la cápsula espacial. Era una pendiente poco empinada, primer vestigio del terreno escarpado que rodeaba el borde del cráter Colette, e indicio de las dificultades que iban a encontrar en las horas sucesivas, a medida que se aproximasen a su objetivo. Pues bien: aunque resultara increíble, esa pendiente parecía haberse puesto en movimiento y deslizarse hacia ellos, amenazando derribarles y aplastar su diminuto vehículo como una cáscara de huevo vacía.

—¡Es una avalancha! —gritó Steve, dominando el ruido con voz potente—. ¡Aprisa! ¡Tenemos que apartarnos o estamos perdidos!

El primero en reaccionar fue Wen Zi, que atravesó todo el vehículo y ocupó el asiento del copiloto para ayudar a Steve. Al ver que se le había adelantado, Joao se apresuró a conectar la unidad de comunicaciones y trató de establecer contacto con el *Enterprise*, para comunicar a Vladis lo sucedido, mientras Alida y André permanecían quietos, sin saber qué hacer.

—¡A la izquierda! ¡Hay que desviarse hacia la izquierda! —gritó Steve, aferrándose a los controles y forzando hasta el límite la velocidad del vehículo.

—¡Atención, *Enterprise*! —decía al mismo tiempo Joao, presionando

repetidamente el botón de contacto—: ¡Llamada de urgencia! ¿Me oyes, Vladis?

Alida Hlasek avanzó hacia la parte delantera y tocó sin suavidad el hombro de Wen Zi.

—Déjame el sitio. Soy yo quien debe estar ahí.

Sin volverse para mirarla, siempre atento a los sensores y a la ventanilla delantera, Steve habló con violencia:

—¡Fuera de ahí, Alida! ¡Vuelve donde estabas! Es lo mejor que puedes hacer.

La joven abrió la boca para contestar, pero comprendió que no era oportuno, volvió a cerrarla y retrocedió furiosa hasta el centro del vehículo, donde Joao había conseguido, por fin, establecer la comunicación.

—¿Qué pasa? —preguntaba la voz de Vladis, borrosa entre el chisporroteo de los parásitos atmosféricos.

—Una avalancha de rocas —replicó el brasileño—. Steve y Wen están tratando de sacarnos de su camino.

—¿Son muy grandes las piedras?

—No mucho, pero van muy deprisa. Si nos alcanzan, pueden deshacernos.

—No cortes. Mantenme al corriente de todo. Voy a comunicar con la Tierra.

—¿Para qué? —murmuró Joao—. No pueden hacer nada.

—¡Creo que vamos a conseguirlo! —exclamó Steve, sin soltar la palanca de aceleración.

De pronto, el vehículo retembló, alcanzado por un impacto, avanzó varios pasos a trompicones y comenzó a oscilar, amenazando con venirse abajo y estrellarse contra el suelo. Steve tiró con ímpetu de la palanca, anulando su efecto, y presionó los controles que detenían la marcha. Por fortuna, la oscilación se interrumpió, y aunque el suelo de la cabina quedó inclinado un ángulo de unos veinte grados, la caída no llegó a producirse y el vehículo quedó en equilibrio, quizá inestable, pero de momento a salvo.

Afortunadamente, estaban fuera del camino del desprendimiento. La roca que los había golpeado era una de las pocas desperdigadas que lo flanqueaban. Las demás pasaron con mucho estrépito, pero con poco peligro, un par de centenares de metros a sus espaldas. Durante algunos minutos, los cinco astronautas permanecieron tensos, esperando un nuevo impacto, que podía ser fatal. Pero, a medida que el rumor se fue acallando y se convencieron, mirando por la ventanilla trasera, de que lo peor había pasado, comenzaron a respirar. Sin embargo, ninguno se decidió a hablar, hasta que la voz de Vladis rompió el silencio:

—*Enterprise* al habla. ¿Qué ha pasado?

Con manos temblorosas, Joao Da Silva tomó el micrófono y respondió jadeante, como si acabara de llegar al final de una carrera de obstáculos:

—Estamos a salvo, aunque nos ha alcanzado una roca.

—¿Cómo está el vehículo?

—Un poco torcido, pero resiste. ¡Steve! ¿Ha habido algún daño?



El comandante, que estaba comprobándolo todo cuidadosamente, agitó la mano en muda respuesta.

—Todavía no lo sabemos —dijo Joao, con voz más tranquila. Pero un instante más tarde exclamó—: ¡Eh! ¿Qué es esto?

Con infinitas precauciones, Steve había tratado de poner en marcha el vehículo, pero este había comenzado a oscilar peligrosamente y se vio obligado a detenerlo de nuevo.

—Parece que algo anda mal —dijo, volviéndose en el asiento—. Tendremos que salir a verlo.

—¿Has oído, Vladis? —preguntó Da Silva en el micrófono.

—Perfectamente, Joao. Tened cuidado. Avisadme en cuanto haya algo. Corto.

Steve contempló uno por uno a sus compañeros, meditando sobre lo que debían hacer. La decisión no era fácil. Necesitaba un experto en los mandos del vehículo y no se fiaba de Alida, debido a su escasa experiencia, pero sabía que se ofendería si no le daba algo importante que hacer. Por otra parte, tenía intención de salir personalmente a comprobar los daños.

—Muy bien, muchachos —dijo al fin—. Alida, Wen y yo saldremos al exterior. Joao se ocupará de los controles. Tú, André, vigilarás la radio. ¡Aprisa! No tenemos mucho tiempo. Esto puede venirse abajo en cualquier momento.

Sin decir palabra, los que iban a salir se vistieron el traje espacial, tomaron diversas herramientas y avanzaron hacia la trampilla, situada en el suelo del vehículo, en el centro del pasillo. Al abrirla, apareció un espacio muy pequeño, semejante a un ataúd. Como no podían permitirse el lujo de perder aire, el compartimento de salida estaba reducido al mínimo posible, por lo que tenían que utilizarlo de uno en uno. Steve se introdujo en él, en posición horizontal, y cerró la trampilla, quedando en una oscuridad absoluta, como si hubiera sido depositado en la tumba. A continuación, pulsó un contacto del control remoto asociado al traje espacial, y aguardó. Las paredes acolchadas del compartimento se desplazaron ligeramente, oprimiéndole en todas direcciones, para expulsar hacia el interior del vehículo hasta la última molécula del precioso aire terrestre. Después, la trampilla se hizo estanca y se oyó un chasquido: la salida hacia Venus estaba abierta.

Apoyándose en las manos, Steve empujó con los pies la puerta del compartimento y se impulsó para atravesarla y salir sobre una plataforma adosada a la pared inferior de la cabina. Después de ponerse en pie, pulsó otro de los botones del control remoto, que abrió una compuerta situada en el extremo de la plataforma, de la que salió automáticamente una escala metálica, por la que descendió hasta el suelo. Apartándose un poco del vehículo, hizo una seña a André, que le observaba desde una de las ventanas laterales, añadiendo a través de la radio:

—Ya estoy abajo. Puede salir el siguiente.

Cuando los tres estuvieron reunidos sobre la superficie de Venus, Steve se dirigió hacia la parte inferior del vehículo, donde observó que una de las patas estaba torcida

y deformada, como consecuencia del impacto. Afortunadamente, sería posible repararla, aunque tendrían que perder varias horas antes de poder continuar la marcha.

Después de tranquilizar a André y a Joao, dio las órdenes oportunas y comenzó el trabajo. A través del visor del traje espacial, observó que Alida estaba pálida y sudorosa, pero disimuló, juzgando que cualquier alusión podría aumentar su nerviosismo. No le extrañó, pues recordó sus propios sentimientos la primera vez que tuvo que salir al espacio, fuera de la nave, en el segundo viaje de su carrera. Y eso que él, aquella vez, solo se encontraba en el vacío interplanetario, en lugar de un baño hirviente de vapor de ácido sulfúrico, como ahora.

Yves Duplessy miró con mal disimulada rabia al enano Vamana, que había vuelto a invadir la intimidad de su despacho. Como de costumbre, procuró evitar que el indio se diera cuenta. Como de costumbre, no lo consiguió, pero Vamana disimuló y Duplessy no se percató de ello.

—¿Qué le ha dicho su agente? —preguntó con voz un poco exasperada.

—Que pudo haber sido un accidente, a pesar de las circunstancias sospechosas.

—¡Por Dios! Estoy empezando a pensar que tiene usted manía persecutoria. ¿De verdad cree que alguno de esos hombres provocó el desprendimiento?

Vamana le miró fijamente, sin ocultar su desprecio.

—¿Por quién me toma? No, ellos no causaron el desprendimiento, pero sí se enzarzaron en una ridícula discusión religiosa que distrajo al conductor del vehículo y pudo haber provocado el fracaso de la expedición.

—¿Servirá esto para reducir el número de los sospechosos?

—No, la evidencia es demasiado circunstancial. Ya le he dicho que pudo ser un accidente.

Ceñudo, sin poder permanecer quieto en su asiento, Duplessy paseó como león enjaulado por su despacho, mientras Vamana le contemplaba con gesto torvo. De pronto, se detuvo en seco, giró hacia su visitante y le espetó:

—¿Qué espera encontrar?

—¿Dónde? —preguntó Vamana, haciéndose el sorprendido.

—En el cráter Colette. ¿Cuál cree que es la causa de las radiaciones que hemos detectado allí?

—Es pronto para saberlo.

—Pero ¡dígame algo de una vez! —estalló el presidente de la Agencia Mundial del Espacio—. ¿Qué puede tener que ver un exceso de radiación en Venus con la Hermandad de la Rosa?

—Podría ser una bomba nuclear —repuso Vamana, con voz untuosa.

Duplessy se estremeció.

—No se me había ocurrido.

—Ya lo sé.

—Pero ¿cómo habrían podido enviarla? Y en secreto, además.

—La Hermandad tiene muchos recursos.

—Pero entonces, si es lo que usted dice, al ordenar que vayan a investigar estamos haciendo, precisamente, lo que desea el terrorista... si es que existe tal terrorista. Empiezo a dudarlo. Todo esto me parece más propio de una novela de ciencia-ficción que de la realidad.

—¡Ojalá tenga usted razón!

—Pero si fuera verdad ¿no es una locura lo que estamos haciendo?

—Creo habérselo explicado varias veces: le estamos dando cuerda para que se ahorque. Si tratáramos de oponernos a sus intenciones, podría actuar de forma impredecible. Mientras hagamos precisamente lo que le conviene, no hará nada.

Duplessy se dejó caer sobre una silla, con aire desconcertado.

—Pero entonces, eso quiere decir que el accidente que han sufrido tiene que haber sido absolutamente casual.

—Probablemente. Pero no podemos descartar ninguna posibilidad.

Después de un largo silencio, durante el cuál Duplessy meditaba furioso mientras Vamana se limitaba a observarle, el indio habló:

—A propósito: ¿ha vuelto a molestarle ese periodista?

Duplessy sacudió la cabeza, como si despertara de un ensueño.

—¿Qué?

—El periodista, ya sabe, Ignacio Ferrán. ¿Ha vuelto a saber de él?

—Ya sabe usted que no —repuso, con sorna, el presidente.

Vamana no contestó. La situación parecía haberse invertido. Ahora era él quien estaba inmerso en sus pensamientos, mientras Duplessy estudiaba su expresión: lo que veía en ella no le produjo la menor tranquilidad. Se alegró de no encontrarse en los zapatos de Ignacio Ferrán, si el ceño fruncido y el rostro tormentoso de Vamana tenían algo que ver con él.

## UN INCIDENTE

---

Ignacio Ferrán empleó la hora siguiente en recopilar información sobre la Hermandad de la Rosa. Había en todo aquello una coincidencia sorprendente, pues poco antes de su llamada a Goldsmith había leído un artículo en el que se mencionaba esa sociedad secreta. En realidad, era la única vez que había oído hablar de ella. Y apenas un par de días más tarde, cuando su memoria aún estaba fresca, el mensaje en clave del decano de los periodistas hacía referencia a ella. En otro momento no habría podido comprender su significado, pero entonces ajustaba a la perfección, como la pieza de un rompecabezas. Se preguntó si no sería cosa de la Providencia.

El único problema era recordar cuál era el artículo y dónde lo había leído, pero eso podía resolverlo su consola de comunicaciones. Un par de golpes de tecla, y el microprocesador empezó a buscar la referencia entre todos los artículos que habían pasado por la pantalla durante los cinco últimos días. La búsqueda podía ser larga, porque algunos no estaban ya en la memoria de la consola, pero siempre podía recuperarlos de la fuente original, y esa información sí la guardaba automáticamente.

Mientras esperaba, su mente volvía una y otra vez al problema principal que le preocupaba. ¿Qué decisión tomaría Nguyen? Su actitud le había dado bastantes esperanzas. A su favor, tenía el efecto producido por el mensaje del ministerio: a nadie le gusta que le den órdenes, y esto se aplicaba especialmente al director del periódico. Además, podía contar con su curiosidad, que probablemente se había despertado con lo que le había dicho. Pero también había argumentos en contra, y Ferrán era lo bastante inteligente e imparcial como para darse cuenta: la forma subrepticia en que había llevado el asunto, así como el hecho de que corriera peligro, si seguía adelante. Al parecer, el tal Vamana debía de ser un individuo muy peligroso, que no se andaba con chiquitas. Ni Goldsmith ni Nguyen le habían dejado la menor duda al respecto. Todos los que le conocían le atribuían unas fuentes de información

maravillosas y desconfiaban de los medios de comunicación usuales, hasta el punto de utilizar códigos casi infantiles para desconcertarle.

¿Quién sería este Satya Vamana? El nombre sonaba a indio, pero con la mezcla de razas y costumbres que se había producido durante el último siglo, nunca se podía saber. Se lo imaginó como un enorme pulpo, repantigado en medio de un sillón, extendiendo sus tentáculos por el mundo entero, por el periódico, por la Agencia Mundial del Espacio, incluso en el planeta Venus. O como un genio del mal, capaz de conocer tus más íntimos pensamientos. Hasta ahora, desde luego, había demostrado una omnisciencia fuera de lo corriente.

Una vez más, se preguntó qué podría tener que ver Satya Vamana con una sociedad como la Hermandad de la Rosa, que sonaba más bien a terroristas de guardarropía. Cansado de esperar, dio un manotazo sobre el teclado, como si con ello pudiera acelerar la actividad de la consola. Y en ese instante, como en respuesta a su gesto de violencia, comenzaron a parpadear simultáneamente dos iconos: el que daba contestación a su pregunta y otro, aun más esperado y temido, que indicaba que acababa de recibir un mensaje del director del periódico.

Tembloroso, pues sabía que el futuro de su investigación dependía de lo que dijera el mensaje, pulsó el control que lo haría visible sobre la pantalla. Era muy corto. Decía:

Recuerda que mañana, a las once, tienes que verte conmigo en mi despacho.

La relajación repentina le dejó casi sin fuerzas. ¡Nguyen le daba permiso para continuar! A pesar del riesgo, estaba dispuesto a plantarle cara a Satya Vamana. ¡No podía defraudar al director! En ese momento, Ignacio Ferrán habría sido capaz de arriesgar la vida por un jefe así, dispuesto a apoyarle en circunstancias tan difíciles.

Con la mano algo más firme, activó el otro mensaje. Era lo que había supuesto: ante sus ojos estaba el artículo que mencionaba a la Hermandad de la Rosa. Lo leyó con cuidado. No decía mucho, pero por algo tenía que empezar. Se sentía optimista, a pesar de que los hilos que había ido siguiendo durante sus investigaciones le habían decepcionado uno tras otro. Pero ahora, *a posteriori*, estaba contento: poco a poco iba descubriendo cosas, los hilos que parecían sueltos se iban anudando coherentemente unos con otros. En este momento, tenía tres: la expedición a Venus, Vamana y la Hermandad. Solo tenía que descubrir qué relación había entre ellos.

Tenía un dato más: el autor del artículo. Quizá sabría algo que pudiera servirle. Resultó ser una mujer, una tal Noemí Martínez, y su dirección electrónica estaba en Madrid. «Una compatriota» pensó. «Puede ser un golpe de suerte. Será más fácil que acepte hablar conmigo».

Tras comprobar que la hora era adecuada, pulsó varios controles con rápidos y avezados dedos, y aguardó. La dirección que había marcado no era la de la propia Noemí, sino la de una oficina de comunicaciones, por lo que no le sorprendió que el

rostro que no tardó en aparecer sobre la pantalla fuese el de un hombre que, con gesto displicente, le preguntó qué deseaba. Ferrán se presentó como periodista del World Times y pidió comunicación con Noemí Martínez.

—Tendrá que decirme para qué desea hablar con ella —repuso el hombre, sin demasiado interés—. Está muy ocupada —añadió como explicación, ante el gesto de sorpresa de Ferrán, quien decidió poner las cartas sobre la mesa.

—Dígale que deseo hablar con ella sobre la Hermandad de la Rosa —repuso.

Las cejas del hombre se alzaron, justo un momento antes de que su imagen se oscureciera. Ignacio se preguntó si sabría algo sobre el asunto, pero no le dio tiempo a meditarlo, pues la pantalla volvió a iluminarse y vio el rostro de una mujer de unos cuarenta años, cubierto de grandes dosis de maquillaje y enmarcado en una abundante cabellera teñida de rubio platino, que le miraba con ojos escrutadores.

—Soy Noemí Martínez —dijo—. Dígame qué quiere saber.

—He leído su artículo en la agencia electrónica —explicó Ferrán— y me ha interesado mucho. ¿Tiene usted más información sobre el asunto?

—¿Qué asunto?

—La Hermandad de la Rosa, naturalmente —Ferrán estaba sorprendido, pues suponía que si ella, tan ocupada, le había recibido inmediatamente, sin duda se debía a que el hombre que había atendido la llamada le habría hablado del motivo. Por un momento, le pareció percibir una fugaz expresión de alivio en los ojos que le miraban como si quisieran perforarle y se preguntó a qué se debería. Después ella comenzó a hablar y tuvo que prestar toda su atención a sus palabras.

Diez minutos más tarde, agotado, se echó atrás en la silla, mientras trataba de descubrir qué le había dicho Noemí, después de todo. Esa mujer parecía disponer de una fuente inagotable de verborrea y era capaz de hablar durante largo rato, sin decir nada. Afortunadamente, había grabado la conversación. Pulsó el control de repetición, se asió del borde de la consola, y se dispuso a contemplarla de nuevo tantas veces como hiciera falta, para no pasar por alto el más mínimo detalle.

Al cabo de una hora se levantó, murmuró unas palabras a su compañero para explicar su ausencia, y se dirigió hacia la salida. Necesitaba tomar un poco de aire, aunque fuera contaminado. Todos sus esfuerzos habían sido en vano. Noemí Martínez era muy hábil y había conseguido escapar de la entrevista sin proporcionarle información. Se preguntó si, después de todo, sabría algo sobre la Hermandad de la Rosa, o si habría obtenido el material para el artículo de alguno de sus subordinados, firmándolo después con su nombre, o quizá de fuentes menos dignas de confianza.

Solo tenía una cosa en que apoyarse: aquel gesto de alivio que se le escapó. ¿Por qué? Repasó cuidadosamente la memoria de sus palabras al ordenanza:

«Dígale que deseo hablar con ella sobre la Hermandad de la Rosa».

¡Claro, eso era! No había dicho que quisiera pedir información. Quizá Noemí había interpretado que él, Ignacio, sabía más de lo que sabía. Pero ¿qué podía haber de malo en eso? A menos que...

De pronto, se dio cuenta de que llevaba largo rato andando ensimismado por las calles de la metrópoli, que se estaba haciendo de noche y que, sin percatarse, se había introducido en una de las zonas de peor reputación, no muy lejos de la sede del periódico. En condiciones normales, esto no le habría preocupado, pero ahora que sabía que su investigación le había introducido en terreno peligroso, miró a su alrededor con un poco de temor. No le ayudó ver a dos hombres que le miraban cuchicheando y señalándole con el dedo. Pensó que había cometido una imprudencia y que lo mejor era salir de allí lo antes posible, dio media vuelta y trató de volver al periódico por el camino más corto.

Sea por su falta de familiaridad con el barrio, sea porque los nervios se habían apoderado de él, el caso es que a los pocos minutos comprendió que se había extraviado. La calle que estaba siguiendo, que creyó le llevaría rápidamente a una de las arterias principales, se había estrechado considerablemente y acababa de forma brusca en un callejón sin salida. Justo en ese momento, oyó a sus espaldas un rumor de pasos y no tuvo la menor duda de que alguien le seguía, probablemente los dos hombres que había visto. Ante su imaginación apareció vívida la escena de un caso parecido, que él mismo había preparado para Markus M'nGwa, aunque sus intenciones no habían sido tan siniestras como las que atribuía a sus perseguidores.

«El que a hierro mata, a hierro muere» pensó, mirando desesperado a su alrededor. Pero no había ninguna salida, ni siquiera un oscuro portal donde esconderse. Y entonces, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, decidió salir al encuentro de su destino.

Al verle aparecer en la boca del callejón, los hombres que le seguían se detuvieron. Eran tres, de aspecto facineroso, armados con porras de goma. Trató de aparentar más seguridad de la que sentía y avanzó, dispuesto a cruzar entre ellos, para volver al buen camino. Por un momento pareció que su actitud les desconcertaba, que iban a dejarle paso franco. Pero después de mirar en todas direcciones, para asegurarse de que estaban solos, blandieron las porras y le cerraron el paso.

No intentó defenderse: sabía que sería inútil y solo conseguiría enfurecerlos. Si los dejaba hacer, quizá se limitasen a darle una paliza. Trató de protegerse la cabeza con las manos y apretó los dientes para evitar que se le escapara un grito, pero los primeros golpes le aturdieron y sintió que iba a perder el conocimiento. Por un momento, mientras caía al suelo, le pareció que sus agresores se habían vuelto locos, que estaban peleando entre ellos. Después todo se ennegreció a su alrededor y no supo más.

CANAL

---

Sentado en el asiento del copiloto, Steve MacDunn escribía en el cuaderno de bitácora, lanzando miradas fugaces hacia sus compañeros. A su lado, Wen Zi dirigía la marcha. En medio, Alida Hlassek y Joao Da Silva dormían. Sobre el asiento trasero, André Bergson contemplaba por la ventanilla el paisaje que se iba quedando atrás.

Un codazo de Wen Zi, puso alerta al jefe de la expedición. Siguiendo con la mirada el dedo del chino, Steve frunció las cejas, sin comprender. Luego emitió un silbido y alzó la mano derecha, con la palma hacia fuera y los dedos abiertos. Wen Zi comprendió la indicación y detuvo el vehículo.

André Bergson se volvió sorprendido, se puso en pie, cruzó hasta la parte delantera y se inclinó para murmurar:

—¿Qué pasa?

Wen Zi volvió a señalar en silencio, pero después de mirar durante un rato, Bergson repitió la pregunta.

Esta vez fue Steve quien contestó, siempre en voz baja, para no despertar a los que dormían.

—Es una hondonada o un canal. Cruza de parte a parte nuestra ruta y se pierde de vista en ambas direcciones.

—¿Podemos atravesarlo?

—Eso es lo que tenemos que descubrir. Si no fuera posible, tendríamos que seguirlo, pero eso podría desviarnos demasiado. En las condiciones en que está el vehículo, no me atrevo a alargar mucho nuestra estancia en Colette. Si nos falla, no podremos volver andando.

—¿Por qué?

—Vamos, André, lo sabes tan bien como yo. Los trajes espaciales solo tienen una



autonomía de tres o cuatro horas. ¿Crees que podríamos caminar más de trescientos kilómetros en ese tiempo?

El médico de a bordo tardó unos segundos en digerir la información, pero al darse cuenta de lo que significaba, exclamó indignado:

—Entonces, si algo falla estamos perdidos. ¿Por qué no nos volvemos ahora mismo? Cinco vidas dependen de ti. ¿No crees que es demasiada responsabilidad?

Wen Zi le miró sonriente, sin decir nada, pero movió negativamente la cabeza. André se revolvió contra él.

—Wen, tú puedes arriesgarte, si quieres, pero no tienes derecho a jugar con la vida de los demás. Creo que deberíamos despertarles y darles la oportunidad de decidir.

Bergson hizo un movimiento, como si se dispusiera a poner en efecto sus palabras, pero Steve le puso la mano en el brazo para detenerle y dijo:

—¡Aguarda un momento, André! Déjales dormir. Les hace falta. Tengo dos cosas que decirte.

—Habla.

—En primer lugar, esto no es una asamblea democrática, sino una misión del servicio astronáutico. Antes de salir, se me informó de que el decreto de desmilitarización no se aplica a casos como este. Cuando nos presentamos voluntarios, ya sabíamos que arriesgábamos la vida. Que sea la última vez que tengo que recordarte que yo soy el comandante de la expedición y que aquí se hace lo que yo decida, estéis de acuerdo o no. ¿Está claro?

—Sí —rezongó Bergson, con voz ronca—. ¿Cuál es la segunda?

Steve se volvió hacia el chino, que seguía sonriendo ante el desconcierto del médico.

—Explícaselo tú, Wen.

—Es muy sencillo. Tenemos una carta en la manga. Si el vehículo se estropea, no por eso estamos perdidos automáticamente. Recuerda que tenemos dos compañeros a bordo del *Enterprise*. Uno de ellos puede venir a recogernos con la cápsula de repuesto. Pero no sé por qué te lo digo. Tú lo sabías.

Por un momento, pareció que el médico iba a responder con una bofetada a la ironía de Wen Zi. Con un esfuerzo, sin embargo, consiguió dominarse, se volvió hacia el comandante y dijo:

—Discúlpame, Steve. Lo había olvidado.

—No tiene importancia. Y ahora, manos a la obra. Tenemos cosas urgentes en qué pensar.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Bergson.

—Aproximarnos hasta el canal, para ver si es posible descender. Adelante, Wen.

Bajo la guía experta del chino, el vehículo avanzó muy despacio y se acercó al talud, deteniéndose de nuevo en el mismo borde. Al ver la escena que se abría ante sus ojos, Bergson no pudo contener una exclamación de asombro.

—¿Estás seguro de que somos los primeros en llegar a Venus?

Wen Zi alzó las cejas y le miró con ironía, pero no habló. Steve, en cambio, parecía exasperado.

—¡No digas tonterías, André! ¡Claro que somos los primeros!

—¡Entonces tiene que haber vida inteligente en Venus!

—¿A más de cuatrocientos grados centígrados? ¡Sería un milagro! ¿Por qué lo dices?

—Porque esa excavación parece artificial. Es demasiado recta. ¡Y fíjate en la pendiente! Parece cortada a escuadra.

Wen Zi no pudo contener una carcajada, mientras Steve se recobraba y sonreía.

—Ya comprendo. Veo que no has leído con atención los informes sobre Venus que nos repartió el servicio astronáutico.

André hizo un gesto mohíno, pero la curiosidad fue más fuerte que su orgullo y dijo, al ver que Steve no continuaba.

—¡Bueno, sigue! ¿No vas a explicármelo?

—Hace tiempo que conocemos estos canales. No son artificiales. Han sido abiertos por un río de lava. A esta temperatura, el magma tarda mucho en solidificarse y recorre grandes distancias, abriendo un cauce muy largo en la meseta. En un terreno de consistencia tan regular como este, el canal de erosión parece trazado a regla. Ya sabes que los ríos y los glaciares dejan valles parecidos a estos en la Tierra.

—Es cierto —murmuró André, bajando la cabeza—. Ahora me acuerdo de haberlo leído. No sé en qué estaba pensando.

Steve volvió de nuevo su atención al canal y estudió atentamente su profundidad y la pendiente y consistencia de las paredes rocosas.

—Creo que tenemos una posibilidad —dijo, dirigiéndose a Wen Zi—. No es tan empinado como parecía. Sigue, Wen.

El chino pulsó un botón, comprobó en los indicadores que su acción había tenido éxito, aferró los controles y puso de nuevo en marcha el vehículo. Varios metros más abajo, en la superficie, las patas articuladas habían sufrido un cambio: la parte final plana, que en condiciones normales servía de pie, se había plegado, desapareciendo en el interior de los tubos metálicos que hacían de piernas. En su lugar, habían surgido unas varillas rígidas, terminadas en punta agudísima, tan dura como el diamante, que iban a desempeñar el papel de los clavos que utilizan los escaladores al ascender por paredes casi verticales.

Al penetrar en el talud, el vehículo tembló perceptiblemente, pero los amortiguadores y los mecanismos de control automático actuaron de la forma adecuada y los ocupantes de la cabina apenas notaron el cambio de inclinación. Con muchas precauciones y enorme lentitud, descendieron, paso tras paso, hasta llegar al fondo del cauce. Cuando el vehículo recobró la posición normal, los tres exhalaban un suspiro de alivio, aunque todavía faltaba la segunda fase, tan peligrosa como la

primera: el ascenso.

Después de descansar unos minutos, cruzaron el canal, que medía unos quinientos metros, y abordaron la subida sin encontrar ninguna dificultad extraordinaria, por lo que, media hora después del comienzo de la operación, se hallaban de nuevo al nivel de la meseta de Lakshmi. El cruce había sido tan tranquilo que ninguno de los durmientes se había despertado. Sin embargo, antes de continuar, Steve decidió efectuar una salida para comprobar el estado de las patas del vehículo. Dejando al doctor Bergson en los controles, Wen y él se vistieron los trajes espaciales y salieron al exterior.

La revisión fue satisfactoria. Las extremidades ambulantes parecían haber resistido la tensión extraordinaria a la que habían estado sometidas. Ya se disponían a regresar, cuando Wen Zi llamó la atención del comandante hacia la parte superior del vehículo, donde una de las dos antenas parabólicas acababa de ponerse en movimiento.

Antes de que Steve reaccionara, el chino le hizo señas para que le siguiera y se dirigió a un punto algo alejado, a unos trescientos metros del aparato, donde una roca enorme se alzaba más de veinte metros por encima del nivel del suelo. Colocándose al otro lado de la roca, fuera del alcance de la vista de los ocupantes del vehículo, Wen Zi habló:

—Desde aquí no nos oirán por los circuitos de radio —dijo—. ¿Has visto lo que yo he visto?

—Claro. ¿Tienes idea de por qué se ha movido la antena?

—No había ninguna razón para que lo hiciera. Además, no apuntaba hacia el *Enterprise*.

—¿A dónde, entonces?

—No lo sé. Probablemente a un satélite de comunicaciones que alguien ha colocado en órbita alrededor de Venus sin nuestro conocimiento.

—¿Quieres decir que uno de los nuestros está enviando mensajes sin que yo lo sepa? —preguntó Steve, indignado—. ¡Eso sería una grave transgresión de las normas!

Wen Zi se limitó a mirarle, sin decir nada.

—¿De quién sospechas?

—De Alida, naturalmente. ¿De quién si no? Seguramente tiene medios de transmisión ocultos. Esa unidad de disco compacto de la que no se separa es sospechosa...

—Pero ¿por qué iba a hacerlo?

—Hace tiempo que te lo dije —repuso Wen Zi—. Estoy seguro de que es agente del gobierno.

—Enviada para vigilar... ¿a quién? ¿A uno de nosotros? Nos conocemos todos desde hace mucho tiempo...

La voz de Steve se fue apagando progresivamente, mientras su mente daba

vueltas a las ideas que Wen acababa de sugerirle. Entretanto, el chino le miraba en silencio, sin parpadear. Él ya había sacado sus propias conclusiones.

—Supón que uno de nosotros se haya metido en algún lío —dijo Steve, después de unos momentos—. Alguien sugirió la Mafia, o algo peor. Una sociedad terrorista podría tener motivos para sabotear nuestra expedición. Sería un éxito espectacular para ellos.

—Todo eso es evidente —repuso el chino—. ¿A dónde quieres ir a parar?

—Si tenemos un traidor a bordo, si es por eso por lo que el gobierno nos ha impuesto a Alida, él podría ser el autor de los mensajes...

Wen Zi movió la cabeza, con incredulidad.

—No lo creo. No se arriesgaría. Sus planes estarán perfectamente trazados desde el principio. En cambio, la agente tendría necesidad de comunicarse con sus jefes. Convéncete. Tiene que ser Alida.

—¿Quién podrá ser? —musitó Steve—. ¿André? ¿Joao? ¿O quizá tú? —añadió sonriendo.

—O tú —repuso Wen Zi, perfectamente serio.

Los dos astronautas regresaron al vehículo, donde no parecía haber cambiado nada. Alida y Joao seguían durmiendo, el doctor estaba sentado ante los mandos, mirando hacia la lejanía.

—¿Alguna novedad, André? —preguntó el comandante.

—Ninguna.

Steve miró a Wen Zi, que señaló significativamente el auricular que Alida llevaba en la oreja, incluso durante las horas de sueño, y que solo se quitaba cuando estaba de servicio.

Bergson cambió de puesto con Wen Zi y el vehículo se puso en marcha de nuevo, volviendo a la normalidad relativa de la meseta. Nada de particular ocurrió hasta varias horas más tarde, cuando Alida se encontraba ante los controles. Un grito repentino de la joven puso alerta a todos:

—¡Cuidado! ¡Nos estamos hundiendo!

DUNA

---

¡Ignacio! ¡Despierta, Ignacio!

Al volver en sí, Ferrán tardó algún tiempo en recuperar el dominio de la mente. La cabeza le dolía tanto que le parecía que le iba a estallar. Le costaba trabajo enfocar la vista. Los rostros de las personas que se inclinaban sobre él eran borrosos e irreconocibles. Sus voces parecían venir de muy lejos, a través de un espacio enorme en el que cada sonido retumbaba como el órgano de una catedral.

Por fin recordó lo que le había traído a esta situación y se preguntó si todavía estaría entre las garras de sus atacantes, pero al ver que los golpes no se repetían pensó que la paliza debía haber terminado. ¿Dónde estaba? Parecía un recinto cerrado, cuando el ataque había tenido lugar al aire libre. ¿Le habrían raptado? ¿Quiénes eran los que le rodeaban?

En esto, su sentido del oído pareció aclararse y comprendió lo que decían:

—¡Animo, Ignacio! ¿Cómo estás?

Estas palabras le resultaron tranquilizadoras. No parecían salir de los labios de enemigos mortales. Hizo un esfuerzo por controlar las pulsaciones de sus sienes y abrió los ojos de nuevo.

Ese rostro oriental le resultaba muy conocido. Aún tardó un instante en identificarlo, pero entonces sintió una mezcla de alivio e incredulidad.

—¡Nguyen! —exclamó—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—¡Tranquilízate! —repuso el director del periódico—. Todo va bien, pero te has librado de buena.

—¿Qué pasó?

—¿De qué te acuerdas? —indagó, prudente, Nguyen Tran Vahn, observándole con atención.

—De que me atacaron tres hombres. Me parece que hice una tontería.

—Desde luego. Te dije que estabas en peligro, pero no me hiciste el menor caso.

—No creí que recurrieran a métodos tan burdos.

—Tú también los empleaste.

—¡Por eso lo digo!

Nguyen sonrió. Evidentemente, la recuperación de Ferrán era muy rápida, si ya era capaz de reírse de sí mismo. En consecuencia, decidió decirle todo lo que quería saber.

—Afortunadamente para ti, tu jefe es más cauto que tú. Antes de darte permiso para continuar la investigación, procuré tomar medidas. ¿Ves a aquellos dos hombres? —dijo, señalando al otro extremo de la habitación, que era muy grande. Ferrán asintió—. Son tus guardaespaldas. Los contraté para evitar que te sucediera lo que ha estado a punto de sucederte. Esos hombres iban a por ti. Te habrían matado o, en el mejor caso, habrías desaparecido.

—Pero ellos eran tres, y estos son dos —protestó Ignacio—. ¿Cómo pudieron salvarme?

—Son expertos. Los que te atacaron eran vulgares matones. No tuvieron dificultad en librarte de ellos.

—Entonces, no estuvo muy bien organizado —murmuró Ferrán, que parecía un poco decepcionado.

—No, ha sido un trabajo de aficionados —rio Nguyen—. Pero la próxima vez no será igual.

—¿Crees que habrá una próxima?

El director le miró, arqueando las cejas.

—Sin duda, si no podemos evitarlo.

—¿A quién atribuyes esta intentona?

Nguyen metió la mano en el bolsillo y extrajo un papel sucio y arrugado.

—A uno de los hombres que te atacaron se le cayó esto cuando huía —explicó—. Tus guardaespaldas lo recogieron y me lo han traído. Mira.

Alisó el papel y lo colocó ante los ojos de Ferrán, que no se sorprendió al ver lo que contenía. Era un dibujo muy parecido al que Goldsmith le había enviado por fax: la marca de la Hermandad de la Rosa.

—¿Así que fueron los de la Hermandad? —murmuró, más para sí mismo que para Nguyen.

—O alguien que quiere que lo creamos —repuso este.

Ferrán se incorporó. Sus ojos brillaban con inteligencia.

—¿Quieres decir que supusieron que tú me pondrías guardaespaldas, y por eso contrataron a tres tipos sin importancia para que simularan el ataque, y les dieron ese papel para que lo dejaran caer a propósito, solo para engañarnos?

Nguyen Tran Vahn le miró con sorpresa.

—Veo que te has recuperado muy pronto. En efecto, es un plan demasiado rebuscado. No, no creo que sea eso lo que pasó, pero no podemos descartar ninguna

posibilidad, por absurda que parezca.

—Tienes razón. Por cierto, jefe, ¿dónde estamos? Esto no es tu despacho.

—¡Claro que no! —replicó, sonriendo—. No podía llevarte allí. Supongo que estoy vigilado, como sabemos que tú lo estás, y que *ellos*, quienesquiera que sean, saben ya dónde estamos. Pero no podía llevarte al periódico en camilla, asustando a todo el personal. Esto es, digamos, un lugar *conveniente*.

—¿No temes que nos ataquen aquí?

—No —replicó Nguyen, bruscamente serio—. No se atreverán —añadió, como tratando de convencerse a sí mismo, más que a Ferrán.

Después de tentarse cuidadosamente los miembros más doloridos, los brazos y la cabeza, Ignacio se convenció de que no tenía nada roto y se arriesgó a ponerse en pie, mientras el director le miraba con ojos críticos, sin hacer la menor indicación de ayudarle. Al principio notó un ligero mareo, pero pasó pronto, y pocos minutos después volvía a ser el que era, sintiéndose totalmente recuperado. Entonces volvió a sentarse en el sofá donde había vuelto en sí, se enfrentó con Nguyen y dijo:

—¿Y ahora qué?

—Eso mismo me pregunto yo. ¿Qué piensas hacer? ¿Has tenido bastante? ¿Quieres abandonar la investigación?

—¡Ahora menos que nunca! —replicó Ferrán, con énfasis—. Además, creo que estoy siguiendo una buena pista.

En respuesta a las preguntas de Nguyen, Ignacio le contó lo del artículo sobre la Hermandad de la Rosa, su llamada a Noemí Martínez, sus respuestas poco satisfactorias y las sospechas que su actitud había despertado en él.

—Yo creo que accedió a hablar conmigo porque creyó equivocadamente que iba a darle información, no a pedírsela. Pero lo curioso del caso es que, cuando se convenció de su error, vi aparecer en sus ojos algo que, si no era alivio, no sé qué otra cosa podría ser. Luego se me quitó de encima como pudo, sin decirme nada. Creo que la cosa está clara. Noemí sabe algo, quizá un poco más de lo que decía el artículo, pero no ha conseguido la información de forma ortodoxa, sino a través de un contacto. Lo que teme, es que la propia Hermandad, o alguien que está por encima de su contacto, se den cuenta de su existencia. Me parece que lamenta haber escrito ese artículo, pero quizá no tuvo más remedio. Puede que la forzaran a ello.

—¿Chantaje?

—Es posible.

—Entonces ¿qué propones?

—Seguir ese hilo hasta el final. Tengo que descubrir lo que sabe. ¿Me autorizas a ir a Madrid, para hablar con ella en persona?

—¿No se te ocurrirá utilizar otra vez métodos como los que empleaste con Markus M'nGwa?

Ferrán no pudo contener una carcajada.

—Nunca más, jefe. Ahora sé lo que se siente cuando uno se encuentra al otro

lado.

—¡Ah, has descubierto la regla de oro!

—¿Eh?

—*No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti.* Confucio, siglo VI antes de Jesucristo.

—Él también dijo algo parecido ¿no?

—¿Quién?

—Jesucristo.

—La versión positiva: *Haz a los demás lo que quieras que te hagan a ti.* Es mucho más exigente que la de Confucio.

—Me sonaba. Pero no me has contestado.

—¿Cuál era la pregunta?

—Si me autorizas a viajar a Madrid.

Nguyen meditó un momento antes de responder.

—Supongo que no tengo más remedio —dijo al fin—. Solo hace tres horas que te di mi aprobación para que continúes, no puedo echarme atrás tan pronto. Me tomarías por un veleta.

Ferrán sonrió.

—¡Vamos, jefe! Reconoce que en el fondo estás tan intrigado como yo. Una cosa más: no me obligarás a ir cargado con esos dos —señaló a los guardaespaldas, que estaban lo bastante lejos como para no oír la conversación—. Si me presentara con ellos ante Noemí, solo conseguiría asustarla. Además, el enemigo ya debe saber lo que ha pasado. La próxima vez, los tendrán en cuenta. Les desconcertaré más si no aparecen.

Nguyen movió la cabeza, inseguro.

—No me gusta. Me quedaría mucho más tranquilo si te los llevaras.

—No creerás que van a atentar contra mí durante el viaje.

—Tienes razón. No es probable.

—Y como no pienso utilizarlos en Madrid... ¿para qué gastar dinero en balde?

—Está bien. Haz lo que quieras. ¿Cuándo piensas salir?

—En el primer avión, si puedo.

—Entonces, buen viaje. ¡Cuídate!

—Ya te contaré.

A bordo del *Enterprise*, Vladislav Wurtemberg y Astolfo Onetti observaron con desconcierto la imagen de la pantalla de radar, se miraron el uno al otro, volvieron de nuevo los ojos a la pantalla. Vladis fue el primero en expresar en voz alta lo que ambos sentían:

—¡Se han parado otra vez! ¿Qué les pasa ahora?

—Supongo que llamarán para decírnoslo —respondió Astolfo, señalando hacia el



receptor de radio.

—Puede que estén demasiado ocupados para acordarse de nosotros. Venus está resultando más peligroso de lo que habíamos supuesto. Solo llevan ahí treinta y seis horas, y ya han tenido tres incidentes.

—Suponiendo que este lo sea. Aún no lo sabemos.

—El caso es que no se mueven. Y no me atrevo a llamarles. Si están en peligro, podría distraer su atención cuando más la necesiten.

Siguió media hora de tensa espera, durante la cual ninguno de los dos astronautas pudo permanecer quieto y tranquilo. Por fin, el puntito verde que señalaba la posición del vehículo de superficie comenzó a moverse lentamente. Vladis, que fue el primero en darse cuenta, contuvo el aliento hasta estar seguro, luego exhaló un suspiro de alivio. Inmediatamente, sin perder un instante, tomó el micrófono y pidió contacto por radio con sus compañeros.

—Aquí Vladis, desde el *Enterprise*, llamando a la superficie de Venus. Adelante, muchachos.

Tras un breve chisporroteo, una voz muy conocida le respondió:

—Aquí Wen Zi. ¿Qué tal, Vladis? ¿Alguna novedad?

—¡Vete al diablo! —exclamó, exasperado—. ¡Sois vosotros los que tenéis novedades! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué os habéis detenido?

—Tranquilo, Vladis. No ha pasado nada. Simplemente, nos quedamos atascados en una duna de arena. Nos ha costado bastante salir, pero lo hemos conseguido. Un despiste de Alida, eso es todo. No se dio cuenta hasta que estábamos hundidos hasta las rodillas. Las del vehículo, quiero decir, no las nuestras.

Incluso a través de la radio, se oyeron claramente las protestas de la joven. Vladis sonrió y elevó el volumen para que Astolfo pudiera oírlo también. Después de la incertidumbre que habían sufrido, la reacción les provocaba una euforia exagerada.

—Está bien muchachos —dijo Vladis—. Seguid en la misma dirección. Si todo va bien, dentro de tres o cuatro horas estaréis en el punto de destino.

COLETTE

---

Por fin habían llegado. Atrás quedaban los largos kilómetros de la meseta y el terreno montañoso, delante se abrían los abismos del cráter. De nuevo inmóvil, hasta el momento del regreso, el vehículo de superficie se parecía más que nunca a un enorme insecto, posado al borde de una pared rocosa.

Las últimas horas habían sido especialmente difíciles. El borde del cráter se pliega en mil desigualdades que se extienden, como las ondas en un estanque, alrededor de la hondonada central, internándose decenas de kilómetros en la meseta de Lakshmi. Solo un vehículo articulado podía avanzar por un terreno tan desigual, y aun con dificultades, debido a su precario estado. Mil veces Steve MacDunn estuvo a punto de arrojar la toalla y ordenar el regreso, pero mil veces salieron adelante y pudieron continuar la marcha. Ahora, por fin, en el límite de sus posibilidades, era imposible seguir. Pero poco más de dos kilómetros les separaban de la meta, y el objetivo podía considerarse cumplido: el punto que debían investigar estaba al alcance de un par de astronautas vestidos con trajes espaciales.

Los aparatos detectores de radiactividad situados a bordo del vehículo habían dado una alarma progresivamente más aguda y angustiosa a medida que se aproximaban al objetivo. Esta era la causa de su venida, descubrir el origen de las radiaciones. A la distancia a la que se encontraban, eso no era posible, por lo que tendrían que abandonar el vehículo y dirigirse a pie hasta el punto exacto, que parecía estar dentro del cráter o muy cerca del borde.

Dejando a bordo a Wen Zi, Joao Da Silva y André Bergson, Steve y Alida descendieron hasta la superficie y se alejaron lentamente por el terreno desigual. La joven, que había vencido sus primeros temores y se movía con naturalidad con el traje espacial, iba cargada con un detector Geiger, que les conduciría hasta el lugar que buscaban. Steve, por su parte, llevaba un generador de luz láser de alta potencia,

que podrían utilizar como herramienta en caso necesario, o quizá para abrirse paso, si el camino se ponía excesivamente difícil.

Semejantes a armaduras medievales, los trajes no les permitían avanzar con rapidez, por lo que aún tendrían que andar más de media hora. Al principio caminaron en silencio, pero apenas el primer risco rocoso les ocultó del vehículo, Steve comenzó a hablar. Hacía tiempo que deseaba tener una conversación a solas con Alida, y había aprovechado esta oportunidad para elegirla como compañera de exploración.

—Nadie puede oírnos desde aquí —explicó—. Las ondas de radio no atraviesan las rocas y nuestros transmisores no tienen alcance suficiente para ser detectados desde el *Enterprise*.

Alida le miró con sorpresa. En la escasa luz reinante en Venus, los visores de los trajes eran casi transparentes y permitían ver la expresión del astronauta que iba dentro. La de Steve era inescrutable, y la joven no contestó a sus palabras.

—Quería hablarte —dijo el comandante—, porque no me gusta cómo están las cosas. Hay demasiada hostilidad entre nosotros, y creo que la causa eres tú.

—¿Yo? ¿Qué he hecho?

—No es por lo que has hecho, sino por lo que eres.

—¿Por lo que soy? ¿Y qué soy? —preguntó, desafiante.

—¡Vamos, Alida! No es preciso que sigas fingiendo. Todos sabemos perfectamente que eres agente del gobierno, que envías mensajes secretos con ese aparato del que nunca te separas... Es mejor que lo reconozcas. Aliviaría considerablemente la situación.

—No veo por qué —repuso la joven, sin negar las acusaciones.

—Porque cuando varias personas se encuentran, como nosotros, encerrados y forzados a convivir en un espacio muy pequeño, lo peor que puede ocurrir es que unos desconfíen de los otros. Es evidente que perteneces al servicio secreto, que has sido enviada para vigilar a alguien. ¿A quién? Debes decírmelo. Tengo derecho a saberlo. Soy el jefe de la expedición.

—Tus propios jefes no te dieron esa información ¿verdad?

Steve se vio obligado a reconocerlo.

—Entonces no tienes derecho a pedírmela a mí —repuso Alida—. Y conste que no he aceptado nada de lo que has dicho.

—Cierto, pero ya no es necesario.

Entretanto habían llegado a un terreno mucho más escarpado, prácticamente inaccesible. Steve descolgó el generador láser, lo puso en marcha y utilizó el haz de energía para tallar pequeños escalones en la roca viva. El aparato funcionaba gracias a dos baterías recargables ultracondensadas de energía química, del último modelo, que le proporcionaban una autonomía de alrededor de media hora.

Terminado el ascenso, y apenas llegaron a un terreno más llano, Steve siguió hablando como si la conversación no se hubiera interrumpido.

—Tienes razón: Duplessy no me dijo nada. Se me ha mantenido tan en tinieblas como a los demás. Solo veo una explicación: yo también soy sospechoso. No sé de qué, es un poco molesto sentir que se desconfía de mí y no conocer la causa. Claro que tú no tienes porqué creerme. Si fuera culpable... de lo que sea, probablemente diría lo mismo.

Alida no contestó y Steve continuó:

—Después de todos estos días te habrás hecho una idea, habrás estrechado un poco más el campo de tus investigaciones. ¿Sigues sospechando de mí? ¿Puedes decírmelo, al menos?

La joven se volvió hacia él y le miró con sus hermosos ojos azules, inexpresivos. Le recordó la mirada de una araña acechando a su presa y pensó, no por primera vez, que no había en ella el menor asomo de piedad.

—No sé de qué estás hablando —replicó—. Y aunque lo supiera, y si fuera verdad lo que supones, pues no son más que suposiciones tuyas, tampoco podría decirte nada.

Steve se sintió exasperado, pero procuró contenerse. Sin embargo, quería darle una lección, o al menos un susto, y no pudo evitar la tentación de decirle:

—¿Sabes que has cometido una grave falta contra las ordenanzas al enviar mensajes sin mi permiso? Vuelvo a recordarte que el jefe de la expedición soy yo. Basta una palabra mía para que quedes arrestada durante el resto del viaje.

Una sonrisa sardónica jugueteó en los labios de Alida.

—Yo estoy por encima de esas normas —murmuró—. No puedes hacerme nada, a menos que quieras arriesgarte a perder tu puesto y tu carrera.

—¡Por fin lo reconoces! —exclamó Steve.

Pero ella no contestó. Se había detenido y señalaba hacia el detector que llevaba en la muñeca. La aguja del medidor se había movido considerablemente desde que salieron del vehículo, y ahora apuntaba casi hacia el máximo de la escala. Steve sintió una repentina angustia, antes de que su razón le asegurase que estaba a salvo, pues el traje espacial le protegía.

—Está detrás de ese risco —dijo—, suponiendo que sea visible.

Unos pocos pasos les permitieron cruzar el obstáculo. Al otro lado, el suelo era algo más llano, presagiando el final de la zona plegada y el principio del cráter. Y en el lado opuesto del risco, que hasta entonces había estado fuera de su vista, se abría la boca de una cueva. Unos pasos alrededor de ella les permitieron comprobar que la fuente de radiactividad estaba en el interior.

—Esto es muy extraño —dijo Steve, en voz baja, como si hubiera peligro de que alguien le oyera—. No creo que pueda ser artificial. Una cápsula automática no habría podido introducirse ahí. Y no puedo creer que nadie haya llegado a Venus antes que nosotros.

Una mirada a su compañera le hizo ver que Alida seguía tan imperturbable como siempre. Se preguntó si sabría algo del asunto, pero desechó la idea por improbable.

—Entremos —dijo.

Lentamente, con infinitas precauciones, penetraron en la cueva. El suelo era desigual, y la marcha difícil. A pocos metros de la entrada, la oscuridad era absoluta y las lámparas que llevaban en el casco eran impotentes para romperla. Pero no había duda de que se estaban aproximando al punto crítico, pues el contador Geiger había rebasado los límites. Steve se preguntó si los trajes serían capaces de apantallar una intensidad tan alta.

La cueva no era muy profunda. Una vez llegados al extremo opuesto sin hallar ningún objeto sospechoso, pudieron ver las paredes con cierta claridad. Su textura era extraña, parecían formadas por capas alternativas de minerales diferentes. Steve se aproximó, extendió la mano y arrancó un par de pedazos flojos, para analizarlos en el vehículo, aunque ya sabía lo que iba a encontrar.

Con un gesto de la mano, indicó a Alida que le siguiera y, lo más deprisa que pudo, salió de nuevo al exterior. Una vez a salvo de las radiaciones, se encaró con la muchacha y dijo:

—Ya sé lo que es. Un reactor nuclear natural, formado por una acumulación excesiva de mineral de uranio. En la Tierra también los hay, en el siglo pasado se descubrió uno en el Gabón. Es interesante saber que en Venus también existen, pero me parece que nuestros jefes se han pasado de listos al enviarnos aquí.

Dejó de hablar, porque vio que Alida no le prestaba atención. Una vez más, se preguntó si sentía interés por algo, excepto por la sexta sinfonía de Chaikovski. Quizá la explicación de sus raras reacciones era muy sencilla: no le importaba nada lo que estaba pasando, no la emocionaba participar en un descubrimiento histórico. Steve estaba lejos de creer que no tuviera sentimientos, pero casi había llegado a la conclusión de que aquella mujer era diferente de las demás, pues tenía un solo propósito en la vida y estaba dispuesta a conseguirlo costara lo que costase. Evidentemente, no la atraían el amor, la gloria y las demás metas que suelen afectar a la mayor parte de los mortales. Pero, en ese caso, ¿qué buscaba?

Antes de regresar al vehículo, Steve decidió acercarse hasta el borde del cráter, que no podía estar muy lejos, y desde donde la vista debía de ser excelente. Hizo una seña a Alida para que le siguiera y se dirigió en la dirección apropiada.

Después de cruzar dos riscos a través de un terreno escabroso, salpicado de pozos y fosas, que indicaban que el subsuelo estaba perforado por innumerables túneles, como una enorme e irregular colmena, se abrió ante sus ojos un paisaje mucho más impresionante que el del Gran Cañón del Colorado. El cráter Colette es inmenso, y su fondo se encuentra unos tres mil metros por debajo del nivel de la meseta. Las enormes escarpas que le bordean caen casi en picado, en descenso ininterrumpido, que recuerda el aspecto de las cumbres más altas del Himalaya. Aquí y allá, hasta donde alcanzaba la vista, leves plumas de vapor se elevaban hacia las alturas, delatando los puntos donde se escondía algún volcán activo, dispuesto a lanzar chorros de lava o rocas volantes en cualquier momento.

Deseando dominar la escena lo mejor posible, Steve se colocó en la mismísima cresta y trató de vislumbrar el lado opuesto, que se perdía entre brumas a muchos kilómetros de distancia hacia el suroeste. Luego se volvió y buscó hacia el nordeste, asomando apenas por encima del horizonte, la mole oscura del monte Maxwell, la cumbre más elevada de Venus, que se eleva más de once mil metros por encima de la altitud media del planeta. Hasta entonces no habían podido verlo, pues durante el viaje había permanecido siempre oculto entre la niebla. Por fin, antes de emprender el regreso, se volvió de nuevo para lanzar una última mirada hacia el espectáculo del cráter. Y en ese preciso momento recibió un fuerte golpe en la espalda, se sintió proyectado hacia adelante, extendió los brazos, tratando en vano de recuperar el equilibrio o de encontrar algún asidero, y se precipitó hacia el abismo.

MADRID

---

Sentado en una cafetería, en el paseo de la Castellana, la más importante zona peatonal de Madrid, Ignacio Ferrán tomaba un café con leche mientras esperaba a Noemí Martínez. Hacía solo una hora que había llegado a su hotel, y lo primero que hizo fue ponerse en contacto con ella a través de la consola de comunicaciones, y concertar una entrevista. En realidad, ella no quería, pero no le dejó alternativa. Lo había planeado todo cuidadosamente, y aunque muchas de las cosas que le dijo eran simple juego de farol, le había salido bien: Noemí mordió el anzuelo y aceptó verse con él.

Antes de partir, había ensayado lo que iba a decirle con ayuda de Nguyen Tran Vahn. De los diversos hilos de la investigación, Noemí era, evidentemente, el más débil. Por eso tenía que empezar por él. Ambos habían llegado a la conclusión de que la única forma de sacarle algo sería darle a entender que estaba enterado de todo, que en realidad no necesitaba información. Asustarla, en definitiva. Para ello, era preciso deshacer la sensación causada por la primera entrevista, en la que Ignacio no había desempeñado un buen papel.

La reconoció en seguida cuando llegó, pues ya la había visto dos veces en la consola. El exceso de maquillaje era más conspicuo en persona y le resultó ligeramente repulsivo. No se molestó en levantarse para recibirla, se limitó a alzar la mano y a señalar una silla. Noemí se sentó, algo cohibida, e hizo girar continuamente su pequeño bolso de mano, como si estuviera nerviosa. Ferrán se dio cuenta y decidió aprovechar la ventaja.

—Señorita Martínez —dijo, y la vio parpadear, al oír ese apelativo anticuado, que había usado a propósito para desconcertarla. Ferrán había investigado cuidadosamente los antecedentes privados de Noemí (la base de datos del periódico se los había proporcionado sin dificultad) y sabía que, a pesar de su edad, no había

estado casada, pero no por culpa suya. Ferrán suspiró, aunque solo para sus adentros. Estos métodos comenzaban a parecerle juego sucio. «Es curioso» pensó. «Hace un mes no me habría conmovido en absoluto. ¿Será que estoy empezando a tener conciencia?».

—Señorita Martínez —había dicho—. Creo que ya sabe para qué quiero verla.

—No estoy muy segura —replicó ella, sin dejar de mover el bolso. En ese momento, el camarero se aproximó, al ver que la mesa estaba ocupada por una nueva cliente. Noemí pidió un *whisky* con soda y Ferrán frunció el ceño. ¿Estaba tratando de exhibirse ante él, de parecer sofisticada? Vio que, aunque aparentemente contemplaba el edificio de enfrente, le estaba mirando por el rabillo del ojo, y comprendió que trataba de descubrir qué efecto le había causado. Decidió ir directo al grano, para no darle tiempo a recuperarse.

—¿Cuánto le pagaron por el artículo sobre la Hermandad de la Rosa? —preguntó bruscamente, y notó que el golpe había llegado a su objetivo, pues el color del rostro de Noemí bajó varios grados, a pesar del maquillaje. Sin embargo, con una risita despreocupada, ella trató de tomar la cosa a broma y de ocultar su turbación.

—Lo sabe usted muy bien, señor Ferrán —dijo, forzando una sonrisa—. Un par de miles de créditos. ¿No es eso lo que le pagan a usted por un artículo de esa longitud?

«¡*Touché!*» pensó Ignacio. «Ella también me ha investigado a mí. Yo le dije que era periodista, pero no mi categoría profesional ni mi nivel de sueldo. No va a ser fácil cogerla en falta».

—Sabe muy bien que no refiero a eso —replicó—, sino al otro pago, el que usted recibió directamente de la Hermandad.

Era una estocada al azar, pero hizo efecto. La sonrisa estereotipada desapareció de los labios de Noemí. Antes de contestarle, miró varias veces a su alrededor, como para asegurarse de que nadie les oía. Ferrán pensó que iba a confesar, por eso se quedó algo decepcionado cuando ella se limitó a decir:

—No sé por qué dice eso. ¿De dónde ha sacado que la Hermandad me ha pagado? Ferrán puso todas las cartas sobre la mesa.

—Muy sencillo —dijo—. En los dos últimos meses, usted ha gastado por encima de sus posibilidades. Sin embargo, sus cuentas bancarias están prácticamente a cero. La única explicación posible, es que ha recibido algo bajo cuerda, sin que figure en ninguna parte. Aquí tengo fotocopias de algunas facturas tuyas, muy recientes, todas ellas pagadas en efectivo. ¿Cómo las explica?

Antes de que Noemí pudiera responder, y sin darle tiempo a reponerse, Ferrán añadió:

—¡Vamos, señorita Martínez! No trate de ocultarlo, es inútil. Lo sé todo. Además, sería mejor que me lo contara. Usted corre peligro. La Hermandad es una mala amiga. No se fíe de ellos. Más pronto o más tarde, llegarán a la conclusión de que usted sabe demasiado y la quitarán de en medio.



¡Esta vez, sí! Había dado en el punto flaco de Noemí. Era evidente que ella había pensado lo mismo. Y entonces, comprendió. Esa mujer vivía aterrorizada desde que una infeliz casualidad la convirtió en portavoz de la Hermandad de la Rosa.

—Cuéntemelo todo —insistió.

Noemí bajó los ojos, posándolos con gesto de disgusto en la bebida que el camarero le había traído, como si le diera náuseas y apenas pudiera soportar su presencia. Luego los fijó en los de Ignacio, con una mirada tan desesperada, que este comprendió que estaba a punto de rendirse.

—¡Adelante! —dijo—. Le aseguro que todo lo que me diga quedará entre nosotros. Nadie lo utilizará en contra suya.

Por fin, habló. Lo que le contó fue la triste y sórdida historia de una mujer sola, que mendigaba la compañía de otros para vivir una vida superficial, sin sustancia, siempre en busca del placer momentáneo, sin medir los riesgos ni calcular los costes. Había probado casi todo, sin que nada llegara a satisfacerla. Últimamente había rozado el mundo de la droga, lo que redujo prácticamente a la nada sus escasos ahorros y amenazaba en cualquier momento con hacerle perder su trabajo y su única fuente de ingresos. Por eso, cuando aquel hombre se presentó en su casa, ofreciéndole unas ganancias fáciles por un trabajo trivial, rechazó los pocos escrúpulos que le quedaban y decidió colaborar en cuerpo y alma con aquella organización, cuyos objetivos ni siquiera conocía, pues no sabía nada más que lo que el hombre había querido contarle.

Cuando terminó, ninguno de los dos habló en un rato. Ferrán pensaba que, después de todo, no le había dicho mucho más de lo que ya sospechaba. Evidentemente, lo que escribió en el artículo venía a ser la suma de sus conocimientos sobre la Hermandad. Pero había otras posibilidades. Aquel hombre, por ejemplo, el contacto.

—¿Puede usted ponerse en comunicación con él cuando quiera? ¿O al menos hacerle saber que desea hablarle?

—Puedo dejarle un mensaje en cierto sitio, pero no garantizo que lo reciba en seguida. Una vez lo hice, y tardó más de una semana en contestar.

—Me gustaría ponerme al habla con él. ¿Puede usted concertarme una entrevista?

—¡No me atrevo! —exclamó la mujer, con los ojos desorbitados por el miedo.

—Usted puede decirle que desea hablar con él para contarle lo que acaba de pasar, que yo ando buscando información sobre ellos, que he querido sonsacarla. No es necesario que le diga que me ha contado nada. Así no creerán que los traiciona.

Un gesto de esperanza contrajo el rostro de Noemí.

—¿Usted cree que eso me serviría de algo?

—Sin duda. Se lo agradecerán. Hasta es posible que la paguen por ello.

—Pero usted ¿qué piensa hacer?

—Yo puedo vigilar su casa. Cuando ese hombre vaya a verla, lo seguiré y le abordaré. Usted no tendrá nada que ver en el asunto. No sabrán que me ha ayudado.

Y yo también le pagaré.

Noemí se lamió ligeramente los labios.

—¿Cuánto?

Ferrán la observó con curiosidad, preguntándose qué cantidad sería necesario ofrecer para vencer sus temores.

—Veinticinco mil créditos —dijo. Y al cabo de un momento añadió—: En efectivo, naturalmente.

—Está bien —dijo la mujer, con ojos brillantes por la avaricia—. Acepto el trato. Pero quiero que me pague ahora mismo, por anticipado.

—No lo llevo encima —protestó Ignacio—. Pero voy inmediatamente a conseguirlo y se lo llevaré a su casa dentro de una hora.

—Allí le espero. Ya sabe, no haré nada sin el dinero.

Una hora más tarde, ya de noche cerrada, después de una conversación con Nguyen que nadie que no estuviera al tanto del asunto habría podido entender, Ignacio Ferrán, con el dinero en el bolsillo, se aproximaba al lugar donde, según los datos que había obtenido en el periódico, vivía Noemí Martínez. La casa, situada en un barrio de clase media, no estaba mal. El descenso en la escala social de su ocupante debía haber ocurrido recientemente y sus efectos aún no se habían hecho demasiado visibles. Mientras entraba en el ascensor y pulsaba el botón del piso catorce, pensó que, a menos que se regenerase, Noemí no seguiría viviendo mucho tiempo en un apartamento así. Se preguntó si los créditos que iba a darle servirían para salvarla de su destino o la empujarían aún más bajo. «Después de todo» pensó «eso es asunto de ella, no mío». Pero no dejaba de estar preocupado. «En el fondo, todos somos un poco responsables de las vidas que llevan los demás».

La puerta del apartamento estaba entreabierta. «¡Qué raro!» pensó. «Una mujer tan asustada, que se ha metido en estos líos, ¿cómo puede cometer un error así?». Se preguntó si al separarse de él se habría metido en una taberna para buscar un valor artificial, si la encontraría borracha, lo que quizá le impediría cerrar el trato con ella inmediatamente.

Empujó la puerta y asomó la cabeza, pero no vio a nadie. Un poco más tranquilo, supuso que Noemí habría salido un momento y quizá había dejado la puerta abierta para que él pudiera entrar. Sin aguardar más, penetró en el interior y cerró la puerta tras de sí. El apartamento era pequeño, de la entrada se pasaba directamente a un salón-cuarto de estar, a un lado del cuál, protegida por mamparas, estaba la cocina. Al otro lado, una puerta conducía sin duda al dormitorio, en el que se abriría el cuarto de baño. Más por asegurarse de la ausencia de Noemí que por otro motivo, se asomó al dormitorio. Lo que vio, le dejó inmóvil, como si le hubiera alcanzado un rayo.

Noemí Martínez estaba allí. Estaba muerta. Al parecer, nada más separarse de él, había corrido a su casa y se había colgado por el cuello de un gancho clavado en una de las paredes de la habitación. A sus pies, un taburete caído mostraba el medio de que se había valido para realizar esa locura.

Esta era, sin duda, la explicación que todos darían del suceso. Las apariencias parecían abrumadoras, teniendo en cuenta sus antecedentes, la vida que llevaba. Sin embargo, Ferrán estaba seguro de que era falsa. Noemí no podía haberse suicidado. No había motivo, no estaba suficientemente desesperada. Y en ese instante, sintió que no estaba solo. Había alguien con él en el apartamento.

A la mañana siguiente, después de mil intentos infructuosos para ponerse en contacto con Ferrán, Nguyen Tran Vahn decidió dar la voz de alarma. Pocos minutos más tarde, los noticiarios del globo aireaban a todos los vientos la noticia:

Periodista del World Times desaparece en Madrid.

## DECISIÓN

---

La caída de Steve no fue larga. A unos seis metros por debajo del borde del cráter, un pretil rocoso, invisible desde arriba, sobresalía ligeramente y le detuvo. En el momento del choque, el astronauta se dio por perdido, temiendo que su traje espacial no resistiría el golpe y se abriría por algún sitio, exponiendo su cuerpo a la temperatura de horno y al aire corrosivo. Sin embargo, el traje aguantó y Steve quedó tendido en el pretil, a escasos centímetros del abismo, magullado, pero de momento a salvo.

Pero tan pronto como intentó incorporarse para mirar a su alrededor y calcular sus posibilidades de salir con vida, sintió un dolor intenso en el tobillo izquierdo y tuvo que permanecer tendido, inmóvil e inútil. Afortunadamente, se encontraba en posición supina y sus ojos miraban hacia arriba, por lo que pudo ver el rostro de Alida cuando se asomó para ver qué había sido de él.

—¡Alida! —gritó, aliviado, a través de la radio, rogando que no se hubiera estropeado—. Vuelve al vehículo a pedir ayuda. No puedo salir de aquí. Tengo el tobillo dislocado o roto.

—No te molestes en darme instrucciones, Steve —respondió Alida—. Se acabaron las órdenes. No pienso hacer lo que me dices.

La sorpresa le dejó sin habla. Entonces recordó el golpe que había sentido, la forma extraña en que se precipitó al abismo, y comprendió.

—¡Tú me empujaste!

Solo le respondió una breve carcajada.

—Pero ¿por qué? —exclamó, incrédulo.

—Te lo explicaré —contestó Alida—. Ya no tengo que guardar silencio, pues tú no saldrás jamás de ahí. Sería mejor para ti haberte estrellado contra el fondo, la muerte habría sido mucho más clemente. Ahora solo te queda esperar la asfixia, que

llegará dentro de un par de horas. A menos que quieras acelerarla, desgarrando el traje.

Steve ignoró estas palabras y siguió aguardando las explicaciones de la mujer.

—Hace mucho tiempo, habíamos decidido que esta expedición debía fracasar —continuó Alida—. Fue difícil conseguirlo, pero al fin logré infiltrarme en la organización adecuada y maniobré para que me enviaran a Venus, en lugar de Markus M'nGwa. A partir de ahí, todo fue fácil. En lugar de sospechar de mí, cuando descubristeis que yo era agente del gobierno comenzasteis a desconfiar unos de otros. Ahora, mi trabajo está hecho. Solo tengo que volver al vehículo y decir a esos tres que tú has sufrido un accidente. Los conozco bien, saldrán inmediatamente a prestarte auxilio. No te hagas ilusiones, no te encontrarán, ya tendré cuidado de enviarles en la dirección equivocada. Cuando vuelvan, tampoco encontrarán el vehículo. Yo estaré muy lejos, camino de la cápsula. No podrán alcanzarme, y sus trajes solo tienen aire para cuatro horas. Tú mismo me has dicho, hace un rato, que la radio del traje no tiene bastante potencia para llegar al *Enterprise*. Moriréis todos aquí, y yo seré la única superviviente. ¡Será un triunfo para nosotros!

—¿Por qué hablas en plural? —preguntó Steve, angustiado—. ¿A qué grupo, a qué organización perteneces?

—Eso no te importa —replicó Alida.

—¿No crees que los otros sospecharán si les dices que yo he sufrido un accidente y te quedas en el vehículo? ¿No sería lógico que les acompañaras hasta donde estoy?

—Les diré que estoy agotada, que me he hecho daño tratando de ayudarte, ¡cualquier cosa! Me creerán, no se les ocurrirá dudar de mí. Pero, si no fuera así, tengo otras posibilidades, no lo apuesto todo a una carta. ¿Te acuerdas de mi aparato portátil para discos compactos, lo único que me dejaste traer? Fui muy lista, tú mismo lo elegiste. Tiene muchas más posibilidades de las que crees. No solo me sirvió para enviar mensajes cifrados a la Tierra, como tú adivinaste, también es un arma poderosa. Si tus amigos me ponen dificultades, los mataré. No tendré problema, ellos están desarmados. Pero prefiero que mueran solos, es mucho más limpio.

—Todo esto es horrible, Alida. ¿Es que no tienes sentimientos? Has convivido muchos días con nosotros. ¿No significa nada? ¿No te importa la vida de los demás?

—No, no me importa, mientras pueda conseguir lo que busco. Pero ya he perdido bastante tiempo contigo. Adiós, Steve. Adiós, para siempre.

La cabeza de Alida desapareció, mientras Steve luchaba en vano por ponerse en pie. Desesperado, comprendiendo que sus compañeros estaban condenados a una muerte horrible, si no podía avisarles, trató de encontrar una solución. Pero Alida había dicho la verdad: la radio del traje no alcanzaba al *Enterprise*, mientras miles de toneladas de roca cortaban el paso de las ondas hacia el vehículo de superficie. A menos que pudiera salir de allí por sus propios medios, estaban todos perdidos.

Por primera vez desde su caída, miró a su alrededor y lo que vio le sorprendió profundamente. A un par de metros de donde él estaba, el pretil rocoso terminaba en

la entrada de una galería subterránea, que parecía hundirse profundamente en la pared del cráter. Alida no había podido verla, pues la escarpa se inclinaba hacia dentro en aquel lugar. Steve recordó los pozos y las perforaciones volcánicas que habían visto en la meseta mientras se aproximaban al abismo. De pronto sintió una gran esperanza y comenzó a arrastrarse hacia la boca del túnel, que tal vez le proporcionaría una manera de salir de allí, de interceptar a Alida, por improbable que esto fuese, teniendo en cuenta la ventaja que le llevaba y la inevitable lentitud de su marcha.

Ayudándose con los brazos y el pie sano, arrastrando el otro como un peso muerto, Steve llegó al lugar deseado y, tras vacilar un instante, penetró en el interior. A corta distancia la oscuridad se hacía absoluta, pero siguió adelante, confiando en que la galería no se estrechara hasta el punto de no dejarle pasar, temiendo que un desprendimiento le sepultase bajo ingentes masas de tierra. En realidad, no temía por sí mismo, pues desde que se precipitó en el vacío había aceptado su propia muerte, sino por los otros, a los que pretendía salvar, aunque fuese lo último que pudiera hacer en esta vida.

Después de recorrer algunos metros, notó que el túnel se bifurcaba, pero no sabiendo cuál de las dos direcciones seguir, y no teniendo tiempo para estudiarlo, tomó uno de los ramales al azar. Poco después observó que el suelo irregular, que se enganchaba continuamente en su pie inútil y le producía mil dolores, ya no era horizontal, sino que se inclinaba poco a poco, hasta alcanzar un ángulo de unos treinta grados. Por un lado, esto le hizo más difícil avanzar, pero por otro le dio la esperanza de haber acertado, aunque siempre quedaba la posibilidad de encontrarse en un callejón sin salida. Sin embargo, tras rebasar una desviación de la galería, vislumbró a lo lejos un pequeño punto de luz. Redoblando sus esfuerzos, siguió adelante a rastras hasta llegar a aquel punto que le atraía como un imán, y tuvo la alegría de comprobar que el orificio era lo suficientemente amplio como para permitir su paso.

Pocos instantes más tarde, estaba de nuevo en la penumbra eterna del día de Venus. Pero esto no era más que la primera parte del trabajo, aún quedaba mucho por hacer. Alida debía de estar muy lejos, cerca ya del vehículo, aunque Steve había perdido la noción del tiempo y no sabía cuánto le había costado recorrer la galería subterránea. Con un esfuerzo supremo, logró ponerse de rodillas sobre el miembro intacto, y apoyándose en las manos avanzó con algo más de rapidez, hasta llegar al primer risco que le separaba de la nave.

Lo que vio al mirar al otro lado, que formaba una especie de valle hasta el risco siguiente, le hizo aplastarse contra el suelo, temeroso de ser visto. Alida estaba allí, reconoció su traje espacial por ciertas marcas que lo diferenciaban. Estaba seguro de que, si ella se daba cuenta de que había logrado salir del abismo, no viviría más que unos segundos. Le había dicho demasiadas cosas para arriesgarse a dejarle vivo. Pero ¿qué hacía allí? ¿Por qué no había aprovechado el tiempo? ¿Habría cambiado de opinión? ¿Volvía en su busca para ayudarle?

No le duró mucho la esperanza de que así fuese. Al parecer, Alida se había desviado para echar otra ojeada al reactor nuclear natural. Después de todo, y a pesar de las apariencias, ese fenómeno asombroso debía haberle causado una profunda impresión, una gran curiosidad. Aunque esa mujer era capaz de ocultar muy bien sus sentimientos, aunque se avergonzara de ellos, aún debía tener alguno.

Steve comprendió que solo le quedaban unos instantes para tomar una decisión terrible. Alida había emprendido de nuevo el camino del vehículo, le daba la espalda y se alejaba de él a grandes zancadas. En sus condiciones, era totalmente imposible que la alcanzara, mucho más que pudiera anticiparse a ella. Si la dejaba volver al vehículo antes que él, los otros no tendrían oportunidad de sobrevivir, pues ella los mataría en cuanto descubrieran la menor señal de que Steve estaba vivo. No. Era ahora, o nunca. Era la vida de ella, o la de Wen Zi, André Bergson y Joao Da Silva. También estaba en juego la suya, pero eso ni siquiera se le ocurrió.

La lucha fue tremenda, pero de corta duración. En el fondo, Steve estaba seguro de cuál era su deber. Con muchas precauciones, descolgó de su espalda el generador de rayos láser que, a pesar de todas sus vicisitudes, permanecía fijo en ella. Con el temor de que hubiera dejado de funcionar, apoyó de nuevo en tierra la rodilla sana y se incorporó, con el aparato entre las manos, ajustando los controles para la máxima energía. Al otro lado del valle, Alida ascendía el risco, estaba a punto de coronarlo. Steve apuntó cuidadosamente, cerró los ojos y pulsó el interruptor. Contagiado por el chorro de energía radiante, el aire alrededor de la luz láser se ionizó, haciéndose débilmente irisado. A la velocidad de la luz, el rayo atravesó en una fracción de segundo la distancia que separaba el generador del objetivo. Un punto del traje espacial de Alida se calentó a una temperatura elevadísima, se puso bruscamente al rojo blanco. El material se volatilizó instantáneamente, y un pequeño orificio puso en contacto el ambiente interno, hasta entonces cuidadosamente controlado, con los cuatrocientos sesenta grados centígrados de la superficie de Venus. A través de ese punto flaco, las noventa atmósferas del aire se precipitaron hacia el interior del traje, rasgándolo y aumentando la grieta en un abrir y cerrar de ojos.

Seguramente Alida no se dio cuenta de la muerte que avanzaba hacia ella, convirtiendo en un momento su triunfo en fracaso. No hubo tiempo material para que un solo pensamiento cruzara por su mente, antes de que su cerebro quedara aplastado, su cuerpo apisonado por la enorme presión del aire. Sin exhalar un grito, cayó a tierra sin vida. Y al otro lado de la hondonada, mientras el generador láser chisporroteaba ligeramente y se apagaba, agotada su fuerza o estropeado por fin sin esperanza de arreglo, Steve caía también desmayado, sin saber si su último y desesperado intento de salvar a sus compañeros había tenido éxito.

## CONSEJO DE GUERRA

---

¡Póngase en pie el acusado!

Mientras los miembros del consejo desfilaban lentamente y ocupaban sus asientos, Steve miraba al frente, sin ver lo que tenía delante. Su mente estaba muy lejos, en Venus, recordando... Cómo Wen Zi y Joao Da Silva, preocupados por su tardanza y porque el suministro de aire de los trajes espaciales estaba próximo a agotarse, salieron en su busca. Cómo encontraron el cadáver de Alida y, un poco más allá, su propio cuerpo inanimado. Al principio le creyeron muerto, pero entre los dos le llevaron al vehículo, donde André Bergson logró reanimarle. Recordó cómo Alida Hlasek se convirtió en el primer ser humano que recibía sepultura en el planeta Venus. Cómo emprendieron el viaje de regreso, en el que encontraron las mismas dificultades que en el de ida. Cómo abandonaron Venus en la cápsula espacial, en un rápido ascenso hacia el *Enterprise*. Recordó los largos días del viaje de regreso, que empleó en anotar en el cuaderno de bitácora electrónico un informe completo de lo que había ocurrido, sin ocultar el más mínimo detalle. Cómo, al llegar a la Tierra, en lugar de la gloria y los periodistas, le esperaba un oficial del ejército, acompañado por un pelotón de soldados, para ponerle bajo arresto hasta que se reuniera el consejo de guerra que había de juzgar su actuación. Ese consejo que estaba ahora desfilando ante sus ojos que miraban sin ver, porque su mente estaba muy lejos, recordando...

Cuando supieron lo que le había ocurrido, sus amigos del Servicio Astronáutico hicieron lo posible por ayudarle, pero todo fue en vano. Uno de ellos se lo explicó, después de entrevistarse con el presidente de la Agencia Mundial del Espacio:

—Duplessy parece sordo, ciego y mudo. No atiende a razones. Yo creo que no es dueño de sus propios actos. Tiene que haber alguien detrás de él, que le controla y le obliga a seguir adelante con este ridículo consejo de guerra. ¿Tienes algún enemigo en la administración central?



—No, pero no me resulta difícil deducir quién es. Alguien muy alto movió los manejos e intrigas que eliminaron a Markus M'nGwa de mi tripulación y lo sustituyeron por Alida Hlasek. Ese alguien cometió un fallo tremendo, colocó como agente del gobierno precisamente al terrorista cuya acción se trataba de evitar. Ahora trata de cubrirlo acusándome a mí. Es inútil que te esfuerces, no conseguirás nada. El consejo de guerra se celebrará.

—Pero ¿quién es esa persona? ¿Tienes alguna idea?

—Sí, la tengo. Lo vi una vez, tres días antes de la partida hacia Venus. Se llama Satya Vamana.

—Jamás he oído ese nombre.

—Yo tampoco, hasta aquel día. Pero Duplessy actuó como una marioneta dirigida por él. ¿No es esa la sensación que te ha dado?

—Exactamente. Si quieres, trataré de investigar a ese Vamana. Podría serte útil.

—Te lo agradezco. Si descubres algo, comunícaselo a mi defensor.

Pero su amigo no había descubierto nada, por lo que llegó a preguntarse si el tal Vamana no sería un mito, ideado por la febril imaginación de Steve para justificarse ante sí mismo y ante los demás. Y ahora, un mes después del regreso, el consejo de guerra estaba a punto de comenzar.

—Steve MacDunn —leyó el relator, con voz lenta y clara, mientras el acusado, vuelto de pronto al presente, escuchaba con atención—: Se le acusa del asesinato de Alida Hlasek, miembro de la tripulación de la nave *Enterprise*, que usted mandaba, y agente de seguridad del gobierno de la Tierra, durante la primera exploración del planeta Venus. Se le acusa también de conspiración para poner en peligro el éxito de la expedición. ¿Se declara usted culpable o inocente?

La voz de Steve, al responder a la acusación, fue clara y terminante:

—¡Inocente!

El acusador comenzó haciendo un resumen, parcial y tergiversado, de los hechos. Su estrategia era sencilla: se trataba de demostrar que Steve MacDunn, a pesar de su impecable hoja de servicios y de sus importantes contribuciones a la exploración espacial, se había visto mezclado, durante sus breves estancias en la Tierra, en una organización terrorista, desconocida para casi todos los asistentes, que respondía al nombre de *la Hermandad de la Rosa*. Hasta ahora, dicha organización, que había sido creada varios años antes, no había realizado ningún acto de importancia, por lo que sus jefes, entre los que supuestamente se contaba Steve, habían planeado realizar una demostración espectacular, provocando el fracaso de la expedición a Venus.

Pero el servicio secreto del gobierno de la Tierra había obtenido información y actuó en consecuencia. Como no se sabía cuál de los miembros de la tripulación pertenecía a la organización terrorista, se decidió enviar una agente del gobierno, Alida Hlasek, encargada de vigilar a sus compañeros para descubrir al culpable. Lamentablemente, los astronautas sospecharon la verdadera misión de Alida y el acusado se abstuvo prudentemente de actuar. Sin embargo, temiendo que ella le

descubriera, y aprovechando su carácter de jefe de la expedición para encontrarse a solas con ella, la asesinó y fingió un desmayo como coartada, acusando después a su víctima del mismo crimen que él había tenido la intención de cometer.

El acusador estaba dispuesto a demostrar estos cargos con ayuda de los testigos, a los que procedió a llamar. En primer lugar, hizo subir al estrado a uno de los miembros de la expedición.

—¿Jura usted, sobre los escritos sagrados del Budismo, decir toda la verdad en su declaración?

—Lo juro.

—Diga su nombre y profesión.

—Wen Zi Lu, astronauta, experto en comunicaciones.

—¿Participó usted en la expedición a Venus?

—Sí.

—¿Sospechó usted que la difunta Alida Hlassek era agente del gobierno mundial?

—Sí.

—¿Por qué?

—Descubrí que utilizaba los mecanismos de comunicaciones del vehículo de superficie para enviar mensajes cifrados a la Tierra.

—¿Cómo sabe que estaban cifrados?

—Porque intercepté uno, pero no conseguí descifrarlo.

—¿Comunicó a alguien sus sospechas?

—A Steve MacDunn, jefe de la expedición.

—Es todo, puede retirarse.

Wen Zi trató de protestar, de añadir algunas palabras en favor de Steve, pero no se lo permitieron y tuvo que dejar el estrado. Las declaraciones de los testigos de la acusación se sucedieron, una tras otra.

—Diga su nombre y profesión.

—Yves Duplessy, presidente de la Agencia Mundial del Espacio.

—¿Conoce al acusado?

—Sí.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Tres días antes de la partida de la expedición a Venus. Le entregué un sobre lacrado con las instrucciones para el viaje, y le comuniqué que Alida Hlassek sustituiría a Markus M'nGwa como miembro de la tripulación.

—¿Fue usted mismo quien tomó esta decisión?

—No. Obedecía órdenes.

—¿De quién?

—De un alto cargo de la Agencia Mundial de Información.

—¿Cómo recibió la noticia el acusado?

—Bastante mal. Presentó una protesta verbal, que fue denegada.

—¿Es verdad que amenazó con dimitir?

—Sí. Su dimisión tampoco fue aceptada.

—Es todo, gracias.

Duplessy se levantó, miró hacia donde estaba el acusado, vaciló un momento, bajó la cabeza y murmuró, mientras se retiraba:

—Lo siento, Steve.

Terminado el desfile de los testigos, el acusador hizo un resumen de los hechos desde su punto de vista, repitiendo las conclusiones que había propuesto, que consideraba probadas. Inmediatamente, el turno de palabra pasó a Muhammad Ibn Abdul, defensor de Steve y capitán del ejército mundial.

—Demostraremos —dijo, al comienzo de su intervención— que los argumentos presentados por el señor acusador son falaces. Que no se apoyan en hechos, sino en fantasías, astutamente acumuladas para perjudicar a Steve MacDunn. Demostraremos que Alida Hlassek, aunque era agente del gobierno, tenía como objetivo provocar el fracaso de la expedición a Venus, que su actuación iba encaminada a favorecer una conspiración para derribar el gobierno mundial y desterrar la democracia de la faz de la Tierra.

Se oyeron murmullos entre los asistentes al acto, mientras los miembros del consejo dejaban traslucir su incredulidad. Sin embargo, el defensor no se dejó amilanar y continuó hablando:

—Llamo a declarar a Yves Duplessy, presidente de la Agencia Mundial del Espacio.

—Señor Duplessy —dijo el capitán Ibn Abdul—: En su declaración, usted mencionó que recibió órdenes de un alto cargo de la Agencia Mundial de Información. ¿A quién se refería?

—No estoy autorizado a decir su nombre.

Sorprendido por la respuesta, el presidente del tribunal intervino en el interrogatorio.

—Señor Duplessy, le recuerdo que estamos en un consejo de guerra, que se está juzgando a un hombre, acusado de la comisión de unos delitos muy graves. Medite si tiene usted derecho a ocultar información, cuando este tribunal se la pide.

Pero antes de que Duplessy pudiera contestar, Ibn Abdul se le adelantó.

—Señor presidente, no es necesario que el testigo responda a esta pregunta, porque ya sabemos la respuesta.

El presidente arqueó las cejas y se limitó a decir:

—Continúe.

El defensor volvió de nuevo su atención al testigo.

—Señor Duplessy, ¿es o no cierto que un hombre llamado Satya Vamana participó en la entrevista con el comandante MacDunn, a la que usted ha hecho referencia?

Duplessy miró a su alrededor, como si buscara la autorización de alguno de los presentes para responder a la pregunta. Por fin, viendo que el presidente del consejo

estaba a punto de intervenir de nuevo, contestó a regañadientes:

—Sí.

—Afirmo que este Satya Vamana es el hombre al que usted se refería y cuyo nombre no ha querido dar al tribunal. ¿Es verdad o no?

—Es verdad —murmuró el presidente de la Agencia Mundial del Espacio, rindiéndose a lo inevitable.

—Muchas gracias, señor Duplessy. Puede volver a su sitio.

Mientras el testigo se retiraba, Muhammad Ibn Abdul dijo, dirigiéndose a los miembros del consejo de guerra y dando la espalda al público y al acusador:

—¿Quién es este Satya Vamana, que se permite dar órdenes al presidente de la Agencia Mundial del Espacio? ¿Es acaso un miembro importante del gobierno? ¿Un ministro? ¿Un secretario de estado? ¡No, señores! Es un hombre desconocido, que dirige los hilos del servicio secreto oficial. Su nombre hace temblar a los ocupantes de cargos más altos que el suyo, porque sabe demasiadas cosas de ellos. Señores miembros del consejo, recuerden el nombre de Satya Vamana, porque vamos a hablar de él durante el resto de mi defensa.

El capitán se interrumpió, giró la vista hacia el público y exclamó:

—Llamo a declarar a Ignacio Ferrán, periodista del World Times.

## DESENLACE

---

Cuando Ignacio Ferrán, que había permanecido de incógnito entre los asistentes, se levantó y avanzó hacia el estrado de los testigos, se alzaron murmullos en la sala, más fuertes y duraderos que en ningún otro momento. Incluso los miembros del consejo de guerra le miraban con asombro, pues, aunque ya era algo vieja, todos los presentes conocían la noticia de su desaparición.

—¿Jura usted decir la verdad en su declaración?

—Lo juro.

—Diga su nombre y profesión.

—Ignacio Ferrán, periodista.

—Un momento —intervino el presidente, cuando el defensor se disponía a comenzar el interrogatorio—. ¿Es usted el mismo Ferrán que hace dos meses desapareció en Madrid?

—El mismo, señor presidente.

—¿Cómo es que ahora se encuentra aquí?

—Es muy largo de contar. Digamos que decidí desaparecer durante algún tiempo, porque llevaba entre manos una investigación muy delicada y mi vida corría riesgos inminentes.

—Esa investigación que menciona ¿tenía algo que ver con este caso?

—En efecto, señor presidente.

—Entonces, le dejo a su testigo. Adelante.

Muhammad Ibn Abdul avanzó hasta colocarse delante de Ignacio y preguntó:

—Esa investigación ¿tenía algo que ver con un hombre llamado Satya Vamana?

—En efecto —respondió Ferrán.

—¿Tenía algo que ver con una organización llamada *Hermandad de la Rosa*?

—Así es.

—¿Quiere usted explicarle al consejo lo que ha descubierto sobre la organización en cuestión?

—Que no existe.

—¡Silencio en la sala! —gritó el ordenanza, mientras el caos reinaba por doquier y el presidente tocaba inútilmente la campanilla. Cuando por fin se hizo el silencio, el presidente se dirigió de nuevo al testigo.

—¿Tiene usted pruebas de lo que dice?

—Las tengo, señor presidente. Las presentaré dentro de unos momentos.

—Explíquese, señor Ferrán —pidió el defensor.

—Es muy sencillo. La organización terrorista que se ha mencionado es un invento de Satya Vamana. Pero le resultó muy útil para convencer a Yves Duplessy de que obedeciera sus instrucciones, y la estaba utilizando para amedrentar al gobierno mundial y doblegarle a sus exigencias.

—¿Cuál era su objetivo?

—Derribar a ese gobierno, tan pronto hubiera conseguido hacerse con todas las riendas del poder efectivo, y establecer una dictadura personal, apoyándose en una red de inteligencia paralela que había ido tejiendo a lo largo de los diez últimos años.

—Todo esto ¿qué tiene que ver con este caso?

—Vamana había logrado colocar a una de sus agentes, Alida Hlassek, en la nave espacial *Enterprise* y en la expedición a Venus, con la intención de boicotearla y aumentar de esa manera el temor del gobierno mundial hacia la organización fantasma, *la Hermandad de la Rosa*, lo que le ayudaría a convencer al presidente de la necesidad de suspender las garantías constitucionales. Era el primer paso para la toma del poder. Pero el plan salió mal, porque Alida Hlassek fue interceptada por el comandante MacDunn. El fracaso deshizo la estrategia de Vamana. Es un hombre muy vengativo, y aunque no podía servirle de nada directamente, descargó el peso de su ira sobre el acusado, procurando que lo condenaran en consejo de guerra. Sin duda, la información que ha conseguido el señor acusador sobre la Hermandad de la Rosa le ha sido proporcionada por los agentes de Vamana.

Todas las miradas se dirigieron al aludido, que permanecía con los ojos fijos en los papeles que tenía delante, sin dar señal de oír las palabras de Ferrán. Después de un momento, el defensor preguntó:

—¿Cómo ha podido usted descubrirlo?

—Llevo cuatro meses investigando el asunto —respondió el testigo—. Yo fui el que consiguió la primicia de la sustitución de Markus M'nGwa por Alida Hlassek en la tripulación del *Enterprise*. La cosa me pareció rara, entrevisté al propio Markus y al presidente de la Agencia Mundial del Espacio y establecí la relación de Satya Vamana con el asunto. Al no encontrar información sobre este hombre, consulté a un gran periodista, Frank Goldsmith, quien me puso tras la pista de la Hermandad de la Rosa. Entonces descubrí que esta organización era tan desconocida como Vamana, excepto por un único artículo que la mencionaba, escrito por una periodista española,

Noemí Martínez, quien me confesó que alguien la había pagado para que lo escribiese. Noemí Martínez fue asesinada por orden de Satya Vamana, pocos minutos después de hablar conmigo.

—Está usted haciendo acusaciones muy graves —interrumpió de nuevo el presidente—. Espero que tenga pruebas de todo lo que ha dicho.

—Ya llegamos a eso, señor presidente.

Ferrán hizo un gesto con la mano y en un extremo de la sala se iluminó una pantalla gigante, apareciendo la imagen estática de cuerpo entero de un hombre.

—En esta fotografía —continuó el periodista— pueden ver a Izark Zubrov, miembro de la Agencia Mundial de Información, asesino de Noemí Martínez. Ya comprendo que las fotografías no sirven como pruebas, son demasiado fáciles de falsificar. Sin embargo, quien tenga curiosidad puede comprobar que la puerta que enmarca a este hombre es la entrada de la casa donde vivía esa desgraciada.

Un nuevo gesto de Ferrán, y la imagen desapareció.

—La grabación que van ustedes a ver dentro de unos momentos estaba codificada. Un amigo mío, uno de los mayores expertos mundiales en criptografía, ha estado tratando de descifrarla durante los dos meses y medio que he permanecido escondido. Hace tres días, por fin, lo consiguió, pudimos verla por primera vez, y comprendimos su importancia, pues con ella teníamos lo necesario para demostrar la inocencia de Steve MacDunn y desenmascarar a Vamana. La autenticidad de la grabación puede comprobarse: dispongo de las coordenadas, fecha y hora exacta de la conversación interceptada. De acuerdo con la ley de seguridad de las comunicaciones, el original debe estar aún en la memoria de los ordenadores del sistema mundial de transmisiones privadas. Sugiero a este consejo de guerra que eleve al gobierno una solicitud para obtener una copia certificada que, una vez decodificada, podrá compararse con la mía.

Alzó de nuevo la mano, y en la pantalla apareció el rostro de un hombre de rasgos orientales, que se disponía a entablar una conversación con un interlocutor invisible. A un gesto de Ferrán, la imagen quedó fija mientras explicaba:

—Aquí tienen a Satya Vamana, el hombre más temido del mundo. Cuando obtuve esta grabación, guardé las dos imágenes, la de Vamana y la de Zubrov, pero ustedes solo van a ver una de ellas. Sin embargo, oirán los dos canales auditivos, y así podrán escuchar la conversación completa.

Un nuevo gesto puso en marcha la grabación. Vamana fue el primero en hablar:

—¡Bueno! ¿Qué ha pasado?

—De acuerdo con sus instrucciones, he eliminado al objetivo, pero la segunda parte del plan no ha tenido éxito. El otro parece haberse oído algo y ha escapado sin dejar las huellas que preveíamos.

El rostro de la pantalla, ampliado más allá del tamaño natural, adoptó una expresión de odio y despecho indescriptible.

—¡Son ustedes una caterva de estúpidos e inútiles! ¿Es que voy a tener yo que

tomar personalmente entre manos a ese hombre? Localícelo inmediatamente y, si es necesario, líquídalo como a la otra. En cualquier momento espero noticias de Venus y no quiero que ese tipo ande suelto cuando vaya a entrevistarme con el presidente. Ese periodista es una piedrecita minúscula y sin importancia que se ha introducido entre los dientes de mis engranajes, pero a pesar de su pequeñez puede hacer mucho daño. Cuando yo tome el control, habrá oposición, y no puedo permitir que tengan argumentos en que apoyarse. Esa piedra debe ser destruida sin más tardanza. Ocúpese de ello inmediatamente.

—Sí, señor.

—Avíseme en cuanto haya novedades. Ya conoce mi número secreto. Actuaré en cuanto reciba las dos noticias, la de Venus y la de usted. Si todo va bien, dentro de tres días el gobierno de la Tierra será una marioneta en nuestras manos.

—Muy bien, señor. Le avisaré en cuanto haya eliminado a Ferrán.

—¡Nada de nombres, por favor!

La pantalla se oscureció bruscamente. La grabación había terminado.

Durante unos momentos, se hizo el silencio. Luego, el presidente del consejo de guerra carraspeó, y dijo:

—Señor Ferrán, comprendo la importancia de su grabación, aunque no deseo saber la forma en que la ha conseguido. Sin embargo, hay una cosa que me preocupa: si aceptamos este tipo de pruebas en un consejo de guerra, estamos estableciendo un precedente. Hasta ahora, nunca se habían admitido.

—Señor presidente —respondió el testigo—: creo que la decisión ha salido de sus manos. Cargos más altos que ustedes han aceptado ya la prueba. Ayer por la tarde, Nguyen Tran Vahn, director del World Times, presentó la grabación al presidente del gobierno mundial. Esta mañana, el director de la Agencia Mundial de Información ha sido destituido. Satya Vamana ha sido detenido. En cuanto a la red paralela que construyó, aún se tardará algún tiempo en desmantelarla, pero está descabezada, ya no es un peligro. La noticia se está haciendo pública en este momento a través del noticiero electrónico del World Times.

Una babel de murmullos, gritos y comentarios se desencadenó en la sala. Los ordenanzas se desgañitaron. El presidente agitó un par de veces la campanilla, pero ni siquiera él pudo oírla. Miró a sus compañeros y vio que también estaban hablando a voz en grito. Entonces se encogió de hombros, soltó la campanilla y se dispuso a esperar el silencio, que tardó mucho en restablecerse.



## EXPLICACIÓN

---

Estaban todos: Steve MacDunn, Ignacio Ferrán, Nguyen Tran Vahn, Wen Zi, Joao Da Silva, Astolfo Onetti, Markus M'nGwa. Solo faltaban André Bergson y Vladislav Wurtemberg, que estaban en el espacio, en una misión de rutina a la Luna. Habían pasado tres días desde el inesperado final del consejo de guerra, cuyos miembros no tuvieron otra alternativa, después de la declaración de Ferrán, que aceptar la inocencia de Steve, reconociendo que su actuación, al provocar la muerte de Alida Hlasek, estuvo justificada por la legítima defensa de su propia vida y la de sus compañeros. Al día siguiente, la prensa preparó a los astronautas un recibimiento tardío para celebrar el feliz éxito de la expedición y la conquista por el hombre de un nuevo planeta, el tercero del sistema solar. Pero la conferencia de prensa no obtuvo la difusión que merecía, ahogada entre los continuos boletines que iban haciendo públicos los manejos de Satya Vamana, a medida que se iban descubriendo. Porque, después de su caída, sus hombres se dispersaban como hormigas cuyo hormiguero ha sido desenterrado, y muchos confesaron sus culpas con la esperanza de obtener una remisión del castigo, acumulándolas sobre su jefe, cuyas espaldas, aunque anchas, no parecían tener la fuerza suficiente para resistir acusaciones tan graves.

Ignacio Ferrán había estado también a plena luz de los focos. Acostumbrado al trabajo oscuro y entre bastidores del profesional que entrevista al personaje famoso, se sentía cohibido al verse obligado a desempeñar el papel principal de la obra. La forma hábil y astuta en que había conseguido desenmascarar al temido e ignorado Vamana, le había puesto de pronto en primer plano.

—No te preocupes —le dijo Nguyen—. El interés del público es fugaz. Dentro de dos o tres días, nadie se acordará de que existes.

—¡Hombre! ¡Tampoco es eso! —protestó.

La reunión había sido organizada por Nguyen Tran Vahn. Los astronautas,

especialmente Steve, no acababan de entender los sucesos que habían llevado a la espectacular declaración de Ignacio Ferrán. Poco a poco, se habían ido enterando de lo que había sucedido en la Tierra durante su arriesgado viaje. Pero faltaban algunos detalles clave que solo Ignacio podía explicar.

Sentados cómodamente en los divanes del despacho de Nguyen, comenzaron a conversar de pequeñas cosas sin importancia o de los grandes temas de sus experiencias respectivas. Sin embargo, cuando Steve hizo a Ignacio la pregunta clave, todos enmudecieron, dispuestos a escuchar su respuesta con la mayor atención posible.

—¿Cómo pudo usted, señor Ferrán, obtener esa grabación? Creo que todos nos lo estamos preguntando.

—¡Por favor, Steve! —protestó el periodista—: ¡Nada de señor Ferrán! Después de lo que ha pasado, creo que tengo derecho a llamarte por tu nombre de pila, y espero que tú hagas lo mismo.

—Como quieras, Ignacio —repuso el astronauta—. ¿Cómo obtuviste la grabación? Entre todos los miles de conversaciones que se cruzan ¿cómo pudiste detectar e interceptar la única importante?

Ferrán se colocó con más comodidad sobre el sofá, disponiéndose para una larga explicación.

—Cuando fui a casa de Noemí y la descubrí muerta en su dormitorio, como si se hubiera suicidado, un sexto sentido me avisó de que había alguien, además de mí mismo, en el apartamento. El que se escondía, supongo que en el cuarto de baño, tenía que ser el asesino. Pero ¿acaso yo había llegado unos segundos después del asesinato, sorprendiéndole, por decirlo así, con las manos en la masa, o quizá me estaba esperando con intención malévola? Era esta una cuestión que me pasó por la mente, pero que no tuve ocasión de decidir.

»Sabiendo que yo también estaba en peligro, me apresuré a salir de allí. Durante los breves momentos que precedieron a mi descubrimiento del cadáver, no había tocado nada, excepto la puerta de entrada. Al salir, la limpié con el pañuelo para no dejar mis huellas en ninguna parte, y me apresuré a salir del edificio. Al salir a la calle sentí que alguien me estaba vigilando desde arriba. Con un esfuerzo, controlé el impulso de mirar hacia arriba y caminé lo más deprisa que pude hasta perderme de vista.

»Pero no tenía intención de marcharme de allí. La pista era demasiado buena para perderla. Di un rodeo, y volví a la calle de Noemí por un callejón lateral. Oculto entre las sombras, vi a un hombre asomado en el balcón de la muerta, mirando atentamente en la dirección por la que yo acababa de marcharme unos momentos antes.

»Ya vieron ustedes su fotografía. Su cara no es fácil de olvidar. Ya conocía al asesino. Procuré fijar sus rasgos en mi memoria y esperé con paciencia hasta que salió. No tardó mucho. En el momento en que salía, aproveché para fotografiarle con la máquina que siempre llevo conmigo.

»En cuanto comenzó a caminar, le seguí, procurando no ser visto. Fue difícil, porque tomó el metro y cambió dos veces de línea. Afortunadamente, había bastante gente y pude disimularme entre la multitud.

»De nuevo en la calle, la cosa se puso más difícil, y estuve a punto de perderle. Por fin le vi entrar en un hotel de tercera categoría. El encargado del registro me pareció sobornable. Yo iba cargado de efectivo, pues llevaba encima lo que pensaba darle a Noemí, así que saqué un billete de mil créditos y se lo ofrecí.

»—Ese individuo que acaba de entrar —le dije—: ¿qué número de habitación tiene?

»—La 1214 —respondió, embolsándose ávidamente el billete.

»—Necesito utilizar un momento la consola de comunicaciones del hotel —le dije, sacando del bolsillo otro billete y agitándolo ante sus ojos.

»El empleado miró a su alrededor con gesto furtivo.

»—Es muy peligroso —dijo, con los ojos fijos en el billete.

»Sin decir palabra, saqué otros dos billetes y los uní al anterior. Cuando añadí el cuarto billete, di una palmada al bolsillo para darle a entender que era mi última oferta. Sus ojos fueron por un instante del dinero a la consola de comunicaciones. Por fin se rindió.

»—Pase por aquí, señor —dijo, extendiendo la mano para tomar los billetes.

»Una vez en la consola, la cosa fue fácil, pues llevaba encima mi agenda electrónica. En cuanto vi que el ocupante de la habitación 1214 estaba marcando una comunicación internacional, utilicé un pequeño truco de *hacker* que todo periodista conoce para conectar mi agenda a la línea, y grabé la transmisión en la memoria de mi aparato.

»Como estaba codificada, no supe entonces que Vamana acababa de dar la orden de que me *liquidasen*, pero me lo imaginé, por lo que decidí desaparecer por algún tiempo. Me encontraba en mi país de origen, así que no me resultó difícil. Al cabo de unos días, hice comunicar a Nguyen el lugar donde me escondía y la razón de mi desaparición. No me atreví a ponerme en contacto directo con él, porque estaba seguro de que todas sus líneas estaban vigiladas por la gente de Vamana.

»Eso es todo. Mi amigo logró descifrar el mensaje y yo me presenté ante el consejo de guerra, una vez que la detención de Vamana me aseguraba que nadie intentaría atentar contra mi vida».

—¡Excelente! —exclamó Steve—. Te estoy muy agradecido por haberme sacado del lío.

—No hay de qué, muchacho —replicó Ferrán—. Volvería a hacerlo otra vez. ¿Alguna pregunta más?

—Yo tengo una —intervino Astolfo—. ¿Cómo llegaste a la conclusión de que la Hermandad de la Rosa no existía? Te oí afirmarlo en el consejo de guerra, pero no recuerdo que lo hayas explicado.

—No me fue difícil deducirlo —repuso Ignacio—. Mientras estuve oculto, tuve

tiempo para investigar. No hallé ninguna referencia a esa sociedad secreta, excepto la que publicó Noemí, que procedía de Vamana y de su gente. Incluso me puse en contacto con Frank Goldsmith para averiguar de dónde había sacado él que Vamana tenía alguna relación con la Hermandad. Como es natural, no quiso descubrir sus fuentes de información, pero reconoció que todas iban a parar al propio Vamana.

—Por cierto —dijo Steve—. Esta reunión es también mi despedida. Acabo de pedir la excedencia como miembro del servicio astronáutico.

—¿Tiene esto algo que ver con lo que ha pasado? —le preguntó Wen Zi.

—Hasta cierto punto, sí. Me he sentido abandonado por mis jefes. Ya no quiero seguir trabajando para ellos.

—Duplessy ha sido destituido —intervino Nguyen—. Acabo de saberlo hace unos minutos.

—Lo siento por él —dijo Steve, moviendo la cabeza—. Es un hombre débil.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Da Silva.

—Me voy a Marte, como colono. Mi prometida está allí.

—Irene Pinedo, la periodista —dijo Ferrán.

—En efecto. Recuerdo que la mencionaste cuando me pediste la entrevista, hace tanto tiempo...

—Gracias a esa entrevista estamos todos aquí —replicó Ignacio—. Si no me la hubieses concedido, no me habría interesado tanto por el asunto... Así que, en definitiva, tú mismo te salvaste. Pero ¿no te da pena abandonar el espacio después de haber desempeñado un papel fundamental en la colonización de Marte y de Venus?

—Venus no será colonizado en mucho tiempo —replicó Wen Zi—. Tal vez nunca. Aquello es un infierno.

—He sabido que se prepara una expedición a Júpiter para dentro de cinco años —dijo Nguyen—. ¿No te gustaría participar en ella, Steve?

—¡No me tientes, por favor! —exclamó, riendo, el aludido.

—Dentro de cinco años —dijo Ferrán— imagino que Steve será, por lo menos, alcalde de la colonia marciana.

—Nadie, excepto Dios, puede conocer el futuro —suspiró el exastronauta.



MANUEL ALFONSECA (Madrid, 1946). Escritor y catedrático de universidad español. Es hijo del pintor y escultor Manuel Alfonseca Santana.

Es doctor Ingeniero de Telecomunicación y licenciado en Informática. Trabajó veintidós años en IBM (1972-1994), donde alcanzó el nivel de Asesor Técnico Senior. Ha sido profesor de las Universidades Complutense, Politécnica y (actualmente) Autónoma de Madrid, donde ha sido catedrático (actualmente profesor honorario) y fue director de la Escuela Politécnica Superior (2001-2004). Ha publicado unos doscientos artículos técnicos en castellano y en inglés y numerosos artículos de divulgación científica como colaborador de La Vanguardia de Barcelona y del blog de la Asociación Española de Comunicación Científica.

Ha colaborado con científicos de los centros de investigación de I.B.M. en Winchester (U.K.), Yorktown Heights, Hawthorn, San Jose y Santa Teresa (U.S.A.), y Tokyo (Japón).

Sus investigaciones han dado lugar a artículos publicados en revistas y libros internacionales de prestigio, como I.B.M. Journal of Research and Development, I.B.M. Systems Journal y revistas del A.C.M. y del IEEE. También ha publicado cinco libros de texto, varios libros de divulgación científica y numerosos artículos de este tipo en un periódico de gran difusión. Ha dirigido diversos proyectos internacionales que se han plasmado en dieciséis productos internacionales de I.B.M. más otros cinco internos de esta compañía. Ha sido investigador principal en varios proyectos del Plan Nacional de Investigación español y ha dirigido siete tesis

doctorales. Ha impartido conferencias acerca de sus trabajos de investigación en instituciones de prestigio de diversos países, como diversos centros de investigación de I.B.M. en U.S.A. y Japón, o en las conferencias europeas de usuarios de dicha empresa.

Ha publicado varios libros de divulgación científica y 24 considerados como literatura infantil y juvenil, habiendo obtenido el Premio Lazarillo en 1988 y el IV Premio La Brújula en 2012. También fue finalista del Premio Lazarillo en 1987 y del Premio Elena Fortún de 1988. Tres de sus libros han aparecido en la lista de honor de la CCEI, uno de ellos como finalista del Premio.